

señorita puri*

*acuda a caja_7

Te de jo
es jó de te
al revés



Vida y milagros
de una cajera
que no da crédito

se



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

¿Qué haces cuando te encuentras al desgraciado de tu marido con otra? Pues mandarle a paseo, luego ponerte a llorar —pero lo justo, que el tipo no lo merece—, y después, hincharte a reír.

Reír que no falte. Y eso es lo que cuenta este libro: la historia de Puri, una cajera que también es madre y que le echa un par para salir adelante, y las delirantes historias que va encontrando en su nueva vida: ligones italianos, jefes de bofetón, ecuatorianas rumberas, karaokes que acaban en borracheras indecentes...

Una divertidísima historia contada con mucho humor, una pizca de ternura y mucha mala leche. Eso, que tampoco falte.



Purificación García

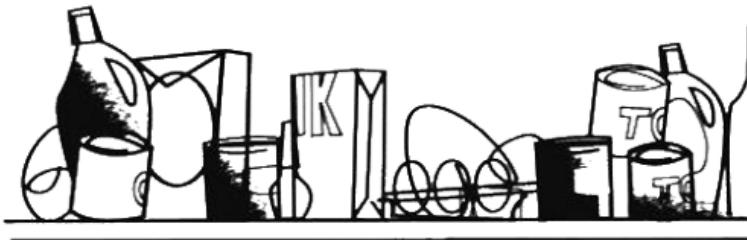
Te dejo es jódate al revés

Vida y milagros de una cajera que no da crédito

A Pablo, mi gran amor

Somos el golpe temible de un corazón no resuelto.

GABRIEL CELAYA, «España en marcha».



Parte I

LAS COSAS QUE NUNCA SEDICEN

*Nos miramos a los ojos,
y yo solo me vi a mí mismo
y ella solo se vio a sí misma.*

STANISLAW JERZY LEC, *Pensamientos descabellados*

TE DEJO es JÓDETE escrito al revés. Me quedó grabado a fuego aquella fría tarde de finales de octubre. En aquel momento las palabras no sonaron como un despecho, sino como un cóctel amargo de desilusión y fracaso. Apenas un par de horas antes, yo era feliz. Una niña ingenua, enamorada, tonta, feliz. He puesto feliz dos veces, pero así es como me sentía. Buscaba en el diccionario de sinónimos y solo salía esa palabra repetida infinitas veces: feliz, feliz, feliz. Tenía el corazón contento, lleno de alegría, como cantaba Marisol, y como ella puse rumbo a buscar a mi alma gemela: mi chico, mi marido, que a las ocho salía de su sesión de deporte en el gimnasio.

Ocho años, nueve meses y seis días juntos. A mis treinta y un años, una cuarta parte de mi vida.

No fue mi primer amor, pero sí el más intenso, el del pan y la cebolla, el que te agarra de las entrañas y te arrastra, da la vuelta por completo y vapulea las emociones. Vista, tacto, gusto, oído, olfato, noqueados, desordenados, salvajes, satisfechos. Le quise, me quería, éramos invencibles, distintos, animales, sabios contestatarios, inmortales. Cada bar, baño público, autobús, coche y hotel donde hacíamos el amor era para nosotros la suite del Palace. Éramos uno y lo éramos todo: tú, mí, me, conmigo, yo, mí, me, contigo. A, ante, bajo, cabe, con, contra, de, para, por, según, sin, so, sobre, tras. Caminábamos sobre las aguas turbulentas del día, vivíamos el momento a zancadas.

Nos enamoramos, independizamos, encontramos una casa mugrienta, oscura y microscópica, los muebles prestados por amigos, el barrio horrible, el alquiler desproporcionado. Para nosotros, el Paraíso. Crecimos, maduramos, tuvimos crisis, las superamos. Y un día, porque sí, por hacer algo nuevo, por recuperar el placebo del amor y de las emociones primarias, nos casamos.

No teníamos hijos. No teníamos prisa. No teníamos horizontes. Teníamos la vida por delante. Fui lo suficientemente feliz como para recordar que una vez, en algún momento, fui feliz.

19:55 horas. De pie ante la puerta de entrada del gimnasio, sujetando una enorme piruleta con forma de corazón, y un «Te quiero» escrito sobre ella. La llegada del frío otoñal me había pillado por sorpresa. Tras media hora de espera

dudé si debía entrar. Opté por no hacerlo. Quería que al salir se diera de brúces contra mí, como en un anuncio de desodorantes o una comedia inglesa con Hugh Grant haciendo de Hugh Grant.

Pero la vida es una tómbola, y cuando él apareció no lo hizo por la puerta del gimnasio. Bajaba por la calle de enfrente, a cien metros de donde me encontraba yo. Caminando junto a él estaba una mujer, pelo largo, alta. ¿Debo describirla? Se detuvieron y besaron en los labios con el dramatismo de una foto antigua. Acarició su largo cabello negro, la miró a los ojos, y retomó el camino mientras ella permanecía de pie viéndole alejarse. La mujer extendió su meñique y pulgar y los llevó a la boca y la oreja, pidiéndole que la llamara. No me vieron. Ella dio media vuelta y desanduvo el camino, perdiéndose calle arriba. Mi chico aceleró el paso con urgencia. Le noté nervios. O quizás quien estaba nerviosa era yo. Miró su reloj y sacó el teléfono móvil. Le vi teclear. Un segundo después llegó su mensaje: «Estoy en el vestuario, voy a casa».

Distraída, extrañada por una situación que no lograba entender, abrí la mano que sujetaba la piruleta y teclee una respuesta rápida, automática: «Vale. Besos», lancé.

Al levantar la mirada vi el rojo caramelo estrellado contra la acera. Mi corazón se había roto en mil pedazos.

Avanzaba hacia mí con la cabeza gacha, concentrado en sus pensamientos. ¿Sentiría remordimientos? Seguramente no. El miedo, la perplejidad quizás, me impidieron enfrentarme a él, así que abrí la puerta del gimnasio y me escondí dentro. Tras un cristal cubierto de vaho, observé su imagen borrosa pasar de largo. Continuó hacia nuestra casa. Yo llegué unos minutos después, decidida a escucharle y oír una justificación por su parte que sonase mínimamente lógica. La culpa, el miedo, la duda, se me habían pegado al cuerpo, viscosas, punzantes como el tallo de una rosa. Pero la rabia se adelantó a todos, y en el ring de nuestro salón le arrinconé a preguntas, mientras nos jugábamos el título de nuestro amor en un combate de reproches, lágrimas y preguntas sin respuesta.

Decían en una película que las cosas que nunca se dicen son las más importantes. Aquella noche yo tuve el valor de decir las mías y responder a sus silencios y tópicos pueriles, esquivos, imbéciles. «No sé si estoy enamorado. Necesito tiempo. No volverá a pasar. No era nada». Cada argumento era un directo a mi alma que impactaba con la violencia de un yunque.

Tardamos poco menos de una hora en sentenciar ocho años de relación. Así de frágiles éramos. Así de fuertes. En aquel momento me sentí como cuando el Coyote persigue al Correcaminos, cruza el acantilado y camina en el aire hasta que se da cuenta de su absurdo. Entonces se precipita al vacío sin remedio. Yo también llevaba demasiado tiempo caminando sobre el vacío.

Pero esta no es la historia de mi ex. Ya le había dedicado una cuarta parte de mi vida. Era suficiente. Ahora me tocaba a mí. Ahora mi vida comenzaba de

verdad.

HACIEN DOCAJA

Soy currante, y tiro p' alante.
LUIS AGUILÉ, «*Soy currante*».

Seamos realistas. Ser cajera no está bien visto. Si eres pobre la gente te dirá: «¡Ay, pobre!», y lanzarán una moneda acompañada de una mirada lastimera, confiando que su piedad te ayude a pagar la hipoteca y a salir del hoyo. Si eres *punk*, nadie le dará importancia. «Se le pasará», «Está en la edad», «Siempre fue un niño muy bueno», argumentarán.

Pero si eres cajera, no. Los clientes te observan, se fijan en tu cara de seta, tus pendientes, tus uñas, tu chaquetilla de lana-acrílico llena de pelotillas... lo analizan todo con tal desinterés que pareciera estuviesen viendo a través de ti. Su cerebro concluye que apretar botones es algo que pueden hacer hasta los monos de un laboratorio, que lo tuy o no tiene mérito alguno. Pues mira, yo tengo una carrera, y no en la media precisamente, que ahora que me fijo también. Y tengo sentimientos, como los monos de los laboratorios.

Ser cajera es más que un trabajo mecánico: es un trabajo psicológico. Formo parte de un minucioso laberinto de anzuelos dispuestos para pescar al cliente, para obligarle a comprar cinco, diez, quince veces más de lo que pretendía inicialmente: carritos que se desvían inocentemente hacia la estantería, la leche y el pan situados en extremos opuestos junto a unas irresistibles galletas, relucientes piezas de fruta de deslumbrantes colores que guían a los sentidos cual faro en la tempestad... y, finalmente, nosotras, las cajeras. Somos la línea de meta de ese recorrido, la cara amable que hace que la experiencia valga la pena, o el saco de boxeo contra el que descargar la insatisfacción. Somos guinda de pastel y espina de pescado.

Antes de ser cajera trabajé en todo tipo de sitios. A los dieciséis años fui relaciones públicas del bar de moda de mi barrio. Mi trabajo consistía en repartir tarjetas entre los compañeros del instituto, con ofertas 2 × 1 en bebidas o anunciando la celebración de alguna fiesta. Como trabajo, hay que admitir que era una mierda pinchada en un palo, pero a esa edad ser relaciones públicas era como ser Madonna, Shakira y Beyoncé, todas juntas. Me creía la más *guay* de las súper *guays*. Me pagaban con copas gratis o, como mucho, cinco mil pesetas por un mes de trabajo, lo cual me parecía una pasta gansa. El instituto me envidiaba, tenía una legión de *groupies* pidiéndome invitaciones y bebidas todo el día, y yo les respondía con evasivas y sonrisas hipócritas y falaces. Estaba en

plena adolescencia y mi cuerpo y mi cabeza eran como el culo de un *gremlin* comiendo bocadillos en una piscina a medianoche, con millones de hormonas volando disparadas en todas direcciones, completamente fuera de control. Vivía las veinticuatro horas pendiente de mi pelo, mi peso, mis uñas, mis tetas, mi culo, de que mis vaqueros fueran los de la marca que había que llevar, de los niños de dieciocho años que era mayores y sabían cómo besar, eran guapos y no tenían granos rojos enormes llenos de pus ni eran retrasados mentales como los de clase, que solo querían emborracharse, pegar voces y reírse como hienas histéricas.

El viernes era mi gran día. Recibía a todos en la puerta de la discoteca, viendo los frutos de la agotadora semana captando adeptos al mundo del alcohol y el desparrame. Cuando entraban, me quedaba sola en la puerta hasta que alguien me llamaba para que subiese a las oficinas a ensobrar tres mil invitaciones que había que mandar por correo y luego pegarles el sello con la lengua, una a una. Subía porque consideraba que era un voto de confianza, un honor y un privilegio, y que estaba haciendo algo de provecho.

Con el tiempo me acabé dando cuenta de que lo único que estaba haciendo de verdad era perder el tiempo a manos de un empresario que me explotaba y que la única retrasada mental que había allí era yo, trabajando un viernes por la noche mientras todo el instituto bailaba y reía como hienas histéricas.

A los diecinueve encontré trabajo en una peluquería de mi barrio llamada *Manoli's*. En España hay una ley no escrita según la cual todas las peluquerías deben incluir el apóstrofo al final del nombre propio. Es como llamar a tu madre por teléfono, aunque te suponga un esfuerzo y no tenga mucho sentido, es algo que debes hacer.

En el escaparate de *Manoli's* un cartel solicitaba una *champunier*. Aquello sonaba como lo más glamuroso del planeta tierra, algo como *brigadier*, *croupier*, *Cartier*, *Jean Paul Gautier* y *savoir-faire*. Imaginaba un mundo de uniformes ceñidos con botones dorados, alfombras rojas, *flashes* de *paparazzi* y la torre Eiffel de fondo. Fui de cabeza a por el puesto. Yo ya me veía atendiendo a la reina de España, haciéndole una genuflexión y diciéndole: «Su Majestad, bienvenida a *Manoli's*, soy su *champunier*. Permitame su estola de zorro albino del Congo que voy a dejarla en el guardarropía». Preguntaría a doña Sofía si quería las mechas cobrizas o miel, y los rulos de oro o de platino. Si el agua estaba muy caliente o fría para su delicada piel real. Yo no es que sea muy monárquica, pero la reina era la reina, y en esos casos los prejuicios se dejan siempre a un lado.

Por desgracia, aquel trabajo en vez de *savoir-faire* tenía sabor a *Fairy*. Concretamente al champú anticaspa que me tocaba restregar sobre las cabezas de clientas anodinas y antipáticas durante ocho horas y media, seis días a la

semana, nada que ver con el entorno palaciego que había soñado. Además, todo el día en contacto con lociones, acondicionadores y tintes me machacó las manos. Tenía más durezas que un pelotari, y unas grietas que mi piel parecía el desierto de los Monegros.

En los años siguientes alterné mi carrera de Filología Inglesa con trabajos esporádicos como chica florero en varios congresos, vendedora de ropa, recepcionista, teleoperadora, profesora de inglés cubriendo suplencias en academias e institutos, y dando clases particulares a nueve euros la hora. En una de ellas tuve como alumno al jefecillo de un supermercado, quien me avisó de que necesitaban cajeras. Yo, por mi parte, necesitaba huir de la precariedad de los empleos temporales y recibir una nómina fija que me ayudase a dar el paso definitivo para irme a vivir con mi novio, el mismo que ahora se había convertido en mi ex.

Siempre lo planteé como un trabajo temporal, por eso aprovechaba cada oportunidad para acudir a entrevistas de *copy* en agencias de publicidad, guionista en productoras o profesora con sueldo fijo y catorce pagas, pero las pocas veces que me llamaron fue para constatar que una cajera (*¡una cajera!*) osaba adentrarse en el mundo de las profesiones normales y corrientes. Me sentía como una ex-presidiaria, soportando un estigma imborrable. Cuando el entrevistador leía mi currículum, siempre se le torcía el gesto al llegar al mismo punto. «*¿Eres cajera?*», disparaba a bocajarro en un tono que mezclaba sorpresa e insatisfacción. En ese instante esperaba que tirase de una palanca y se abriese una trampilla bajo mis pies que me hiciese desaparecer hacia un foso infestado de cocodrilos, o me devolviese al inframundo al que pertenecía y del que nunca debía haber salido.

¿Para qué hacerme mala sangre? ¿Para qué gastar energías? Este trabajo me permitía un sueldo razonable, buena compañía y un horario fijo. Era perfecto.

Y, nueve años después, lo sigue siendo.

AMIGAS, DINERO Y TESORO

Tres cosas hay en la vida:

Salud, dinero y amor.

*El que tenga esas tres cosas,
que le dé gracias a Dios.*

*El que tenga un amor, que lo cuide, que lo cuide.
La salud y la platita, que no la tire, que no la tire.*

LOS STOP, «*Tres cosas (salud, dinero y amor)*».

Perdóname, pero no. Cuando no tienes un amor que te cuide, y el dinero escasea, como me estaba sucediendo en aquel aciago momento de mi vida, ¿de qué servía tener salud? Yo necesitaba desahogarme, gritar, llorar, reír a carcajadas si era necesario, aunque no encontraba ni un miserable motivo que lo justificase. Solo había una cosa en la vida que pudiera obrar el milagro de poner orden en aquella debacle emocional, por encima de la salud, el dinero, y, por supuesto, el amor: las amigas.

Las mías eran Simona y Yolanda. Una el agua, la otra el aceite. La primera, camarera sin estudios superiores, madre soltera de una niña de cinco años; la otra, escritora de libros de viaje, lectora compulsiva, provenía de una familia de clase alta.

Yolanda se tomaba su profesión literaria con una vocación innata. Para elaborar sus libros se había enfundado un burka con cuarenta y cinco grados de sol en Afganistán, sobrevivido a monzones y a sequías, recorrido medio mundo en todos los cacharros posibles, comido serpientes, saltamontes, hormigas, alacranes, hamburguesas aceitosas de tres palmos y manjares de cuento de hadas. Tan pronto visitaba una playa de postal como el sitio más infecto y miserable. Todos le resultaban igual de atractivos, y en todos veía un reto y una oportunidad de seguir aprendiendo y viviendo aventuras. Yoli era una superviviente.

Amaba el cine tanto como su profesión. Su visión global del mundo le permitía admirar cada película dentro de un contexto histórico-creativo que a nosotras se nos escapaba por completo. Yolanda trataba de inculcarnos la maestría y belleza de la *nouvelle vague* francesa, el humor del cine mudo norteamericano de principios del siglo XX, el desgarrador neorrealismo italiano, la vibrante comedia musical y, coronando la cima del Olimpo de Morfeo, el sublime y poético cine japonés. Este último, un tostón de la madre que lo pidió, donde todas las películas trataban sobre el mismo tema: campesinos con kimono y una peluca muy cutre con coleta, que decían cosas sin ningún sentido. Después

Así las cuatro horas que duraba aquel suplicio. Yoli observaba feliz, con el corazón en un puño y los ojos al borde del llanto, mientras Simona roncaba como un gorrino, con la boca abierta y un hilo de baba, y yo daba cabezazos contra mi pecho, en una lucha perdida entre la conciencia y la muerte por aburrimiento.

Simona en realidad se llamaba Cecilia. Simona era un apodo que le habíamos puesto las amigas, con el que llevaba toda la vida y al que ya se había acostumbrado. Solo sus padres la llamaban Cecilia. Es más, seguramente ni ellos. Simona no poseía un vasto conocimiento enciclopédico del mundo, ni veía películas de Woody Allen, porque a ella «el enano medio tartaja ese de gafas» le parecía insufrible y la ponía de los nervios. Sus intereses literarios iban en la línea del *JHola!*, *Vogue*, *Elle* y esas revistas de cotilleos cuyo monótema solían ser los reportajes basados en destacar los defectos de los famosos a base de ampliar una foto: ora la celulitis, ora el moco colgando de una.

A pesar de tener personalidades tan opuestas, Simona, Yolanda y yo nos conocíamos hacia tanto tiempo que teníamos un lenguaje común lleno de muletillas, tics, frases hechas y miradas que hacia que nos descojonásemos vivas, que la gente nos mirase y pensase que estábamos medio locas. Pues seguramente algo de razón tenían, no te digo yo que no. Éramos uña y carne, inseparables. Si había que pedir el dia libre en el trabajo, lo pedíamos. Si había que anular las vacaciones porque una tenía un problema, las anulábamos. Si una decía « Ven» , las otras dos lo dejábamos todo.

Después de dos días llorando, desesperada, las llamé para que lo dejaran todo. Yolanda organizó una reunión de urgencia en su casa. Vivía en un apartamento de setenta metros cuadrados, donde las baldas de la librería ocupaban todas las paredes, desde el suelo hasta el techo, incluida la del baño y la de la cocina. Allí, quien quisiera ver un cuadro, que fuera a un museo.

En aquella biblioteca de Alejandría nos sentamos a charlar. Yolanda sacó una botella de vino, tres copas y unas aceitunas para picar. Simona y ella brindaron y bebieron, yo fingí beber pero solo me mojé los labios. No estaba de humor.

—Menudo hijo de puta, yo es que le cortaba los huevos —arrancó Simona con la fuerza de un Miura saliendo de chiqueiros.

—Mantén la cabeza fría, Puri —terció Yolanda—, con la cabeza caliente no vas a ningún sitio, y lo más probable es que metas la pata.

—¿Y si le llamo para hablar?

—Para darle una hostia es para lo que le llamaba yo —soltó Simona, que no se mordía la lengua a riesgo de envenenarse—. Ni se te ocurra llamarle.

—Si quieres, llámale, pero primero piensa: a ver, ¿tú le quieras? —inquirió Yolanda.

—Chica querer... son muchos años, claro, pero es que ya no es lo mismo. Ya no confío en él, y sin eso...

—... Por eso pregunto. No se puede vivir con la sospecha en la cabeza de si estará con alguien, si estará siendo sincero o mintiendo... —dijo Yolanda.

—No sé. Me voy a meter en el lio del reparto, el dinero... qué coñazo —resoplé.

—Reina, metida en faena, sácale hasta los ojos —propuso Simona con determinación.

—No hagas caso. Tú no te metas en esos lios y termina este asunto cuanto antes —dijo Yoli.

—Sí, eso lo tengo claro. Si me divorcio no pienso convertirlo en *La guerra de los Rose* para acabar colgada de una lámpara de cristal a diez metros del suelo, peleándome a muerte por una figurita de porcelana. En cuanto pueda dejo la casa, y adiós.

—Puri, no seas floja y pelea —insistió Simona—. Aunque sean cinco años de abogados, pero que te las pague todas juntas.

—No entres al trapo, mejor hazte un viaje y te quedas más tranquila. Puedo decirte sitios maravillosos, vas de mi parte y te hacen unos precios estupendos.

—Me estáis volviendo loca...

—¿Y después del viaje qué? —interrumpió Simona—. Los problemas no van a desaparecer cuando vuelvas. Espera, que te doy el teléfono de una amiga que es una abogada listísima que gana todos los juicios, y lleva a varios famosos. Es una cabrona de cuidado. —Tecleó su móvil.

Además de ser mi gran amiga, Simona tenía una cualidad que la hacía especial: presumía de una extensa red de contactos situados en todas las capas de la sociedad, que ríete tú de la mafia calabresa. Desde los sujetos más quinquis, barriobajeros y sinvergüenzas, a técnicos, peritos agrónomos, médicos, duques, príncipes y reyes de toda índole. Desde chaperos a chapistas, no había profesión ni profesional que no fuera amigo o familiar suyo. Con su agenda era capaz de resolver un asesinato, robo, enfermedad o cisma papal con la eficacia de los *CSI*. Sabía quién había robado tu collar, quién era el que se lo había tasado, dónde lo había llevado a vender y a qué precio. Simona conocía por qué no funcionaba tu nevera, por qué te dolía una muela y qué vitaminas necesitaba tu gato.

Simona no era mentirosa, ni fantasiosa, ni estaba mal de la cabeza. Simplemente era así. Yo en el fondo estaba convencida de que los conocía a todos. Te contaba las cosas con una cara tan seria que te lo creías. Como en esos

juicios norteamericanos, donde el abogado plantea una duda razonable y rompe los esquemas de los miembros del jurado, que acaban pasándose toda la película discutiendo, sumidos en la más absoluta indecisión. «El señor Brown abrió la puerta y vio a mi cliente con una espada de samurái cortando a su mujer en rodajas como si fuera un calamar. Pero ¿y si no era mi cliente sino uno que se le parecía mucho, pero mogollón? ¿Eh? Recuerden el caso de Weismuller contra Adamson de 1916».

Lo que ocurría es que siempre había un *pero* que se interponía en el camino de Simona. Si querías un buen veterinario, solo atendía a caballos, y si necesitabas un fontanero en Sevilla en plena Semana Santa, ella te diría: «Tengo el mejor, pero en estas fechas imposible porque veranea en Nueva Zelanda».

Esta vez, tampoco fue diferente. Después de rebuscar en su móvil y de revolver el bolso, concluyó con un resoplido:

—Nada, que no lo encuentro, vaya por Dios. Debo de tener la tarjeta en el otro bolso.

—Puri —intervino Yoli—. ¿Por qué no te apuntas a *yoga*? Así te relajas y ordenas un poco las ideas.

—¡Qué *yoga* ni *yoga*! —saltó Simona—. Eso te pone de más mala leche todavía, ahí sentada en el suelo una hora, doblada como un churro. Tú, si quieres liberar energías, métete a *full contact*. Unas buenas hostias a un saco de esos y te quedas como nueva. Así, si aparece el imbécil este le sueltas una, y verás qué pronto aprende. Que sí, mona, te digo yo un gimnasio al lado de mi casa que hacen de eso.

Y por eso la llamamos Simona. Sí, mona, hazme caso que tengo lo que buscas. Sí, mona, qué me vas a contar si compro ahí todos los días, que me tienen reservados los mejores kiwis. Sí, mona, claro que era un eccema, te lo digo yo, pero a saber a qué médico vas, yo tengo el mejor dermatólogo, ya te he dicho que lo llames. Sí, mona, claro que te dan la *suite* Real, pregunta por Antonio. Que sí, mona, claro que lo sé, ¿cómo no voy a saberlo si fui yo quien te lo dije?, ¿te lo dije, o no te lo dije? Pues eso, claro que te lo dije.

—A ver, la casa es alquilada ¿no? —continuó Simona—, pues cuando entregues las llaves te quedas con la fianza y el otro que arree. ¡A vivir debajo de un puente y que se lo coman las ratas!

—¡Hala la otra! Puri, que no, tú sé honrada, quedarte con la fianza solo te va a traer problemas —cortó Yoli—. El dinero es secundario.

—Uy, Yoli, cómo se nota que tú manejas pasta —contestó Simona.

Era cierto, aunque también había que admitir que Yolanda nunca se había comportado como una esnob o una señoritinga remilgada con ínfulas de marquesa, sobre todo después de la cura de humildad que siguió a su despedida del mundo de las finanzas, hacía poco menos de cinco años. Tras licenciarse en Económicas en la universidad más elitista, fue contratada como consultora en

una supermultinacional. Con veinticuatro años y dos de experiencia, cobraba al año sesenta mil euros más *bonus*, en una compañía donde decir «incentivos» suponía despido procedente fulminante. Viajaba como mínimo cinco días a la semana, doce meses al año, a ciudades de las que solo conocía el aeropuerto y los hoteles donde se encerraba a trabajar. A los veintiocho, su sueldo superaba los noventa mil euros y su puesto rezaba el pomposo *Senior Presales Project Manager & Executive Consultant for the Mediterranean and Eastern Atlantic Region*. Había que dar la vuelta a la tarjeta tres veces para leerla completa. Su cuenta corriente del banco rebosaba de dinero, pero la personal lanzaba un saldo negativo de seis relaciones en apenas un lustro. Su círculo de conocidos se limitaba a los compañeros de trabajo y a los camareros que les servían *gin-tonics* al salir de la oficina a la una de la madrugada.

La mañana siguiente a regresar de un agotador viaje de tres semanas, Yolanda firmó su renuncia y, como un revulsivo a su frustrante experiencia viajera, se volcó en conocer el mundo desde una óptica casi antropológica, complementando cada viaje con un estudio enciclopédico de la cultura a visitar.

—Yo lo que digo es que te quites este muerto de encima cuanto antes —prosiguió Yolanda mientras me llenaba la copa, como si me quisiera recordar que no había bebido ni una gota—, el poco dinero que vayas a sacarle te supondrá pasarte meses negociando, y eso es un desgaste emocional enorme. Y, oye, con este tío no vale la pena perder ni cinco minutos más. ¿Qué tenéis? ¿Libros, un sofá, una cama, y unos cojines? Pues esto para ti, esto para mí, y adiós muy buenas.

—... Y menos mal que no tenéis hijos en común —añadió Simona—, porque ahí es donde te metes en una pesadilla. Eso sí, mi Candela es lo más grande del mundo, y yo si tuviera que pelearme otra vez con ese cerdo para defender a mi hija, vamos, te juro que lo hacía.

Simona sabía bien de qué estaba hablando. Con un mes de embarazo, su novio tomó las de Villadiego y desapareció. Tras una odisea en la que intervinieron detectives y abogados, Simona enganchó al interfectoro, que, sentencia mediante, ahora expiaba su culpa con un cheque mensual al portador.

—Ya, Simona, pero tu caso es muy diferente —siguió Yolanda—. Puri, no me quiero poner en plan rollo, me conocéis de sobra, pero ¿tú crees que cuando llegaba a casa de un viaje de esos coñazo, una semana metida en un hotel sin salir de la sala de reuniones, viendo gráficos y números todo el santo día, me angustiaba pensando a qué país me mandarían después? Pues no, porque así no hay quien viva. No puedes hundirte inventándote problemas imaginarios. Es de locos. Yo por eso me rijo por una sola cosa: hay que preocuparse cuando sucedan las cosas, porque vivir angustiada «por si acaso» no tiene ningún sentido.

—En eso te doy toda la razón —asintió Simona.

Y ahí sí que me animé a beber, porque era verdad que Yoli tenía más razón que un santo. Alzamos nuestras copas, brindamos y las tres dimos un trago largo de vino.

Desde aquel día he procurado aplicar esa máxima a mi vida. Y mira, si no tengo un amor, pues disfruto el presente, que lo otro ya vendrá cuando quiera venir. Y si me pongo mala, pues me meto en la cama y le digo a mi mami que me prepare un ponche calentito, de leche, miel y huevo, como cuando era pequeña. Si me falta el dinero, me apretaré el cinturón, no sería la primera ni la última vez que he estado achuchada. Pero lo que nunca me podrían faltar serían amigas como Simona y Yolanda. Quien tenga amigas así, que las cuide, que las cuide. Hacedme caso.

MÍTAMOS Y OTROS ANIMALES

*El verdadero paraíso moderno es el supermercado;
la lucha se acaba a sus puertas.*

MICHEL HOUELLEBECQ, *El mundo como supermercado*

Ahora que no me oye nadie, diré que mi entorno laboral se parece mucho a un zoológico. A las fieras temibles, dulces animalitos, caimanes, tiburones, bestias imponentes y pájaros de mal agüero que trabajan aquí, se le suma otra fauna mucho más peligrosa e impredecible: los clientes.

Cajeras, vigilantes, pescaderos, charcuteros, panaderos, fruteros, reponedores, mantenimiento... componemos un perfecto engranaje que, a pesar de su precisión, debe resultar lo suficientemente maleable para absorber los impactos impredecibles en forma de preguntas marcianas, hurtos, salidas de tono, piropos, agobios y prisas. Somos una gigantesca máquina de *pinball*, un *flipper* —pero *flipper* de flipar— reaccionando de forma compenetrada a los vaivenes *in extremis* de una bola que rueda a su antojo y a la que continuamente debemos reconducir hacia nuestros objetivos.

He aquí una diminuta muestra de esa galería de personajes y situaciones que dan vidilla a este particular mundo del cobro:

El moneditas. Este grupo está monopolizado por los ancianos. Nunca llevan billetes ni tarjetas de crédito, por motivos que nadie ha logrado descifrar. Me consta que un científico de la universidad de Stanford también se puso a investigar sobre ello y después de once años se acabó suicidando.

Por lo general, el cliente *Moneditas* aparece con la compra del mes, espera a que pases todos los productos por el escáner y al final, cuando está impreso el tique, abre su monedero y empieza a sacar monedas a dos por hora con el dedito pulgar y el índice, como si estuviera enhebrando una aguja o haciendo la sombra chinesca de un conejo. Después de quince minutos ha perdido la cuenta ocho veces y te ha preguntado otras ocho si esta moneda es de cinco céntimos o de un euro. Tú miras el reloj de la pared y ves las agujas dando vueltas a toda velocidad. Notas cómo te van creciendo los pelos de las piernas, se te llena la cara de arrugas y se te van descolgando las tetas. Cuando apenas les quedan tres monedas por contar te sueltan la frase:

—Ay, pues creo que no me llega. —Naturalmente, se refiere a que no le llega el riego sanguíneo a la cabeza.

Descartan una tonelada de comida, que oportunamente dejan junto a tu caja

para que vaya fermentando, y al final se quedan con un *brik* de leche. Esto se repite unas setecientas veces a primeros de mes.

El del móvil. El indeciso que prefiere llamar a su casa sesenta veces antes que aparecer allí con el producto equivocado.

—Amor, dice la señorita —« la señorita» soy yo—, que la oferta del *pack* de yogures no está a uno con noventa y cinco, que terminó ayer y hoy están a dos euros y cinco céntimos. ¿Qué hago?

Hombre, pues de entrada deja de gastar en teléfono, que te esta costando más la llamada que lo que te ahorras, cacho carne.

El raro. Hay clientes que aunque hagan cosas normales, estas no suelen ser muy normales. Me explico. Pagar un lápiz de sesenta y cinco céntimos con tarjeta de crédito, no es normal. Que lo hagas todas las semanas, menos aún. Comprar una planta y preguntar cuánto te descontamos si quitas la maceta, y, aunque te diga que no te descuento nada, la quitas y me llenas aquello de tierra, tampoco. O comprarte una manzana, pagar, e inmediatamente pedir que anulen la compra y regresar con una sandía. O, el raro y encima tacaño, que se lleva treinta *briks* de leche de la marca más cara (amén de una lujosa compra) y, aparte, mete dos *briks* de la más barata, cutre y de oferta, para endosársela a la asistenta —porque te dan explicaciones, como justificándose—. A mí esto último me pone de mala leche, la verdad. Y mira, hasta puede que el origen de la expresión vaya por ahí.

Podría llenar dos libros solo de ejemplos que se repiten a diario y que muchos compradores repiten de forma sistemática. Es lo que yo decía, son cosas normales, pero tampoco *muy* normales. O sea, raras.

El gilipollas. El apelativo puede ser un poco drástico, lo reconozco, pero los términos « soberbio», « engreído» o « ególatra» son demasiado suaves, creedme. Este sujeto se cree el sultán de Brunei y tú, su criada, capaz de hacer y deshacer a su antojo. Se subdivide en dos especímenes: *El machista* y *La señora de*.

El machista nunca te da los buenos días, no te mira a la cara y mira continuamente el reloj. Se pone a resoplar como un caballo, como si tuviese mucha prisa y tú fueses la lenta que le está arruinando su apretada agenda. Yo, por joder, lo hago todo más lento, *of course*. Te ordena que metas su compra en la bolsa de plástico, lo cual suelo hacer si no tengo mucho lío pero con este tipo de

sujetos me niego. Que se la meta su madre la meretriz. En ese momento *El machista* se sale de sus casillas y yo llamo al vigilante, que trata de templar gaitas o, si el tema se va de madre, lo saca del súper. Es un toma y daca bastante efectivo.

La señora de gusta de acompañar a su preciosa hija y aconsejarla en seguir una recta actitud en la vida, declamando locuciones aleccionadoras como:

—Mira, hija, ¿ves como debes estudiar? Mira a la señora que nos está cobrando, lo que le pasó por no estudiar. ¿No querrás ser una cajera, a que no?— La madre me mira fijamente y encima tiene los ovarios de lanzarme una sonrisa forzada y falsa.

Yo si fuese Obélix y pudiese levantar la caja registradora con las dos manos se la reventaba en la cabeza. De hecho creo que las hacen de hierro macizo precisamente para evitar que en un ataque de ira hagamos este tipo de locuras. Por suerte, el cliente *Gilipollas* no prolifera demasiado.

El del segundín. A este no lo ves llegar. Saluda y sonríe, es amable y encantador. Parece que lo tiene todo bajo control. Saca una cartera rebosante de tarjetas de crédito y billetes con seguridad y firmeza. Coloca la compra ordenadamente sobre la cinta y, en el preciso instante en que tú vas a pasar los productos, te pregunta en voz baja, como de arrepentimiento

—Eh, disculpe, ¿las galletas dónde están?

—Ahí. ¿Ve ese cartel de cinco metros por dos que pone «GALLETAS»? Pues justo ahí tiene como setecientas cajas. Pero, vamos, que si no lo ve le pido a mis compañeros que lo pongan en Braille o le traigan un perro labrador que tenemos guardado en el almacén.

—Ah, pues espéreme un segundín que voy.

Y va. Te deja la cinta llena de cosas como si aquello fuera la encimera de su cocina, y detrás veinte esperando. A los diez minutos vuelve con toda la pachorra del mundo y cuarenta cosas más apiladas en sus brazos. Por supuesto ninguna de ellas son galletas. La gente lo mira con una cara de odio africano que da miedo. El tipo —o la tipa— hace malabarismos procurando que no se le caiga nada al suelo, pero el queso Philadelphia se empieza a desplazar a cámara lenta hacia la derecha. El cliente se inclina para agarrarlo y entonces toda la compra se descompensa y se desplaza hacia la derecha a toda velocidad. En una inteligente jugada, el tipo se gira bruscamente al lado opuesto para equilibrar, pero de la postura se le cae el rollo de cocina y tres *packs* de yogures desnatados. Es como un *show* de *Mister Bean*.

—Si quiere le doy un balón de reglamento para que vaya a dando toques con la cabeza mientras viene el ojeador del Circo del Sol —le dice mi voz interior, que clama por salir y estrangularle.

Tú miras al techo buscando la cámara oculta porque piensas que esto no puede ser real. No te puede estar pasando. Esperas que en cualquier momento aparezca un famoso cargando un enorme ramo de flores diciéndote: « ¡Felicidades, estás saliendo en televisión! ». Finalmente el cliente *Segundín* logra controlar la situación y llega hasta tu mostrador, pidiendo disculpas con su vocecita aflautada, no sin antes montar su número final, que consiste en estrujarse entre la gente y las barandillas de acero que separan cada caja.

Esa es otra: el pasillito tiene la anchura justa para que pase una modelo o un bicho palo. Si estás un poco gordo te atascas y para salir tienen que untarte las lorzas con mantequilla, o sea, como a María Schneider en *El último tango en París*, pero a lo bestia. Yo para esto sugiero utilizar un remo: es más rápido. Untar a alguien con un cuchillito te puede llevar tres horas y media, y ahí sí que se te amotina el personal. Eso suponiendo que el del *Segundín* no te diga que tiene que hacer una llamada muy rápida a casa para comprobar una cosa, y que le vayas metiendo la compra en una bolsa porque es tu deber por no haber estudiado. Ahí el remo vendría muy bien, pero para meterle leñazos en la nuca sin parar, yo y los cien que hay en la fila esperando.

El maravilloso. En el lado opuesto de la balanza surgen personas encantadoras que te iluminan el día con una sonrisa, te dicen que estás muy guapa porque se dan cuenta de que te has cambiado el corte de pelo, o te traen un regalo y te dejan descolocada para el resto del día. Suelen ser habituales del súper, vecinos del barrio que compran frecuentemente y de los que no esperas más que el protocolario saludo hasta que aparecen con un perfume primorosamente envuelto en papel de regalo, una cajita de bombones o unos dulces que han traído del pueblo y que son « artesanales y muy buenos ». Esta gente es la que te anima a esforzarte y ser mejor profesional, la que te sube la moral y resetea el disco duro de los sinsabores.

Finalmente, en el último lugar de la lista, pero primero en los corazones de toda la plantilla del súper, está **doña Úrsula**. Pertenece al grupo de los clientes maravillosos, salvo que el suyo es un caso excepcional que va un paso más allá. Es una *rara avis*, inclasificable, tierna, entrañable, y siempre imprevisible anciana de ochenta y pocos años, que diariamente acude al supermercado a pasar las horas muertas, más con ánimo de conversar y combatir su soledad que de comprar. Le importa un bledo estar en un espacio público y que el resto estemos trabajando. Ella va a su bola y está más feliz que todas las cosas.

No mide más de un metro cincuenta, tiene un frondoso pelo gris, cuidado e impecable, con ligeros tintes violetas, los ojos marrón oscuro y unas arrugas en la comisura de los labios que le dan un gesto de malhumor, totalmente alejado de su afabilidad y cariño. Viste de riguroso negro, salvo por una camisa blanca

impoluta. Camina recta, sin encorvarse, a pequeños pero firmes pasitos, y siempre lleva un bolsito de mano de color negro acharolado, impecable, como si fuera nuevo, que aporta al conjunto un aire de elegancia.

Cuando nos visita, doña Úrsula pasea entre las cajas como un militar de alto rango que pasa revista a las tropas. Nada más cruzar la puerta, se dirige a la caja número uno. Si está vacía, camina hasta la primera donde estemos alguna de nosotras. Detiene su caminar y saluda con un «Buenos días, hijas», que aplica a todas las cajeras, incluidas las del fondo. Reanuda su marcha y va caja por caja, preguntándonos qué tal estamos, hablando del tiempo o poniéndonos al día, sin preámbulos innecesarios, de su rutina de ayer o de sus planes para el día en curso.

Fue durante uno de aquellos paseos que advirtió el mal momento que yo estaba viviendo. Al pasar junto a mi caja, reparó en mis ojeras, mi pérdida de peso y mi mirada perdida. Se acercó, me miró fijamente y me dijo:

—Ay, niña, a ti te pasa algo...

—No, Úrsula, es que se me ha metido aquí un *nosequé*...

—A mí no me engañas —negó con la cabeza—. Tú tienes penas de amor.

Sonreí, tratando de ocultar lo evidente, pero mi sonrisa se quebró en una mueca de pena. Úrsula se aproximó a mi silla. Yo sentada era más alta que ella de pie. En voz baja me confesó:

—Te voy a decir una cosa: mi marido murió cuando yo tenía un poco más de tu edad. Nunca tuvimos hijos y no sabes la pena tan grande que pasé, porque yo me casé para toda la vida y ser madre era la ilusión de mi vida. Pero a pesar de eso, no volví a estar con otro hombre, porque entonces no se hacía así y porque para mí él era el hombre de mi vida. Por eso guardo luto desde entonces. Pero tú no lo hagas. Eres muy joven y muy bonita, y aquí no se ha muerto nadie todavía. Llora lo que tengas que llorar, pero recuerda: nunca dejes que las lágrimas te tapen el sol.

Me consoló con una muy leve palmada en la espalda y un «hala, niña». Dio media vuelta, y continuó por la linea de cajas, saludando a mis compañeras.

Esas éramos nosotras, sus niñas. Y lo cierto es que también ella se había convertido en parte de esta gran familia, de este zoo-ilógico de bichos raros y aves exóticas que poblaban este hábitat que era nuestro pequeño, nuestro gran supermercado.

ETIQUETAS

¡Cómo cambia la vida de un día para otro cuando te quedas sola! Ya no te llaman para ir a una cena de parejas, y si te llaman te sientes descolgada del resto. Tus amigas aprovechan para pedirte que les cudes al niño o que vayas a regarles las plantas cuando ellas se van de viaje romántico.

El mundo gira en torno a las parejas, las familias, los grupos. Nadie quiere a los solitarios. Las bandejas de pollo del super tienen doce filetes, las latas de Coca-Cola vienen unidas de ocho en ocho por un plástico imposible de separar, las pizzas más pequeñas son del tamaño de un ovni, y todos los anuncios te empujan a comprar el *pack* ahorro de veintiséis kilos, tres por dos, cuatro por tres, uno gratis por la compra de diez, *pack* familiar, *pack* superfamiliar. Todo es mega, ultra, súper, chachi, piruli, guay del Paraguay.

Las conversaciones se repiten en un bucle que, indefectiblemente, te tiene como protagonista, como si al lograr salir de la riada de mi soledad y mi depresión, la corriente volviese a atraparme para conducirme de nuevo a sus turbulentas aguas. Todos te preguntan por tu ex, los que saben que estás sola y los que no. ¿Por qué no ha venido, se ha quedado en casa? ¿Pero ya no estás juntos? ¿Qué ha pasado? Seguro que es una racha, tú tranquila. Ay, lo siento, no sabía nada. Ay, chica, vaya por Dios. Ay, vaya faena. Ay, mira que era majó. ¿Llevabais mucho tiempo juntos, verdad? Pero estabais casados, ¿no? ¿Pero es separación, separación o es que os habéis dado un tiempo? ¿Y por qué, si no es indiscreción?

Las revistas de tendencias apoyaban el bombardeo con sesudos estudios mongoloides, que aseveraban que el mundo se categorizaba en *dinks*, *ops*, *singles*, *greys*, *cuarenteen*, *wags* y *mujeres alfa*. Palabros imposibles para definir parejas trabajadoras sin hijos, hogares monoparentales, solteros con dinero, metrosexuales en plena senectud, cuarentones infantiles, macizas y recauchutadas novias y esposas de deportistas de éxito, y mujeres modernas que ejercían las funciones del antes intocable hombre líder. Todos en su peculiaridad parecían triunfadores. ¿Y yo? ¿Quién era yo? O mejor dicho, ¿qué era yo? ¿Acabaría, como ellos, arrastrada irremisiblemente por una corriente de modernidad o, por el contrario, permanecería como un producto de oferta, esperando que un alma caritativa se apiadase de mí?

Cada recordatorio de mi dolor pasado y de la incertidumbre presente era una ráfaga de alcohol sobre una herida aún sin cicatrizar. Había pasado de pertenecer del club de las casadas al de las solitarias, de ser un artículo de lujo a uno de marca blanca. Me sentía vacía, como un *agapornis* solitario, esos pajaritos de

plumaje muy brillante que adoran estar en pareja, acurrucados, y que cuando uno se muere al otro le entra una depre y acaba palmando.

Me veía en una moderna factoría, sentada en una larga cinta transportadora, donde un ordenador gigante me marcaría el grupo social al que me correspondería ir. Tomada la decisión, la cinta me llevaría hacia un brazo mecánico que estamparía su sello de caucho entintado sobre mi frente: ¡PUM! Escrita en mi piel con tinta roja, remarcada por un rectángulo, se leería la palabra «CAMASOQUELU».

Así tendría que definirme cada vez que me preguntasen, desterrada del paraíso de las parejitas felices y de las solteras con algo de futuro. *Camasoquelu*, señalada por la gente, catalogada, fichada y archivada para los restos en el grupo de las «Cajeras Más Solas Que La Una».

—¿No quiere irse un fin de semana a una casita rural de ensueño?

—No puedo, soy una *camasoquelu*.

—¿No quiere usted llevarse trescientos solomillos?, están en oferta.

—No, soy una *camasoquelu* —volvería a repetir, como un robot perfectamente programado.

Esa era yo, la *camasoquelu*, la *agapornis*, la marca blanca, la *single*. La etiquetada.

EL DIVORCIO, EL DIVORCIO, EL DIVORCIO

*La mujer de aquí, a los quince, sueña con poder casarse,
y la de otros países, solo piensa en divorciarse.
El divorcio, el divorcio, el divorcio, como allí está permitido,
lo explotan como negocio o por cambiar de marido.*

PERLITA DE HUELVA, «*El divorcio*».

Eran las diez de la noche y no podía pegar ojo en casa. Quedaban doce horas exactas para ratificar mi divorcio. Un pequeño paso para el hombre y un gran paso para una mujer, yo, Purificación García, en aquel momento tirada en el sofá hecha un trapo, con mi vida metida en una docena de cajas de cartón, y mi cabeza centrifugando si hacía lo correcto o no, buscando un argumento endeble que actuase como placebo de la felicidad y al cual asirme a la desesperada, una excusa de última hora suficientemente sólida que justificase retomar mi matrimonio y perdonar todo el daño que había sufrido. Era un debate a uno perdido de antemano. Las cartas estaban echadas y yo lo sabía.

¿Adónde me dirigía ahora, qué sería de mí? ¿Me querría alguien? ¿Quién? Qué pereza, volver a viajar, a construir anécdotas, a enamorar a alguien, a prometerse amor verdadero, discutir por gilipolices... Otra vez. O no, empezar de nuevo desde cero, la hoja de la felicidad limpia y sin tachones, conquistar, enamorar, reír, hacer el amor como conejos, corregir los errores de otra vida y hacer que todo saliera perfecto. Podía ser, sí. O no. No sé. No sabía nada. Estaba hecha un lío.

La tele emitía un concurso idiota donde gente idiota fallaba preguntas idiotas. Miraba la pantalla como quien observa un acuario. Sonó el telefonillo. Por el videoportero apareció Yolanda. Estaba en mi portal, insistiéndome con tono de sargento que bajase inmediatamente.

—Yoli, estoy en camisón, tía, que son las diez y pico. Además no estoy de humor. Siquieres, sube.

—No pienso subir, y aquí no hay quien aparque. Corre, baja, que nos vamos de fiesta.

—Qué iba a hacer? Me arregle a toda prisa y bajé.

—Te voy a llevar a un karaoke que vas a alucinar.

—Ay, Yoli, que tengo yo un cuerpo de jota que...

—«Ay, Yoli» —me imitó—. Anda, calla, no seas triste...

A pesar de ser un martes, el lugar estaba bastante concurrido. Diseminadas por las esquinas, unas pantallas reproducían unos espeluznantes videos musicales amateur sobre cuyas imágenes —por lo general mujeres caminando por la playa a

o paseando por un pueblo lleno de geranios— mostraban sobreimpresas las letras de las canciones.

Al pedir una bebida te daban un vale con el que solicitar al pinchadiscos el tema que ibas a interpretar. Me pedí un vodka con naranja, y que fuese lo que Dios quisiera. Cuando estaba bebiendo, Yoli gritó mi nombre para que subiera al escenario. Empezamos nuestra noche con «El baúl de los recuerdos», de Karina. Yolanda animaba a los parroquianos allí presentes a acompañarnos en los coros.

—Buscando en el baúl de los recuerdos... ¡¡Uuuu!!... cualquier tiempo pasado nos parece mejor. Volver la vista atrás es bueno a veces... ¡¡Uuuuu!!!... mirar hacia delante es vivir sin temor.

Nos pusimos a bailar al ritmo de la música, con ese estilo tan peculiar de los años sesenta, los brazos pegados a la cintura y las manos hacia fuera dando botecitos, como dos pingüinos con incontinencia urinaria. Yo aprovechaba para dar sorbitos a mi combinado.

—... Si cada día tiene diferente color, después de un tiempo triste nace otro mejor —cantábamos en perfecta sintonía—. Vive siempre con ilusión, si cada día tiene diferente colorooor. Porque todo llega a su fin, después de un día triste nace otro feliz...

El público aplaudió y Yolanda y yo nos retiramos a buscar más canciones de un catálogo que circulaba de mesa en mesa.

—Espera —dijo Yolanda—, vamos a pedir esta de Mocedades, que me encanta. Termínate la copa o no nos dan el tique.

Obediente, me la bebí, y el alcohol se disparó a mi cerebro. En las pantallas apareció nuestro tema y, micrófonos inalámbricos en mano, nos plantamos en el escenario.

—Has dejado escapar el tren, por no hacer caso al corazón. —Yolanda cantaba mirando al techo con cara de primera comunión, como si estuviera en el coro de la iglesia. A mí me daba la risa floja. Empezaba a estar un poco pedo—. Y te quedas en el andén, sin billete ni solución. Yo que fui tu oportunidad, no quisiste quererme bien, ahora ¡DIME ADIÓS! —gritamos las dos a la vez desde lo más profundo de nuestras gargantas—, has perdido tu treeeen —venía el estribillo y nos pusimos a menear la cabeza hacia adelante y atrás como dos rockeras en éxtasis marcándonos un solo de *air guitar*. El público se animó con palmas, rugidos y silbidos—. ¡Quién te ha dicho que yo voy a volar detrás de tus lágrimas? ¡Quién te ha dicho que un día voy a volver? ¡Quién te ha dicho que yo no sé cerrar nuestra última página? ¡CABRÓN! —el «cabrón» era improvisado —, me has dejado escapar, has perdido tu tren.

Los allí presentes se pusieron en pie, Yolanda y yo nos abrazamos y saludamos inclinándonos en una reverencia. Regresamos a nuestra mesa y refrescamos nuestras gargantas. Me moría de sed y sin darme cuenta me

terminé la copa. Yoli no tardó ni dos minutos en aparecer con la tercera de la noche. Iba a salir de allí con un cebollón de campeonato.

En todos los karaokes siempre está uno que va a lucirse. Imita voces, engola mucho la voz y se cree que está en el festival de la OTI. Ese era el que estaba en el escenario, cantando «Noelia», de Nino Bravo, cerrando los ojos y echándose para atrás, superemocionado consigo mismo. En los agudos le salía cada gallo que a la pobre Noelia le habían petado los tímpanos doce veces como poco y se le había salido la cóclea disparada. Yolanda y nos partíamos de risa y le vitoreábamos en plan choteo, gritándole «¡Guapo!», «¡Torero!», y el hombre entregadísimo y orgulloso como un pavo real.

De pronto mis lágrimas de risa se convirtieron en llanto. No sé si fue el alcohol o una parte de la liberación que estaba viviendo. Traté de disimularlas pero no pude evitar que me viniera una llorera.

—Ay, lo siento, soy una idiota —me disculpé.

—Puri, tía, hay que llorar, no seas tonta —me consoló—. Hay que llorar porque si no, te pasa factura. Y te la acaba pasando, te lo digo yo. Forma parte del ser humano, así que como no llores te suelto una hostia y ahí sí que vas a tener motivos para llorar —solté una carcajada y Yoli me dio un beso en la mejilla.

El televisor anunció la siguiente canción: «Pimpinela: “Olvidame y pega la vuelta”». Pimpinela son los Dorian Gray de las listas *Billboard*: no envejecen ni a tiros. Van sacando un disco tras otro con el cuento de broncas de pareja, pero solo se les conoce por una canción de la que llevan cuarenta años viviendo. ¡Qué buen rollo! Sales de currar con el *iPod* a todo trapo con ganas de desconectar y te pones a estos dos *sparrings* del amor tirándose los trastos a la cabeza, cagándose el uno en la madre del otro —que es la misma, por cierto, porque son hermanos —. ¿Tendrían un disco de grandes éxitos? ¿Cómo se llamaría? ¿*Greatest grits?* ¿*Nuestras broncas más sonadas?*?

El escenario permanecía vacío y el vídeo estaba a punto de comenzar. O la persona que la había elegido estaba en la parra y no se había enterado o se había largado. Yolanda tiró de mi brazo y me vi con los ojos bañados en lágrimas delante del público. Aquella determinación produjo en mí el efecto de un desfibrilador descargando 5000 voltios de energía positiva a mi corazón. Agarré el micrófono y empecé a cantar con toda mi alma.

—*Hase* dos años y un día que no lo he vuelto a *veeeeer*. —El acento argentino me quedaba estupendo.

—Este ha estado en la cárcel, menuda pieza —dijo Yoli, lo que me produjo un descontrolado ataque de risa.

—¿Quién *eees*? —pregunté. Acerqué el micrófono a Yoli y ella tomó la palabra.

—Soy shoooo.

—¿Qué vienes a buscaaarr?
—La escopeta —descojono padre.
—Ya es tarde...
—¿Por qué?

—¡¡¡Porque ahora soy yo la que quiero estar sin ti!!!!

Ahora venía lo mejor, con ese redoble de tambor y el organillo de feria de pueblo. Yoli y yo al unísono, dándolo todo:

—¡¡Por eso, vete, olvida mi nombre, mi cara, mi casa y pegaaaaaa la vueltaaaaaa!! —cantábamos con la cabeza pegada la una a la otra, sobreactuando en cada verso—. Jamás te pude comprendeeeer. Vete, olvida mis ojos, mis manos, mis labios, que no te deseaaaaaan... Estás mintiendo, ya lo séeee... Vete, olvida que existo, que me conociste, y no te sorprendaaaas... olvidate todo, que tú para eso tienes *experienciasaaaa...*

Los ripios sobre el amor, la pasión y el despecho de las canciones que fuimos interpretando a lo largo de la noche ejercían de terapia de choque, una catarsis que expurgaba los sapos y culebras que aún permanecían dentro de mí, como una lavativa emocional. Cada revulsivo verso era la traca final del fin de fiesta de una vida pasada.

Yo no podía tenerme en pie de la borrachera que llevaba, pero Yoli me animó a terminar la fiesta con una rumba, mientras apurábamos la última copa de la noche. Accedí, a pesar de que sentía la lengua de trapo y en cualquier momento podía caerme redonda al suelo.

Elegimos para la guinda final a Perlita de Huelva y su furibundo alegato rumbero en contra del divorcio y a favor del matrimonio y la sumisión de la mujer, con estrofas como «el divorcio, el divorcio, el divorcio, que aquí no venga jamás, nosotras con un marido, ya nos sobra la mitad». Ahí, nos pusimos *lolailo* totales. Improvisamos un zapateao que quitaba *er sentío*, y una especie de baile flamenco que daba vergüenza ajena. Cuando acabó la canción nos dimos cuenta de que el bar se había quedado vacío y el camarero estaba apilando las sillas. Dimos la fiesta por terminada.

A la mañana siguiente caminaba hacia los juzgados con mi mente convertida en un peso plomizo por culpa de la horrible resaca, y una suerte de pared blindada alrededor de mis ideas y del mundo. De vez en cuando, por sus rendijas se colaba alguna de las melodías de la noche anterior y me veía esbozando una sonrisa nostálgica, vencida, como vencida estaba yo. Mi amiga Yolanda había logrado lo imposible, maquillar la profunda tristeza que sentía.

Ver a R. no facilitó las cosas. El amor de mi vida, el hombro sobre el que me apoyaba cuando despegaba el avión en muchos de nuestros viajes, la boca que besaba al despertar y al llegar a casa cada noche durante casi una década, mi amigo, mi confidente, mi amante, mi marido, era ahora un incómodo conocido.

Ratificar mi divorcio ante el juez no duró más de quince minutos. Hoy, con la

distancia que da el tiempo, lo recuerdo como una anécdota sin mayor trascendencia. Al fin y al cabo, un divorcio es como entrar en El Corte Inglés en agosto: pasas del calor abrasador al frío extremo en una décima de segundo, pero al rato te acostumbras e incluso lo agradeces.

Me despedí de él sin besos, con un leve meneo de la cabeza. Pegué la vuelta y, aunque lo intenté, fui incapaz de olvidar su cara ni su nombre. Yo, para eso, no tenía experiencia, ni quería llegar a tenerla nunca.

LAS CENIZAS DE PURI

La mayoría de la gente vive un noventa por ciento en el pasado, un siete por ciento en el presente, y eso solo les deja un tres por ciento para el futuro.

JOHN STEINBECK, *El invierno de nuestra desazón*

La nostalgia es un secuestrador de emociones por el que sientes un profundo síndrome de Estocolmo. Tu vida recopilada en un diaporama en tecnicolor de brillantes imágenes donde no llueve ni hace frío, donde los sueños se cumplen, la gente canta sin desafinar y baila abriendo mucho los brazos, las palmas hacia arriba mientras miran al cielo con una enorme sonrisa.

Como aquel día soleado que besaste por fin a tu amor platónico del instituto. Vuestros labios se unieron y en un mágico instante asomó por el horizonte un enorme sol de sonrisa bonachona y mofletes, crecieron millones de girasoles en el patio de cemento y el lugar se llenó de simpáticos pajaritos azules que silbaban al unísono. Tú sentías que el mundo era perfecto y te había tocado el premio gordo de la lotería, cuando la realidad era que el único gordo que te estaba tocando era el amor platónico, el uniforme del colegio lleno de lamparones, granos en la frente, aparato en los dientes y una mano rechoncha que buscaba en vano sobarte una teta. Tú, mientras, vivías la horrible angustia de pensar que tus labios iban a engancharse a sus *brackets* y os tendrían que separar con una cizalla.

Eso es la nostalgia, uno de los *Greatest Hits* de la vida. Pero los otros *hits*, los golpes, las desilusiones, las lágrimas, los noes, los granos y los aparatos, quedan descartados como trozos de negativo de la maravillosa película de tu vida, donde lágrimas, horas muertas y días de lluvia terminan por apilarse, desordenados, en el suelo del olvido.

Durante las madrugadas de aquel invierno de desazón que pasé en vela, sentada sobre mi cama, observando el espacio vacío del lado derecho, llorando, gritando, rechinando mis dientes enfurecida, le di vueltas a una frase que leí hace tiempo en un periódico, de una mujer que había contemplado impasible el incendio de su hogar: «Con lo que he llorado podría haber salvado mi casa». Me di cuenta de que, efectivamente, ya era tarde para llorar. Nuestro fuego se había consumido y ahora solo quedaba un manto de recuerdos cenicientos. Nada físico, solo recuerdos.

Sentada en mi cama, vi desde la ventana la madrugada de Madrid. Pronto amanecería. No podía seguir atada a la nostalgia. No levantaría los cimientos de una nueva vida sobre los escombros de un fracaso, ser el ave fénix de nada ni de

nadie. No.

Con el dorso de la mano me arranqué las lágrimas que aún resbalaban por la cuenca de mis ojos. Observé al sol barriendo los tejados azul violáceos con su lengua de luz naranja. Mi sangre fluía veloz y mi corazón respondía con un galope de pálpitos. Era la liberación de haber echado la última palada de tierra sobre la tumba de mis recuerdos. Me sentía plétórica de fuerzas, plena de energías y, a la vez, vacía de cargas.

Me sentía libre.



Parte II

EL TAMAÑO SI IMPORTA, PERO NO GOLLÓN

Que no me cuenten que el tamaño no importa, porque no me lo creo. En el estado que se encontraba mi vida, con los papeles del divorcio recién firmados, urgía emprender nuevas acciones donde el eje y la protagonista fuera yo. Desconectar, sentirme viva. Lo que se dice «un cambio en positivo». Necesitaba darle alegría a mi cuerpo, olvidarme de relaciones y sentimientos, centrarme en mí y en mi bienestar. En definitiva, satisfacer mis necesidades primarias más inmediatas con algo de buen tamaño que me proporcionase horas de placer y felicidad y me hiciese olvidar los momentos de soledad.

No era una decisión a la ligera. Lo primero era que tuviese las dimensiones adecuadas: ni muy pequeña ni muy grande. Obviamente tenía que ser firme, robusta, transmitir energía a raudales y que solo con verla vinieran a la mente mil locuras. Lo que yo no iba a aceptar era un tamaño pequeño. Pequeño es igual a poco práctico, las cosas como son. Siempre habrá alguien que te trate de convencer con argumentos como que es manejable, curiosa, funcional o mona. Mira, para monas ya está el zoo. Insistirán, incluso, que no hay que ser tan puntillosa, que te habituarás, que ya la cambiarás por una mayor. Lo que tú quieras, pero pequeña no. Claro que no todo el mundo se lo puede permitir, tengo una amiga gordita y poco agraciada, que es que ni en sueños se lo plantea y tiene que apechugar con lo que le den, pero vamos, que hay que apuntar alto que luego ya irás bajando.

Grande. ¿A quién no le gusta grande? Es el sueño oculto de todas y un tema recurrente en cualquier conversación. «¿Subiste a su casa? ¿Sí? ¿Y qué más, cuenta, cómo la tenía?». Yo admito que lo mío siempre han sido términos medios, y estoy encantada, ojo, porque creo que con una enorme no hay quien se maneje. Y no lo digo por envidia. Veo una pérdida de tiempo gastar tus energías en algo que se supone te debe hacer ilusión y al final resulta un dolor.

Lo mejor en estos casos es investigar. Internet es un recurso fantástico porque tienes miles de fotos y vídeos para comparar. Déjate llevar y regálate la vista. Hazlo sola, en casa. Tómate tu tiempo, que tu mano guíe a la imaginación y los sentidos, mientras fantaseas con el día que la tengas delante, toda para ti. Si tanta oferta te abruma, busca un juez imparcial: llama a una amiga y que ella opine. Verla en directo siempre es mucho mejor, pero es un tema tan personal —y juntar agendas es tan difícil—, que sugiero que la veas tú primero, le saques una foto o la grabes con el móvil. Todo suma puntos, porque recuerda que el tiempo dentro tiene que ser inolvidable.

Tampoco es mala idea que la vea tu madre. Aunque te cueste aceptarlo, debes asumir que tu madre tiene mucha más experiencia que tú y ha visto unas cuantas en su vida. Tu padre no ha sido el único. Además, te evitas luego el sermón de que ella ya te había avisado, que no se fiaba ni un pelo, que tenía una

pinta sucia que estaba claro que era para otra chica, pero no para ti, que tú te mereces mucho más...

Pues tiene razón tu madre. Llévatela y así la veis juntas. Tocadla, acariciadla. Oledla. Es más: que vaya también tu padre y opine. Es un hombre y hay detalles que seguro a ti se te han escapado y él detecta: una mancha rara, gotitas, atascos, restos de cal, el color... Puede que descubra que tiene bichitos correteando, insectos, ¡animales!, ¡¡PERSONAS VIVIENDO AHÍ!!

Al fin y al cabo, es una decisión que marcará tus días y tus noches. Que formará parte inherente de tus recuerdos, será protagonista de tus fiestas, cenas, reuniones, peleas... De esas tardes tapada con una mantita frente al televisor, de encuentros apasionados, románticos, íntimos, salvajes. Llevará impregnado tu aroma y tu piel. Por eso, sea cual sea su tamaño, siempre será parte de ti. Siempre será tu casa.

TODO EN UN DÍA

*Hoy es mi día y nadie me lo va a arruinar.
Yo digo ¡salta!*

TEQUILA, «Salta».

Salté de la cama. Me di un duchazo, bebí un café a la carrera, y salí a la calle, dispuesta a exprimir cada segundo. Saqué el móvil y llamé a mi jefe, Justo, fingiendo un terrible resfriado y una jaqueca para excusar mi ausencia.

Justo era un tipo gris, metódico, cuadriculado y puntilloso hasta la exasperación. Siempre llevaba una libretita y un lápiz donde anotaba todo, probablemente para mandarlo a intendencia y demostrar lo bien que hacía su trabajo, o para regodearse de su propia eficiencia. Seguramente de niño era el chivato-acusica-la-rabia-te-pica. El cómplice de la maestra que vigilaba quién rompía el silencio impuesto durante su ausencia, y contra quien sus compañeros vengaron sus declaraciones, forrándole a collejas en la nuca, y patadas en la espinilla durante interminables horas de recreo. Hoy saboreaba ese plato de venganza tantos años enfriado en su subconsciente, recorriendo los pasillos de arriba abajo, pasando revista a la colocación de los productos en las estanterías, la posición correcta de los carteles, los uniformes planchados y limpios, vigilando mandíbulas al compás de un chicle, la ausencia de piercings y uñas con roña, torcidos nudos de corbata, y zapatos polvorrientos. Con un segundo de mirada letal y una precisa llamada de atención al responsable, ponía firme al ejército de máculas. Nada escapaba a su atención ni a su lapicero. Todo lo sabía y lo memorizaba. Él no tenía un botón de Record, no, el suyo era más avanzado y retorcido: era un botón de Rencord.

Pero hoy, precisamente hoy, me daba absolutamente igual. Era mi día y nadie me lo iba a arruinar.

Entré en un gimnasio muy moderno por el que pasaba todos los días y al que nunca había entrado.

—Buenos días, quiero darme de alta. ¿Cómo funciona esto?

—Tenemos dos modalidades: *Silver* y *Gold* —pronunció «gol», fijo que no tenía ni idea de lo que significaba, ni le importaba—. Con la primera accede solo al gimnasio de tardes; con la segunda, a todos los servicios en cualquier horario.

Elegí *Gold* y le entregué mi tarjeta de crédito. Costaba una pasta, pero no podía empezar a ponerle puertas al campo el primer día.

—¿Qué actividades tienen?

Me entregó un folleto con fotografías de las instalaciones. Tenía una pinta fabulosa, lleno de bicicletas, espejos, máquinas con cuerdas, pesos y poleas, y

espectaculares mujeres sonrientes que ninguna pasaba de la talla treinta y ocho. Había ido al sitio perfecto. Leí la lista de actividades: *yoga, gym-jazz, revival, pilates, latin dance, aerobox, zumba, aerobic, batuka, batuka xtreme, aeromix, latino, aerostick, aerostep...* El único que me sonaba era Pilates de haberlo estudiado en Geografía e Historia de 3.^º de BUP. El resto, ni puñetera idea.

—Mire, disculpe —dije a la recepcionista en tono confidencial—, yo lo que quiero es bajar un poco las cartucheras y endurecer el culo, básicamente. Tampoco es que me quiera meter yo aquí la paliza de mi vida. O sea, sí, pero que lo justo para que me entren los vaqueros de un año a otro, no sé si me explico —por la cara de la chica estaba claro que no—. A ver, que no se trata de entrenarme para hacer un musical con Chayanne.

—Con la opción *Gold* —volvió a decir «gol»—, usted elige lo que más le guste. Ahora hay una clase de *aerostep*. Puede bajar y así lo ve.

Al descender las escaleras me recibió un estruendo de música *techno* a cincuenta mil decibelios. En una sala, un grupo de veinte personas repetían frenéticas una suerte de coreografía esquizoide en una perfecta y militar sincronización. Era como si hubiera atravesado el túnel del tiempo y me encontrase en 1989, en plena ruta del bakalao. Solo faltaba Chimo Bayo, pidiendo pista y gritando «¡JU-JA!», ataviado con su gorra sideral. Los sufridos alumnos seguían el machacón chunda-chunda sin mostrar signos de cansancio. ¿Yo tenía que hacer eso? Ni de coña. Necesitaba desayunarme una tortilla de pastillas, verdes, rojas y amarillas, y esnifarme medio Colombia para que no me reventase la cabeza como a un marciano de *Mars Attacks!*

Salí a la calle con los oídos taponados y fui directa a la peluquería. Cambiar de *look* era el siguiente paso. Me apetecía algo completamente nuevo, un peinado a lo *garçon* o unas mechas bonitas o un corte tipo *Amelie*, por ejemplo. Finalmente fui a mi peluquería de siempre y le pedí a Giorgio que solo me cortara un poco las puntas porque no podía aparecer en el súper al día siguiente con un corte de pelo nuevo, cuando se suponía que había pasado el día entero en la cama.

Después de cuarenta minutos, Giorgio había terminado. Me había cortado cuatro dedos el cabrón. Le dije que me encantaba, que me había dejado ideal. Pagué y corrí a casa a mojarme el pelo, peinármelo y recogérmelo en una coleta.

Siguiente paso: mi piso. Acompañada por el segundo café del día en el bar de la esquina, fui marcando los anuncios del periódico que más me interesaban. Mi prioridad era seguir viviendo por el centro de Madrid, donde estaban mi círculo de amigos, mis bares, mi vida y mi familia. Veinte minutos más tarde estaba con un vendedor en el portal de un piso que se anunciaaba con el reclamo de «Magnífica zona verde». Después de subir seis plantas sin ascensor, llegamos a

la casa del terror. Suciedad, pintura desconchada, las baldosas del suelo levantadas... Una gruesa capa de moho cubría la pared del salón. Ahí estaba la famosa zona verde. Seguro que en el baño había stalactitas y el fósil de un diplodocus.

—Con dos manos de pintura quedará estupendo —aseguró el de la inmobiliaria.

—Con dos cartuchos de dinamita. Mejor vamos a ver la otra casa.

Me llevó a otro edificio a un par de manzanas. Tampoco tenía ascensor y tuvimos que subir siete pisos andando. Era una habitación de cuarenta metros cuadrados con un cuartucho adicional del tamaño de un armario, que encerraba una cocina portátil, un fregadero que hacía las veces de lavabo y un plato de ducha.

—Esta son mil euros al mes, más dos meses de fianza por adelantado.

—Cuando dice fianza, se refiere a la que necesita el dueño para salir de la cárcel, ¿no? Seguro que está cumpliendo condena por estafa.

—Oiga, señorita —interrumpió, visiblemente harto—, estos son los precios de mercado. ¿No ha dicho usted que quería algo por el centro? Pues esto es el centro. Amí no me eche la culpa.

—Esto es el centro de la cochambre, y a usted claro que le echo la culpa, faltaría más, por cómplice y por sinvergüenza.

Di media vuelta y me largué a buscar por mi cuenta.

Eché un vistazo a las ofertas que tenía señaladas. «*Loft de 60 m² con vistas*». Al menos un espacio diáfano podía acondicionarlo como quisiera, y si tenía vistas seguro que habría algo de luz. Media hora más tarde estaba subiendo con la propietaria cinco pisos por unas escaleras de madera podrida que crujían como un gato en celo. Si hubiera sabido que me iba a meter esta paliza no me hubiera apuntado al gimnasio. Se me estaban poniendo las piernas como a Indurain. Una semana viendo casas y podría impartir clases de *bazooka* y de *Culture Club*, o como se llamase aquel ejercicio de Belcebú. Cuando llegamos al último piso me señaló una diminuta puerta en un quinto nivel, como si alguien la hubiese colocado en la pared. Accedimos por tres escalones. Cuando la abrió, se me cayeron los palos del sombrajo todos juntos. Aquello no era un *loft*. Aquello era el tejado del edificio. Un vulgar palomar, un trastero.

Una mierda.

Avancé dos pasos y al tercero me di tremenda leche en la cabeza con una viga. El techo, abuhardillado a un agua, media un metro sesenta y poco los primeros dos metros, y luego caía en pendiente hasta los cuarenta centímetros aproximadamente. El suelo, de cemento, estaba regado de cagarrutas de paloma. Al fondo, en una zona que no tendría más de un metro veinte de altura, sorteando un laberinto de vigas, se adivinaba un baño al que solo se podía acceder reptando como un soldado o arqueando la espalda hacia atrás como si se hiciera el *Limbo*.

rock. Probablemente las cagarrutas diseminadas por el suelo eran del último inquilino, que fue incapaz de llegar al baño.

Cuando la dueña abrió la boca para explicarme las condiciones, yo ya estaba camino del portal, bajando los escalones de tres en tres, huyendo como de la peste.

De camino a casa, me detuve en el videoclub. En mi lista de buenos propósitos quedaba uno pendiente desde hacía muchos años, y que hoy, si o sí, cumpliría: terminar de ver *Blade Runner*. Y por terminar me refería a ver más allá de los tres minutos iniciales sin dormirme. Los replicantes y yo nos dirigimos a casa, donde almorcé una ensalada, un filete de pollo a la plancha sin sal y de postre un yogur desnatado. Desde hoy me impondría un estilo de vida saludable. Introduje el DVD. Opciones, idioma, inglés. Subtítulos, idioma, español. Reproducir película.

Aquella tarde logré lo que parecía imposible: me dormí a los dos minutos.

El tono del teléfono móvil dio por finalizada mi siesta. Era Simona.

—Reina, ¿te he despertado? Ay, lo siento.

—No, tranquila, si estaba vagueando un poco.

—Ah, bueno. Oye, que estoy aquí con Candela. Candela, dile hola a Puri —se oyó su vocecita saludando de fondo—. Vamos a comprar entradas para el cine, ¿te apuntas? Es en media hora.

Ir al cine con Simona era experimentar una vivencia abracadabrante. Adoraba las comedias abominables norteamericanas de humor escatológico e infantil de dar vergüenza ajena, la típica peli mala que te hacía pensar: «¿Pero quién ve este truño?». Pues Simona. Pero entera, ojo. Era de las que pillaba el DVD y prolongaba la agonía y tortura medieval tragándose los extras, las escenas eliminadas, las tomas falsas, el final alternativo, el montaje del director y lo que fuese menester. Con una peli de Jim Carrey y un mando a distancia, Simona podía hacer más daño que Torquemada en sus años mozos. Aun así, pregunté:

—¿Cuál vais a ver?

—Una de ese que es muy divertido... Ay, que no me sale ahora el nombre, mecachis... Es este que ha hecho pelis muy buenas —mala señal—... Adam Sandler —horror—. Se llama *Matrimonio compulsivo* —horror, horror—. Vente, anda, y luego vamos a casa y cenamos algo.

—¡Ay, no, no te pongas a cocinar, fregar y todo el rollo! Nos vamos a merendar a un sitio que le divierta a Candela y nos quitamos de lios.

Confieso que mi intención era evitar a toda costa tener que cenar en casa de Simona. Es importante destacar que es la peor cocinera del mundo. Digo esto porque si algún día os invita a cenar, lo primero que debéis hacer es romperos una pierna, tirándolos por las escaleras o desde un primer piso, por ejemplo, para tener una excusa que sirva durante un mes y medio por lo menos. Si insiste

mucho, rompeos la otra.

Aclaro, no es que no sepa cocinar, eso no tiene ningún mérito, lo malo es que *cree que sabe*. Ahí está el verdadero peligro. Su concepto de innovar en la cocina es poner el microondas en *grill*. Ese es el paso máximo, el no va más, el *recopón* de la vela. Te hace un filete a la plancha y luego lo mete veinte minutos en el *grill* y cree que Ferran Adrià va a aparecer por la puerta flipando en colores pidiéndole que firme un contrato indefinido y en exclusiva.

Un día me hizo un filete que estaba tan tieso que no sabía si era de ternera o de Adidas. Luego, una ensalada de brotes de soja sin aliñar, que era como comer césped pero sin el «como». «Échale tú lo que quieras», me dijo. *Ganas* para comerme eso, lo que tengo que echarle son *ganás*. Dios de mi vida y de mi corazón, parecía la protagonista de un *reality* de supervivencia, comiendo hierba como un conejo.

De postre, redoble de tambor, fue a la cocina con una ilusión contagiosa y apareció con dos yogures sabor limón. Yogures Danone, no os vayáis a creer que usó la yogurtera. Bueno, no hay nadie que yo conozca que haya usado una yogurtera más de una vez, pero Simona no sabría ni cómo enchufarla a la pared. Los traía con la tapa puesta. Se acercó hasta mí y la despegó con la ceremonia de un camarero que retira el cubreplatos cromado a la espera de epatar al comensal.

—Jo, reina, no sabes lo buenos que están estos yogures.

Y se quedó tan ancha. A correr, para qué más.

Así era ella: transparente de puro natural. Te daba lo mejor, y si para ella lo mejor era un yogur con sabor limón, pues te lo ofrecía con todo el cariño del mundo.

Por eso era justo que, a pesar de que aún no me había desperezado de la siesta, correspondiese a su invitación de ir al cine.

Voy a decir esto una vez, y si alguien me pregunta negaré haberlo afirmado: *Matrimonio compulsivo* era infinitamente más entretenida que *Blade Runner*. Nos reímos, y las tres lo pasamos como enanas. Tragué palomitas como una boa y bebí litros de Coca-Cola. Rematamos la tarde con una merienda-cena de batidos, tortitas y sándwiches *club*, y la dulce risa de Candela recordando escenas de la película sin parar.

Al llegar a casa fui directa a la cama. Me acosté en el lado izquierdo, *mi* lado. Observé el lado derecho, vacío, como esperando que me hablase o me invitase a ir. O tal vez sintiendo cierto respeto a violar ese trozo, tanto tiempo ocupado por otro cuerpo. Finalmente rodé como una croqueta hasta el centro de la cama. Me estiré todo lo que pude, abriendo los brazos y las piernas como una gran equis, igual que el hombre de Vitruvio de Leonardo da Vinci. Esa era yo, la mujer del renacimiento, *mi* renacimiento. Miré al techo y sonréí por lo afortunada y feliz

que me sentía. Una mujer iluminada, plena.

Mañana iría al gimnasio, encontraría piso y vería decenas de películas de arte y ensayo. Y si no era mañana sería pasado, o al otro, o al de después. Tenía toda una vida por delante.

... No era cuestión de hacerlo todo en un día...

CENGANJAS

Aves de paso, como pañuelos curafracasos.

JOAQUÍN SABINA, «Aves de paso».

Si la fantasía de la mayoría de los hombres era montarse un trío lesbico con dos modelos de *Victoria's Secret*, la mía era liar me con un sueco. No me refiero a cualquier sueco, obviamente. Yo quería al típico de treinta y algo, rubiazo, ojos verdes o color miel, cachas pero tampoco musculitos —que a mí esos me dan tirria— y que pareciese un tipo de andar por casa. Para mí, el morbo era precisamente ligarme a un tipo normal. Para modelos y famosos ya tenía la imaginación.

Mi sueño estaba a punto de cumplirse la noche en que Yolanda y yo salimos a tomarnos unas copas. Llevaba cuatro meses sin tener sexo y corría serio peligro de que me volviera a crecer el himen. Nuestra prioridad era salir a divertirnos, sin más, así que Yolanda optó por un local frecuentado por estudiantes de Erasmus, lo cual, de entrada, me mataba de pereza porque seguramente estaría a reventar de veinteañeros imberbes o extranjeros postadolescentes en absoluto desenfreno tras haber aterrizado en el país de la fiesta, el vicio y el alcohol. Yolanda insistió en que pinchaban buena música, no ponían garrafón y el ambiente era mucho más agradable que en el resto de bares harto frecuentados y con las mismas caras harto vistas.

Por los altavoces sonaba música española de los años ochenta, Piratas, Modestia Aparte, Los Nikis, Duncan Dhu, Hombres G, Nacha Pop, Los Secretos... La edad de oro, como muchos la llamaban, la música con que yo crecí y que ahora se había convertido en objeto de culto por muchos de mi generación, que habían encontrado en los viejos éxitos un salvavidas a la efímera y aburrida oferta musical actual.

—Yoli, tía, entre el karaoke del otro día y este sitio, te digo yo que deberías escribir una guía sobre sitios *frikis* y *underground* de Madrid. Deja de hablar sobre viajes a la Conchinchina, que con esto te forras.

—Uy, no —rió—, yo estos secretillos me los reservo para las amigas. Que luego se ponen de moda y no hay quien venga. Hala, vamos a bailar un poco.

En la primera media hora, a Yolanda y a mí nos entraron ingleses, alemanes, holandeses e italianos, especialmente estos últimos, una variante de la mosca cojonera juntada con la chicharra que te jode las siestas de verano. Si los italianos vendieran enciclopedias a domicilio, todo el mundo tendría una. Nos encontrábamos muy a gusto a solas, así que despachábamos cada «*Ciao, bella*» con un gesto de indiferencia que anulaba cualquier intención de proseguir avance

alguno en aquella torre de Babel. Yolanda fue a por una copa mientras me quedé bailando «Cien gaviotas».

Poco después, alguien me tocó en el hombro. Era Yolanda con su copa en una mano y un chico bastante atractivo con aspecto de niño travieso en la otra —metro setenta y mucho, pelo rubio casi blanco, ojos grises, flequillo y mejillas sonrosadas—. Tras él, un segundo los seguía de cerca.

—Mira, estos son Lars y Sven. ¡Son suecos! —dijo abriendo mucho los ojos, como si hubiera hecho linea en un cartón del bingo.

Hadía dicho la palabra mágica. Adiós a la música de los ochenta, hola Suecia. Viva Ikea, Nokia, las estanterías Billy y el hockey sobre hielo. Hasta ahí llegaba mi conocimiento del país. Suficiente. El niño grandón que agarraba la mano de Yolanda era Lars, así que estaba claro que me tocaba Sven. Pues *sven* aquí ahora mismo, que te voy a enseñar *the spanish fiesta*, mozo.

Físicamente no era mi sueño dorado, pero desde luego superaba la media española. Yo no es que sea gran cosa, pero, bueno, las ocasiones hay que aprovecharlas. Media un metro ochenta, que al lado de mi uno sesenta y cinco parecíamos el punto y la i. Tenía el pelo rubio, ligeramente castaño, y unos ojos verde aceituna, a juego con una camiseta llena de arrugas que demostraba que, efectivamente, era estudiante sin intención alguna de plancharse la ropa ni, seguramente, de comprarse una plancha.

Yolanda desconectó del grupo camelándose a Lars con las tres palabras que chapurreaba del idioma, su enciclopédico conocimiento del país y su particular cinefilia en lo tocante a Ingrid Bergman, Ingmar Bergman y la familia Bergman al completo. Lars asentía con esa cara de sueco que tienen los suecos, de tomárselo todo muy en serio. Me daba lástima el pobre, recorrer miles de kilómetros para encontrarse con una loca como Yoli soltándole este rollo en un bar un viernes por la noche. Era como si yo me voy a Oslo y me quiere ligar un noruego hablándome de Buñuel y de *Las Hurdes, tierra sin pan*.

Como, milagrosamente, ambos lo pasaban bien, les dejé y me dediqué a mi tímido Sven. A la vista de que el muchacho no era muy locuaz, rompí el hielo preguntándole qué hacía en España.

—Estudio... ingeniería —respondió lentamente, con la misma entonación que si estuviese leyendo una esquela. El muchacho era la alegría de la huerta.

—Así que eres un tipo ingenioso —dije yo en el momento menos ingenioso de mi vida.

Sven me observó igual que un marciano recién aterrizado observa a los terrícolas, profundamente decepcionado por mi escasa inteligencia. Por la cara que puso, esperaba que de un momento a otro sacase una pistola de protones y me desintegrase con un rayo láser que me convirtiese en una montañita de carbonilla.

—Oye, ¿y te gusta España? —insistí, en un último intento de sacar vida de

aquel vegetal con ojos.

—Sí.

Y volvió a callar. Cri cri, cri cri, Podía oír a los grillos llenando el silencio. Le dije que iba a hacer unas cosas y lo dejé flotando en su planeta. Mientras huía por la discoteca vi a Lars, que estaba dando una lección intensiva de lengua sueca a Yolanda.

Me apoyé en la barra y pedí un vodka con zumo de naranja. A pocos metros de mí, un atractivo moreno mezclaba con el dedo su combinado recién servido. De ojos negros y unos veinte años, era lo opuesto a mi fantasía nórdica. A la vista del fracaso anterior, era imposible ir a peor. El moreno me dijo en español.

—Los suecos no tienen ni idea —su tono mostraba ironía. Seguramente había sido testigo de mi bochorno.

—¿De qué? —le respondí, tratando inútilmente de ser un poco chula, mientras se me escapaba una sonrisa cómplice.

—De nada —devolvió él sin perder su sonrisa.

Entonces me besó. Empezamos suavemente, pero pronto nos devorábamos la boca ansiosos como dos adolescentes, como si nos hubiesen encadenado y tuviéramos que encontrar la llave del candado en la boca del otro. Toda la sangre que le faltaba a Sven la tenía el moreno este en el cuerpo. ¡Que viva el carácter latino, coño!

Ni que decir tiene que aquella noche acabamos en su casa. Entramos en un piso antiguo, con las paredes pintadas con gotelé. Al abrir la puerta me vino un bofetón de olor que casi se me lleva la libido por delante. Era el olor propio de las habitaciones de adolescente, olor a cerrado, a cama sin hacer. Olor a *pacuso*: pata, culo y sobaco.

El chico —del que seguía sin conocer su nombre— me agarró de la mano y me condujo por un pasillo hacia su cuarto, junto a otras cinco puertas cerradas. Claramente estaba en un piso habitado por estudiantes. No me quería ni imaginar la edad que debía de tener el chaval porque podía darme un soponcio, pero, fuese la que fuese, acabó demostrando que estaba pletórico de energías, a tenor del notable aguante y la fuerza de las embestidas que me propinó, y de la madrugada que siguió. Después de dos horas y media de posturas y traqueteos, nos desmayamos sobre su diminuta cama individual.

Desperté a media mañana espachurrada contra la pared. Yo con los dientes pegajosos y un ojo cubierto de *rimmel*, mientras mi amante bandido dormía como un lirón. Su cuarto tenía una pila de libros de derecho y otra pila dos veces mayor de ropa sucia, o tal vez pendiente de planchar. Fuera lo que fuese, ropa a la que era mejor no acercarse por riesgo radiactivo. Opté por irme antes de que despertasen sus compañeros de piso de dieciocho años y me confundiesen con su madre o, peor, me saludasen con un «Buenos días, señora».

—Oye, que me voy.

—¿Eh? Ah, oy e, pues... un beso —se despidió medio dormido.

Se incorporó y, aunque me encontraba ya en la puerta, me acerqué de nuevo para corresponderle con un beso. Una tiene sentimientos y aquel chico me había hecho pasar una muy buena noche. Me acerqué, abrí ligeramente los labios para darle un pico de despedida y, cuando abrió la boca, su aliento rugió como el león de la Metro. Al cabrón le oía el pozo como a mí tía Josefina. Me eché hacia atrás bizqueando mareada y evité envenenar mis labios empujándole suavemente hacia la cama mientras le decía «Duerme».

Llegué a casa a mediodía vestida de noche, que es algo que odio. Me duché y me lavé el pelo. Al salir, unté crema hidratante por todo mi cuerpo, acaso como queriendo reafirmar la propiedad de una piel que apenas unas horas antes había compartido.

Me vestí con una camiseta limpia, me abrigué con un jersey de lana de ocho que me llegaba hasta las rodillas y un par de calcetines gruesos de lana. Eran las doce y media. Las cajas de cartón amontonadas, a la espera de la mudanza, me devolvieron a la realidad de mi vida. Caminé hasta la nevera a picar algo, pero solo quedaba un cartón de leche casi vacío, un tarro de cristal de judías verdes medio empezado y unos botecitos de tomate *ketchup*. Opté por prepararme un café —taza grande, corto de café, leche desnatada, y dos sobres de sacarina—. Miré mi móvil. Apenas quedaba batería. No había noticias de Yolanda.

Me senté en el sofá, doblé las piernas sobre mi pecho y estiré el jersey hasta cubrir las rodillas. Hacía frío en casa. Abracé la gran taza de café para entrar en calor y di un sorbo que trajo el calor a mi cuerpo. Desde la ventana del salón se veía un día grisáceo pero lleno de una agradable luz, tamizada por las nubes del fin del invierno. Abracé con más fuerza la humeante taza e inspiré el aroma del torrefacto. Caí en la cuenta de que seguía sin saber ni el nombre ni el teléfono del tipo. Tampoco él sabía nada de mí. Mejor así. Prefería quedarme con el recuerdo de aquella noche de sexo impúdico, a distorsionarlo con la realidad repetida de sucesivos encuentros. Los paisajes se ven mejor desde la altura. En esta etapa de mi vida, no tenía ninguna intención de llenar los vacíos afectivos de mi independencia con los vacíos del sexo sin compromiso.

Al fin y al cabo, pensé mientras le daba un nuevo sorbo al café, un polvo sin amor es como el *ketchup*: está bien echarlo de vez en cuando, pero no todos los días porque sabe muy artificial.

ESA SERÁ MI CASA CUAN DOTE DÍGAOS

No es una casa, es un hogar.

BOB DYLAN, «*The Ballad of Frankie Lee and Judas Priest*».

La culpa fue de doña Úrsula. Había escuchado la charla que mantuve con mi compañera Iris sobre la infructuosa búsqueda de una casa, y pocos días después llegó con una insólita propuesta. Se aproximó hasta mi caja, donde me encontraba a punto de cobrar a un chico joven, y se plantó delante como si este no existiera:

—¿Qué tal, bonita? —«Bonita» era yo—. Mira, apúntame tu móvil que te va a llamar mi sobrino Ramón porque tiene un piso para ti.

—Hola, doña Úrsula, mire, es que, a ver —estaba desorientada, sin argumentos para rebatir su amable propuesta—. No estamos autorizadas a dar esa información.

—Espera que saco un bolígrafo y mejor lo escribes tú —continuó como quien oye llover—, que yo tengo la vista muy mal. Me operaron de cataratas hace un año, ¿sabes? Y me encuentro mucho mejor. El médico era encantador, un chico joven, así de tu edad. ¿Tú cuántos años tienes? Que yo ya soy muy mayor, hija. Ochenta y cuatro tengo ya...

Pedi disculpas con mi mirada al chico que esperaba, y Úrsula prosiguió:

—Está en el centro, era de mi hermana pequeña que ya murió, la pobre. Era más buena... —El chaval se fue a otra caja maldiciendo entre dientes a mi familia entera, y a mí me estaban entrando unas ganas locas de irme con él—. Pero mi sobrino vive ahí y se tiene que ir porque la empresa le ha mandado fuera, y no quiere alquilar la casa a un desconocido que luego se la robe o se la queme o se quede ahí a vivir sin pagar, que hay mucha gente así. Yo lo veo todos los días en el programa ese de las tardes de la chica morena esa tan flaca. ¿Sabes cuál te digo, no? Pues ese.

—A mí no me conoce tanto, doña Úrsula.

—¡Más te conozco a ti que a cualquiera que vaya a venir! —dijo con determinación—. Y tú lo necesitas, aunque no me lo quieras contar. Que me parece muy bien porque es tu vida, pero que quiero hacerlo y no hay más que hablar, caramba.

—Si yo se lo agradezco, pero no sé si va a ser muy caro. Tendré que verla, no sé.

—Mira, Ramón te deja el alquiler muy barato a cambio de que le dejes uno de los cuartos como trastero. Él se lleva todos los muebles y todo salvo unas cosas que quiere dejar, y el día que necesite algo ya lo hablás o como mejor os venga,

que él es muy discreto, para que él suba a coger lo que necesite.

—Ay, pero es que...

—Apunta, venga.

Y apunté.

Asegurada contra incendios. Así rezaba la entrada a la casa. Un antiguo lema grabado en piedra sobre la puerta con cuidada tipografía, un símbolo de estatus a falta de un blasón que otorgase al edificio una ralea superior. Me gustaba aquella declaración de intenciones. Esa palmada en la espalda que me recordaba quién era la nueva yo: una mujer a prueba de incendios, terremotos, huracanes y tsunamis.

Crucé el umbral con la mente puesta en construir mi futuro sobre un terreno nuevo, levantar una fortaleza que protegiese a este corazón no resuelto de los golpes temibles del desamor. Ramón abrió la puerta y me cegó un chorro de luz que brotaba de tres enormes ventanales, iluminando un amplio espacio diáfano de unos cincuenta metros cuadrados que hacia las veces de salón, comedor y recibidor. Al fondo, dos puertas marcaban una coqueta cocina, y el cuarto trastero del que Úrsula me había puesto sobre aviso. En una esquina del salón, una escalera de caracol en voladizo, con peldaños de forja, conducía a dos dormitorios superiores, que compartían un baño alicatado con teselas blancas, una ventana de ojo de buey desde la que admirar los tejados vecinos, y un antiguo lavabo rectangular, grueso, enorme, como sacado de un cuadro de Antonio López, rematado por un techo alto abuhardillado.

Definitivamente aquella sería mi casa, mi escudo de superheroína, el lugar de descanso del guerrero. Cuartel general de mi llanto, castillo de mis pasiones, caja de caudales de mis secretos.

Me asomé a la escalera, Ramón aguardaba abajo. No quería descender, solo chasquear los dedos y que todos mis muebles apareciesen para poder empezar mi nueva vida cuanto antes.

Cual Norma Desmond, descendí las escaleras con la altivez de una diva, marcando cada paso con una elegancia etérea, imaginándome los cuadros, fotografías, alfombras y muebles que compondrían mi nueva casa, mi nuevo hogar. Señor propietario, estoy lista para mi primer plano.

LA JOYA DEL NODO

Admitir públicamente que has buscado a tu pareja por Internet es como confesar que te sacas los mocos, los haces bola y te los comes. Aunque la gente que te quiere diga que qué cosa tan divertida y original, por su cerebro circulará la palabra *freak* como un rótulo luminoso de esos que muestran las cotizaciones de bolsa. Bien, pues yo lo hice. Buscar pareja en Internet, me refiero. Nunca me he comido los mocos o tal vez de pequeña igual sí, no sé, tendría que preguntárselo a mi madre, aunque conociéndola seguro que lo acabaría soltando en alguna reunión familiar en la que estuviera presente mi novio. Eso la encanta.

—Pues Puri de pequeña se sacó un moco largo que parecía *mozarella di buffala* de una *pizza* y se lo zampó. Luego abrió la boca y nos lo enseñó.

—Mamá, eso no se cuenta.

—Ay, hija, si eras muy pequeña.

—Por eso, mamá. Que lo dices como si estuviera haciéndome bocatas de moco todos los días.

—Eras más mona...

Antes que convertirme en el blanco de las críticas y burlas de mi familia, opté por fórmulas de contacto menos virtuales y más reales.

Mi primer intento fue el *speeddating*. Siete hombres y siete mujeres con siete minutos para conocerse por turnos. Una experiencia que en una página web adornaban con el lema « Encuentros entre *singles* ». Eso sonaba a una reunión de discos de vinilo deprimidos porque habían caído en desuso frente al CD. Todos de pie, con ojos tristes, fumando apoyados en la barra de un bar, soltando frases como « Estoy rayado », « Fuimos parte de grandes revoluciones », « Qué alivio sentía cuando me pinchaba la aguja » o « Mi chico ya no me pone », mientras un 45 RPM de Raphael, whisky en mano, balbuceaba desconsolado y borracho « ¡¡Es-cán-dalo, es un escándalo!! » .

Me registré en la web y me dieron cita un domingo a las siete de la tarde. La coña del numerito me estaba empezando a cansar. Era una discoteca vacía, sin música, con todas las luces dadas y vasos de tubo de plástico abandonados con cubatas aguados. No era deprimiente, era lo siguiente. Parecía que un virus mortal hubiera asolado aquel triste lugar. Daba muy mal rollo. Me encontré con un montón de personas con una pegatina en la solapa y su nombre escrito sobre ella. Se miraban con cara de pez y nadie hablaba. Aguanté la respiración durante dos segundos y pude oír a mi conciencia susurrar: « Huye » .

Me recibió con un beso en cada mejilla una chica guapísima que seguramente no había estado *single* en su vida. Extrajo un rotulador, y colocó una pegatina sobre mi pecho izquierdo. Me explicó la mecánica del asunto y, cronómetro en mano y sin perder su felicidad, gritó « ¡Ronda! » . A la carrera,

cada una de las siete chicas se dirigió a uno de los solitarios siete *singles* hasta agotar el tiempo fijado, en un esperpéntico *coitus interruptus* social. Con tan poco tiempo disponible, cada charla era una repetición de la anterior. Cómo te llamas, estudias o trabajas, te gusta el cine, te gusta viajar. Aquello empezaba a parecer el día de la marmota. De un momento a otro empezaría a sonar *I got you babe* por los altavoces y yo me volvería loca.

Estaba claro que el *speeddating* no iba a servirme para nada, así que opté por pasármelo bien. En las siguientes tres citas fui Ama Manta, dominatrix en excedencia; Carmencita Starlux, videoartista en busca de modelos para un *streaking* masivo por Las Ramblas, y Chari Heredia, gitana de raza que se acababa de escapar de casa para encontrar un cirujano que le reconstruyera el himen, antes de su boda dentro de una semana. Si no volvía a la hora de la cena con mi honra reconstruida, mis primos matarían a medio Madrid.

Ninguno de los candidatos reaccionó más allá del balbuceo y un escueto «Ah, pues bien... ¿no?», lo cual me demostró que, a la escasez de tiempo, había que sumarle la escasez de neuronas de los allí presentes.

Necesitaba emociones más vivificantes y pensé en recurrir al clásico crucero por el río Nilo para solteras. Me imaginaba en la barandilla de cubierta, salpicada por una brisa húmeda y salada, con un largo vestido blanco de gasa muy fino, tocada con una pamela gigante de color blanco y unas enormes gafas de sol redondas admirando una hilera de pirámides desde la borda del transatlántico. Por desgracia también me imaginaba, a mi espalda, a un ejército de jubilados solteros, ¡viudos!, jugando al *bridge* en cubierta, y sobre el verde tapete de la mesa cuatro vasitos con agua con sus dentaduras sumergidas. Momias a babor, estribo y en cubierta, el golpe definitivo en la línea de flotación de mi autoestima.

El mundo real no admitía a socias como yo. ¿Sería acaso cierto que mi destino era convertirme en una *camasoquela*? La cinta transportadora de la vida aceleraba, el sello de caucho cada vez más próximo. Internet sería mi segunda parada, y si finalmente se convertía en una parada de monstruos y yo en la atracción de feria de mi casa, protagonista de chanzas y dedos acusadores, lo aceptaría.

MAMI, QUÉ SERÁ LO QUE TIENE EL NEGRO

*Ojalá que llueva café en el campo,
que caiga un aguacero de yuca y té.
Del cielo una jarina de queso blanco,
y al sur una montaña de berro y miel.*

JUAN LUIS GUERRA, «*Ojalá que llueva café*».

Deisy Freedom vino una mañana para sustituir a Carmen, de baja maternal. Era una ecuatoriana bastante gordita, aunque con un rostro atractivo que potenciaba maquillándose de forma contenida y peinándose el pelo en una coleta muy discreta, medida que contrastaba con su devoción por la bisutería. Traía más oro encima que el cofre de un pirata. En sus orejas tenía dos aros grandes como canastas de baloncesto y solo le faltaba la red. Sus manos forradas de anillos parecía que se las había injertado de Mr. T. Si hubiera tenido que pasar por un arco detector de metales, lo hubiera reventado.

Al pobre Justo, ver aquella mácula en el decoro y sobriedad que exigía en su equipo le produjo quemaduras de primer grado en la retina, y activó todas las alertas. El primer día llamó a Deisy a un aparte e impuso la taquilla como destierro obligado de las alhajas.

Deisy tenía un culo que rebosaba por el taburete, pero lo movía como gelatina cuando en el hilo musical ponían a Juan Luis Guerra. Cuando empezaba a llover café en el campo, ahí estaba Deisy dándolo todo. Delante de los clientes no se notaba nada, pero de cintura para abajo era puro ritmo. Yo me fijaba en las ruedas de su silla soportando todo el peso, moviéndose de un lado a otro, y me quedaba hipnotizada pensando en el momento en que salieran disparadas y me sacaran un ojo. Como observó el animal de bellota de Rafa, de almacén: « Joé, macho, tiene la caja de la mierda mareada». Finura en estado puro.

En realidad lo que yo tenía era envidia cochina de cómo se movía. Esa falta de pudor, ese estar a gusto con su cuerpo, ignorar el qué dirán, los cánones y estereotipos establecidos por la moda y las revistas, disfrutar al máximo con una música oída mil y una veces, y encima en un sitio tan insustancial y soso como un supermercado, me parecía realmente maravilloso y liberador. De hecho, en mi fuero interno quería convencerme de que el milagro de ese meneillo tan natural y sexy se debía a las ruedas de la silla y no a las dotes de Deisy. Para comprobarlo, intenté copiar uno de sus golpes de cadera: chum-chum ¡zas! Chum-chum ¡zas!

No era fácil, porque había que controlar la cadera, el culo y la silla, todo a la vez. La cosa iba más o menos bien pero al cuarto intento el tema se me fue de las

manos. La silla salió volando hacia la derecha, y yo a la izquierda, y casi me dejó los dientes contra el datáfono. Tuve que asumir mis limitaciones, y rendirme ante la evidencia de que la única salsa que dominaría en mi vida sería la de untar.

Deisy no quería mezclarse con nosotras más allá de los educados saludos diarios. No venía a desayunar al bar cuando llegábamos pronto y esperábamos a que abrieran, ni se quedaba a tomar un refresco a la salida. No hablaba de su vida, ni preguntaba por la nuestra, quizás en un exceso de timidez, o tal vez de celo, provocados por la temporalidad de su puesto de trabajo.

A lo largo de las semanas, Deisy se fue transformando ante nuestros ojos. Engordó notablemente, pero su exótico rostro se mantenía imperturbable. Vestía ropa holgada, lejos de su habitual estilo de prendas ajustadas y blusas de enorme escote que dejaban ver un canalillo que era más la falla de San Andrés que otra cosa. Ya no bailaba en su silla, permanecía quieta y con la espalda recta como un maniquí, y constantemente se levantaba de su puesto de trabajo con la excusa de ir al baño. Los primeros días dos veces, y poco a poco cuatro, cinco, seis... hasta, finalmente, ponerse en pie y largarse sin siquiera avisarnos.

Comprendimos inmediatamente lo que estaba sucediendo. Deisy Freedom estaba embarazada, y quería mantener el anonimato hasta saber que su gestación no corría peligro. Después, lo anunciaría a los jefes, que no se arriesgarían a despedirla por miedo a ser denunciados por discriminación y dar mala imagen a la compañía. Seguramente tendrían que cambiar su contrato temporal a uno indefinido, que era, al fin y al cabo, lo que ella quería.

Nos pareció perfecto. Nuestros jefes eran unos estirados que cobraban veinte veces lo que nosotras, y Deisy una mujer humilde que tenía todo el derecho a pelear por su salario y por su trabajo de la manera que creyera conveniente. Por supuesto que en ningún momento le dijimos que habíamos adivinado su secreto, aquello era un tema privado y ella ya tomaría la decisión de contárnoslo cuando lo creyese oportuno.

Reunidas en las taquillas, diseñamos una estrategia para proteger a Deisy que consistía en ocultar a Justo cada una de sus escapadas al baño. Debíamos evitar correr el riesgo de contradecirnos. Una única portavoz se limitaría a dar información puntual. Nadie más podía responder ante Justo ni ante ningún otro responsable.

Ideamos una retahila de argumentos que justificaran su ausencia: se acaba de levantar, ha ido al pasillo de galletas a mirar unas etiquetas, está con la regla, tiene la tripa un poco suelta, ha ido a por una chaquetilla porque tiene frío, se ha quitado la chaquetilla porque tiene calor, está vomitando en el baño porque está con catarro...

Conchabadas, unidas como una piña y todas a una como en Fuenteovejuna, logramos un engranaje tan perfecto que en ningún momento saltó la alarma.

Un viernes, Deisy faltó al trabajo. No llamó y Justo nos preguntó si sabíamos algo. El móvil estaba desconectado y no disponían de un fijo para localizarla. Nosotras, y esto era lo único cierto que habíamos dicho en cinco semanas, no teníamos ni la más remota idea. El sábado se repitió la escena, el domingo no abrimos, y el lunes por la mañana tampoco apareció. Aquello ya era un mosqueo de padre y muy señor mío. Entre Iris, mi compañera de la caja de la derecha, y Alba, la de la izquierda, nos pusimos a elucubrar como cotorras todas las teorías posibles que explicasen la desaparición de Freedom. Cualquier cosa era posible y era nuestra obligación velar por nuestra compañera.

—Yo creo que ha tenido un aborto —dijo Alba abriendo el debate.

—Hubiera llamado —sugirió yo.

—Igual está en el hospital y no puede —intervino Iris—. A mi cuñado le operaron y no le dejaban llamar por el móvil.

—Eso ha sido que se ha ido a un garito a bailar salsa, se ha enamorado de un negro millonario y se han fugado.

—Igual el negro es el padre de la criatura —propuso a Alba.

—No. A mí si me ponen un negro guapo que baile salsa me voy con él y dejo a mi marido. Y si es rico es que no voy ni a casa a hacer las maletas, que me lo compre todo nuevo.

—Sí, anda, Iris, fugarse con una cajera, como si no tuviera otra cosa que hacer —yo y mi escepticismo.

—Pues mira en *Petri Goman*, al final el Ríchar Guer se va con una pilingui.

—Ay, Iris, que es una peli —la corté.

—¡Uy, una peli! Calla, que los famosos son muy raros. Al Jiú Gran, con lo guapo que es y la pasta que tiene, le pillaron con una en el coche.

—Yo vi la foto, era una negra con los labios como una magdalena —soltó Alba.

—Pues entre que era negra y que era de noche, lo raro de verdad es que pudiera verla —dije a la vez que soltábamos una carcajada.

—Igual se ha vuelto a su país —propuso Iris, y se enzarzó con Alba en un debate de sospechas y pruebas incriminatorias.

—¿Pero con el negro o sin el negro?

—A ver si se ha puesto malo algún familiar así de repente, su madre o sus hijos. Esta gente tiene muchos hijos.

—... Y del susto habrá abortado y ya se la ha complicado todo y no ha podido ni llamar.

—Ay, mira que si le ha pasado todo eso y nosotras aquí riéndonos... pobre, me siento hasta mal.

—Ay, sí, pobre.

—Pobre —suspiraron las dos al unísono.

Justo apareció, nos miró a las siete que estábamos trabajando y nos dijo:

—Señoritas, acompañenme a las taquillas. Todas ustedes, por favor. Y Concha que siga atendiendo mientras. Santos —señaló al vigilante—, usted vengase también y avise a los de mantenimiento.

Avanzaba unos metros por delante de nosotras y, para que no nos escuchase, bajamos la voz y aminoramos la velocidad para aumentar la distancia con respecto a él. Nos juntamos disimuladamente y entre cuchicheos fuimos reconstruyendo la escena del crimen, porque estaba claro que allí pasaba algo muy gordo y los jefes no nos lo querían contar.

—Pa mí que el negro la ha *matao* —concluyó Alba.

—¿Qué negro? —dijo Antonia, que no estaba en la conversación inicial a tres bandas.

—Hay que ser malnacido —espetó Iris—, hacerle eso a una embarazada.

—Seguro que ha metido sus trozos en la taquilla. —Alba insistía en su mundo de sangre y vísceras.

—Pues con lo gorda que estaba habrá tenido que repartirla por las veinte taquillas como poco —intervino Antonia.

—¿Hay un negro en las taquillas? ¿Y qué hace ahí? —preguntó Samantha, que era nueva y un poco pava.

—Por qué lo habrá hecho? —filosofó yo en voz alta.

—De qué habláis? —Carla se incorporaba al Orient Express que habíamos montado en un momento.

—Un negro ha matado a Deisy en el vestuario y la ha repartido por las taquillas —resumió Antonia. Carla y Samantha se llevaron las manos a la boca para ahogar un grito de sorpresa.

—Yo creo que le han robado las joyas, si es que iba todo el día enseñándolas. Eso vale un dinero, ¿eh? —Iris echaba más leña al fuego de la trama, que ardía como Roma—. Mi prima vendió unos pendientes, ahí en la Puerta del Sol, y le dieron cincuenta euros. Esta llevaba encima lo menos cinco mil euros en joyas.

—¿Y cómo ha podido entrar al vestuario?

—Ay, Carla, pues habrá sobornado al de seguridad.

—¿A Santos?

—Claro, tonta, por eso le han dicho que venga. Es rico, le habrá soltado un fajo de billetes y solucionado.

—¿Santos es rico?? —exclamó Samantha sorprendida.

—No, el negro —le dije yo.

—¿Qué negro? —preguntó Carla que seguía en la parra.

—El que ha matado a Deisy por quedarse embarazada del vigilante —aclaró Antonia.

—Oye, pero si es rico ¿para qué quiere las joyas? —planteó Samantha, en el único momento de lucidez de su vida.

—Uy, nena —le respondió Alba—. Cómo se nota que tú no conoces a los

hombres. Cuanta más pasta, más raros. Fíjate tú en el Jiú Gran ese, guapo y con pasta y va y se lia con una prostituta, ¿verdad que sí? —dijo mirándonos a Iris y a mí, que asentimos porque tenía toda la razón del mundo.

Llegamos a las taquillas. Justo se dirigió a mí:

—Señorita Puri, abra usted, no vaya a ser que esté alguien en el vestuario.

—Anda que como esté el negro me cago... —dijo Samantha.

—Sssh, calla —dijo Iris.

Abrió. No había nadie. Justo y las chicas pasaron, y detrás Santos y el de mantenimiento con la caja de herramientas. Los vestuarios tenían un largo banco de madera en el centro y dos filas de taquillas, una a cada lado. Cada fila se componía de dos taquillas, una a ras del suelo, de casi un metro de altura, y otra idéntica situada encima.

El vestuario oía a podrido. Ya me había dado cuenta al llegar por la mañana, pero imaginé que sería el olor a humanidad de alguna de mis compañeras. A estas horas, once de la mañana, con la habitación vacía, el hedor era considerablemente más potente. Se detuvo en la número dieciséis.

—¿De quién es? —Nos miraba y nosotras nos mirábamos buscando una respuesta. La dueña, fuera quien fuese, no estaba.

—¿No será la de Concha, que está ahora en caja? —inquirió Justo.

—No, ella es la once, encima de la mía, la diez —respondió Alba.

Justo sacó su libretita y apuntó con el lápiz. Miró sus anotaciones unos segundos, y dirigió la mina hacia cada una de las taquillas, moviendo los labios en silencio mientras verificaba la usuaria de cada una de ellas. Tras el recuento, se acercó a la dieciséis. Como un fiel sabueso, su nariz olisqueó la taquilla para confirmar que el tufo provenía de ahí. Acto seguido, ordenó al de mantenimiento reventarla con una taladradora para desentrañar el misterio. Las chicas nos agarramos fuertemente de la mano, esperando que de aquel armario de metal asomase un brazo desmembrado o una pierna. No, una pierna no porque no cabía. Un pie. Eso, un pie. O una teta.

La cerradura saltó en pedazos, pero la puerta no se abrió.

—Se abre tirando de la llave, pero claro, como no hay llave, no sé yo —se justificó el de mantenimiento.

Santos, detrás de nosotras, se abrió paso con sus manazas de gorila y fue hasta la puerta de la taquilla. Cerró la mano en un puño y con el costado dio un golpetazo seco pero firme en la puerta. Nuestras manos entrelazadas se apretaban con tanta fuerza que se nos iban a saltar las uñas. Nuestros corazones latían a mil por hora. La puertecilla se abrió de sopetón.

No cayó un brazo ni un pie, tampoco una lluvia de café en el campo, ni un aguacero de yuca y té. Ante nuestros espantados ojos, contemplamos cómo las tripas metálicas del casillero vomitaban bandejas de filetes de lomo, solomillos de buey, huevos blancos, morenos y de gallina feliz (¿qué cojones es una gallina

feliz?), envases al vacío de chorizo, chóped, pavo, jamón serrano, salchichas Frankfurt y tres botellas de Ribera del Duero.

—Pues con tanto cerdo le va a sentar fatal el embarazo —susurró Samantha.

Siempre creímos que Deisy Freedom tenía tendencia a engordar, pero lo que en realidad tenía era tendencia a robar. Arramplaba con todo lo que encontraba a su paso. Jamás sospechamos que su sobrepeso se debía a que llevaba el uniforme forrado de bandejas de contramuslos de pollo, y que en cada visita al baño se aprovisionaba hasta los topes, con la paciencia y esmero de una hormiguita laboriosa.

El jueves antes de faltar al trabajo, la policía la había pillado *in fraganti* saliendo de una tienda con cinco pares de gafas, doce barras de labios de L'Oreal París color Riche Conjuntos Intensos, y una cazadora de piel de ochocientos euros con la alarma magnética aún prendida a su forro. Pasó el fin de semana encerrada en los calabozos de los juzgados de la Plaza de Castilla, y ahí su pista se perdió por siempre jamás.

Justo y el resto del personal directivo mantuvieron un riguroso *mutis* sobre el asunto y una discreción propia del servicio secreto de la Casa Blanca. Cuando finalizó nuestro turno y volvimos a las taquillas, el olor había desaparecido y la antigua taquilla de Desiy lucía impecable con una nueva cerradura.

Desde entonces, cada vez que Juan Luis Guerra asomaba por el hilo musical, me venían a la mente las caderas orondas de Deisy Freedom volviendo a la vida, transformándose en una cadenciosa lección de sensualidad y ritmo. Si yo me moviera así, otro gallo me cantaría. No era mala idea acudir a clases de cumbia, guaguancó, bachata, merengue y lo que se terciase, en vez de buscar novio en delirantes citas de siete minutos. Igual hasta con un poco de suerte encontraba un negro millonario que me retirase para siempre. Los ricos, ya se sabe, son muy raros.

LAS MOSCAS

*Vosotras, las familiares,
inevitables golosas,
vosotras, moscas vulgares,
me evocáis todas las cosas.*

ANTONIO MACHADO, «*Las moscas*».

Decidida a explorar el mundo de las relaciones virtuales, descubrí con asombro un universo de recursos cibernéticos al servicio de las fantasías y parafilia sexuales: sadomasoquismo, bondage, adolescentes de cerebro mononeuronal puntuándose los unos a los otros en base a autofotos hechas en el baño de su casa, cónyuges infieles alardeando de serlo, cibersexo, e incluso relaciones liberales formadas por parejas, tríos, dobles parejas, *full*, póquer y repóquer de culos, tetas y extremidades diversas.

Me pareció un mundo excesivamente árido y atrevido, y opté por algo más *light*. Me registré en una aparentemente sencilla web de contactos, sin más pretensión que conocer gente. La portada, en brillantes colores, presentaba a radiantes parejas de enamorados que exaltaban las virtudes de tan glorioso sistema, gracias al cual había florecido su relación. Todo estaba regado de expresiones como «Me siento súper feliz», «Nunca imaginé que algo así pudiera pasar», «Probé el bono de seis meses y fue todo un acierto» ... Tenían el tonito comercial de vendedor a domicilio, pero con una página excesivamente edulcorada, como si Corín Tellado hubiera escrito un anuncio de Teletienda. Lo cierto es que daba un poco de vergüenza ajena y olía a *fake* por todos los sitios, pero como no tenía qué perder, me apunté.

Me pedían un *nick*, un apodo. En un momento de lucidez mental tecleé «Cajera-Sexy». Según apretaba el botón de *Enter* ya me estaba arrepintiendo. Acababa de quedar a la altura de la Porno Chacha.

Tocabía ahora el turno de describirme, así que metida en faena aproveché para incrementar mi estatura en diez centímetros, y bajar quince kilos de peso. Jódete Photoshop. En el siguiente paso me invitaban a subir una fotografía. Dudé si meter una de Angelina Jolie, pero me parecía que aquello ya iba a cantar demasiado, así que lo dejé para más tarde.

Exactamente un minuto después el sistema empezó a volverse loco, notificándome de que estaba recibiendo innumerables «flechazos del amor», una suerte de registro que mostraba el deseo provocado en los usuarios. En los cinco segundos que tardé en pulsar el enlace para conocer la identidad de mis Cupidos, el contador se había disparado y sumaba ya cuarenta y seis flechazos.

Me fijé que en mi buzón se acumulaban, además, ocho correos de hombres que juraban haberse enamorado de mí perdidamente. Y eso que aún no había puesto foto.

Revisé los mensajes y entre mis pretendientes figuraban Madrileño Viril, Mister 25, Pijus Magníficus, Atleta Fibroso, Gladiador Sexy, MachoMan69 y Bombero Apagafuegos. La crema y nata de la intelectualidad se agolpaba a mi puerta.

Acababa de transformarme en un gigantesco tarro de miel para cientos de miles de curiosas, voraces, babeantes, pueriles, ingenuas y hamrientas moscas que aleteaban a mi alrededor. A pesar de las limitadas luces de los candidatos, el ensordecedor zumbido provocado por el enjambre me sedujo enormemente. Me sentía observada, deseada, atractiva. Poderosa.

Tocaba ahora una labor de análisis e investigación en profundidad, de separar el grano de la paja, los niñatos adolescentes de hormonas enloquecidas, de aquellos que buscaban un calentón pasajero, para luego quedarme en posesión de las pepitas de oro de aquella corriente infestada de salidos. Una vez logrado, el camino estará allanado para elegir a mis golosas moscas.

HISTORIA DE UNA ESCALERA

*Ahí está la pared
que separa tu vida y la mía.
Ahí está la pared
que no deja que nos acerquemos.*

BAMBINO, «*La pared*».

¿Sabéis la típica escena de las cárceles norteamericanas que preguntan al preso si se considera un hombre rehabilitado y tranquilo, dispuesto a asumir la libertad condicional? Bien, yo no le preguntaría nada. Yo lo sacaba de la cárcel y lo soltaba en una reunión de vecinos. A los dos minutos el preso pasaría de su dócil actitud a estar metido de lleno en faena, defendiendo a grito pelado que la pintura de la escalera debe ser malva en lugar de beige, y que qué cojones de antena parabólica, si él no habla inglés y qué a ver qué era esto, que hoy alguno se iba a ir calentito a la cama. El odio, la rabia, la violencia y todos los jinetes del Apocalipsis al galope, aflorarían juntos, poseyendo y condenando irremediablemente al convicto.

En estas reuniones, cualquier tema baladí es elevado al rango de emergencia nuclear, y siempre hay alguien que se pone en contra porque sí, por joder, por tocar los huevos a otro al que le tiene tirria. El del primero nunca quiere arreglar el ascensor porque no lo usa, y en cambio prefiere que arreglen su rellano, que tiene un agujero en el suelo. El del último dice que ¡ja!, que él no se sube los siete pisos andando, y que como el del primero le está fastidiando, coge un pico y le hace el boquete más grande todavía. Cuando en Estados Unidos sale un loco matando gente en el McDonald's, deberían investigar si allí se celebraba una reunión de vecinos.

Los vecinos de mi escalera no descendían del mono. Ellos se *habían quedado* en el mono. Si Darwin hubiera venido a una reunión de mis vecinos, habría salido con material para diez libros.

Tuve que sufrir la experiencia en directo por culpa de una molesta gotera que apareció en el techo de mi cocina. Hablé con Ramón, mi casero, quien lo derivó al seguro, que lo derivó a un perito, quien concluyó que era problema de una bajante, y que ellos no pagaban un céntimo hasta que la comunidad de vecinos lo solucionase. A la vista de que el tema iba para largo, adopté a la gotera y la llamé Wilson, como el balón con el que habla Tom Hanks en *Náufrago*. Más me valía mentalizarme de su presencia, o acabaría por volverme loca, entre mis vecinos y la mancha de mi cocina.

Ramón era quien debería haber ido a aquel *pressing catch amateur* de

Mongolos contra Lerdos. Pero claro, él vivía fuera, y yo había aceptado comerme sus marrones a cambio de obtener una rebaja en el precio.

Tal y como se acabó desarrollando la reunión, hubiera sido más divertido y práctico que en vez de celebrarla en casa del presidente, se hubiera celebrado en un *ring*. Algo profesional y bien hecho, con una lona que tuviera un enorme anuncio de Budweiser, sillas de tijera de madera que el público luego se encargaría de lanzar por los aires, y yo en el cuadrilátero vestida con mi bata de lana llena de bolitas y mis pantuflas de maruja, dando vueltas con una pancarta marcando cada uno de los *rounds*, mientras un locutor anunciaría a los contrincantes con el exagerado y teatral tono de la lucha libre:

—¡¡¡Y ahora, señoras y señores, prepárense para recibir al vecino del 6.^º C, el hombre que nunca duerme, el insomne, el vampiro, el cabrón que pasa el aspirador los domingos a las siete de la mañanaaaaaa!!! —Aplausos enfervorizados—. Y enfrente, la octogenaria, la incomcombustible, Marisa, la del 5.^º A, la sorrrrrda de los cojonessss, Madame Tapia como todos la conocen. Una vecina gracias a la cual todos podemos ver el televisor sin poner el sonido, enterarnos de las tramas de las telenovelas, de la vida de los famosos y de los no famosos, y de cuáles son los productos más novedosos de la Teletiendaaaaaa. Y recuerden, llamen en los próximos minutos, para no perderse esta magnífica ofertaaaaaa —más gritos, y sillas volando.

Desconocedora del arca de Noé en que habitaba, me esmeré en preparar mi exposición como si fuese la tesis de fin de carrera o la abogada de Al Capone. Tomé fotografías de la humedad, las maqueté con el Word, busqué un papel verjurado, probé varios tipos de letra en el ordenador y cuidé mi léxico y gramática para esbozar una línea de defensa sólida e inteligible.

Acudí con mis folios metidos en una bolsita de plástico transparente, y me presenté, puntual y solicita, en la vivienda del presidente de la comunidad de vecinos.

El presidente era un hombre con menos sangre en las venas que la momia de Amenofis II. Leyó el Orden del Día, y en penúltimo lugar mencionó a mi querido Wilson. Un minuto después, alguien prendió la mecha:

—¿No vamos a hablar del tema del patio? ¡Que llevamos así tres años y ya no puedo más con los olores! —se quejó.

Esa palabra hizo estallar los cartuchos del rencor y odio ancestral que dormitaban entre los afables «Buenos días» y los incandescentes «Pues igual llueve el sábado», intercambiados apaciblemente en el ascensor.

—¡Pues si huele mal cierra la ventana, así no tenemos que ver cómo te rascas el culo!

—¡Yo me rasco lo que me da la gana, y tú aprende a cocinar. Que va a venir Sanidad y te va a precintar la cocina!

—¡Deja de sacudir las migas del mantel, que me ensucias las camisas de la

cuerda!

—¡No fumes que caen cenizas!
—¡No riegues que cae agua con tierra!

—¡No bebas que caen gotas!

—¡No tosas que caen esputos!

—¡No estornudes que caen mocos!

—¡Dile a tu hijo que no tire comida por la ventana!

—¡Dile al tuy o que no coma bollos que va a reventar!

—¡Pon pinzas que luego se te caen en mi ropa, y estoy harta de que bajes cada cinco minutos a pedirme tus medias y tus bragas, que se me está poniendo cara de gitana de mercadillo!

—¡Me has destenido un jersey con lejía!

—¡Pon un plástico para que no cale!

—¡Ponlo tú!

—¡No, tú!

—¡No, tú primero!

—¡No, tú tú tú!

—¡Tú tú tú tú tú tú mil veces!

Los monos habían enloquecido. Ocho personas enzarzadas en cuatro conversaciones *borderline* simultáneas, en una competición por ver quién decía la gilipollez más gorda. Ya no oía ninguna palabra, solo sus gritos de simio saliendo de sus bocas de primate furioso, abiertas, enseñando todos los dientes y encías en clara señal de ataque:

—¡Iiiii-eeee-ooooo-aaaaaaa!

—¡U-uuuu-aaa-aaah!!!

—¡Iiiiii-ooooo-aaaaaa! ¡Aaaa, aa!

—¡¡AAAAAA-AAAA-UUUUUU!!

—¡¡¡III-UUUUUUU-O-O-O!!!

El presidente callaba, mirando a la nada con el gesto inexpresivo de Buster Keaton de « Me da todo igual», como si estuviera lobotomizado.

Discretamente me levanté, avancé entre la gente, recogí mi bolsita de plástico y salí. Nadie se dio cuenta. Si me hubiera levantado la blusa y enseñado las tetas, tampoco. Si además las hubiera meneado, menos aún. Subí a casa, saqué el folio jurado, de cuidada tipografía y correcta gramática, lo doblé y formé un avioncito de papel. Abrí la ventana del patio. Giré mi mano para que el morro del avión quedase mirando a mi cara. Le eché el aliento dos veces, en un gesto del que jamás comprenderé su utilidad intrínseca en las leyes de la aerodinámica, pero que es absolutamente necesario para hacer que vuele, y apunté mi pequeño aeroplano hacia el cielo nocturno de Madrid. Con un leve movimiento de muñeca, propio de una experta lanzadora de dardos, el avión salió volando en línea recta y se perdió entre los tejados. De fondo se seguían oyendo

los gritos en sordina de los vecinos, que a estas alturas debían estar en plan holocausto caníbal, comiéndose los unos a los otros y golpeando con saña al presidente con una piedra.

Suspiré, coloqué las manos en el extremo de mi boca a modo de bocina, inhalé todo el aire que pude, y lancé un fantástico gritó de Tarzán de despedida:

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah!

REALIDAD VIRTUAL

*El sexo es como el póquer,
si no tienes una buena pareja
más te vale tener una buena mano.*

WOODY ALLEN

Estaba como un queso. Eso fue lo primero que pensé. Guapo_Ejecutivo hacía honor a su nombre al cien por cien. Cruzó la puerta del bar, metro ochenta, atlético, vestido con un traje oscuro y corbata de seda color rosa chicle que le quedaban como Dios. Frunció el ceño simulando haberse equivocado de local, y se giró para que le viera su culo duro y perfecto. Bajo el quicio de la puerta, volvió a girarse y nuestras miradas se cruzaron. Sonrió y de la comisura de sus ojos asomaron unas pequeñas patas de gallo que lejos de avejentarlo, le sumaban puntos, como a los buenos vinos. Me dio dos besos como si fuéramos amigos de toda la vida, y con el mismo desparpajo y confianza se lanzó a preguntar sobre mí. Este cabrón era un profesional. Yo trataba de verle el fallo, pero era incapaz: perfecta manicura, rostro ligeramente bronceado. ¿Qué pintaba semejante tiarrón buscando ligues por Internet?

Me lancé a hablar como si me hubiera escapado de un convento tras años de voto de silencio. Él escuchaba, dócil, entregado, y yo venga a parlotear. En mitad de mi soliloquio sonó de pronto una interferencia. Hice una pausa, miré a Guapo_Ejecutivo que escuchaba como si nada, y proseguí, extrañada. Un segundo después lo volví a oír: «¡JRRR!». Era un sonido gutural de no más de dos segundos, parecido al que se produce cuando alguien va a tragar o escupir una flema. El sonido de una moto vieja al arrancar. Volví a mirarle, pero su boca no se movía, lo que incrementó mi desconfianza. Bajé los ojos para dar un trago a mi bebida y justo ahí lo vi. Su cabeza se inclinó muy levemente hacia atrás, y su nariz se estremeció de forma casi imperceptible. «¡JRRRRR!». Resonó. ¡Tenía un tic! Mi macho man, mi ejecutivo agresivo, mi culito respingón, tenía un tic que le convertía en el cerdito Porky, en la segadora de césped de mi tío Alberto, en el desagüe de mi fregadero. Se me cortocircuitaron las neuronas y perdí toda concentración. En mi cabeza solo oía aquel gorgojo y su repetición incrementaba mi asco. A los diez minutos, y muy a mi pesar, miré el reloj e improvisé la infalible y perenne Excusa de la Plancha.

—¡Uy, madre mía!

—¿Qué pasa? —preguntó sobresaltado.

—Se me ha hecho súper tarde y tengo una montaña de ropa para planchar.

—Pero si son las seis de la tarde.

—Por eso lo digo, por eso —no sé mentir, lo admito—. Ay, oy e, es una pena

lo estaba pasando *tan* bien...

—Bueno, podemos quedar otro día siquieres —su rostro era la desolación pura, como si no se esperase que alguien le pudiese rechazar. Estoy convencida de que la expresión «¡Vaya plancha!» vino de una situación parecida.

—Es que tengo un cerro de ropa, de verdad. —Definitivamente no sabía mentir—. Pero vamos hablando, *¿vale?*

Salí y me fui de tiendas, que es algo que tampoco falla, y al volver a casa le borré de mi lista de favoritos.

Tardé una semana en volver a quedar con alguien. Leí a fondo todos los perfiles, seleccioné, borré y conversé con muchos candidatos para hacer una buena purga. JM78 fue el elegido. Por chat se le veía educado, agradable, y al menos era el único con un *nick* decente. Propuso como encuentro un bar de raciones en el centro, un local informal pero con una cuidada decoración, atiborrado de una caterva de incipientes y arrogantes protoyuppies, cortados por el mismo patrón: pelo corto, cuidado, con largas patillas e idéntica forma de vestir —pantalón de pinzas, discreta camisa de vestir sin corbata, desabotonada e iniciales bordadas en el pecho—. Eran como una gran familia de clones.

Mientras esperaba, pedí un refresco. Cinco minutos después llegó JM78, vestido igual que el resto, pero abrigado por un blazer cruzado de botones dorados, de cuyo bolsillo sobresalía un pañuelo color amarillo pollo. Mi abuelo vestía más moderno que él. Solo le faltaba el timón y el velero. Le saludé con un par de besos, uno por patilla.

—Hola, encantado. Soy José María Zunzunegui de Arístegui —anda que vaya ojo el mío. Me había tocado el «tontolpijo» de la rifa. Hablaba con un tono ligeramente chulesco, sobrado de sí mismo.

—Qué tal, yo Purificación García.

—¡Anda! *¿García?* *¿Tienes algo que ver con los García de la Mora?*

—No, con los García de toda la vida.

—Bueno, cuéntame, *¿a qué te dedicas?* —A pesar del revés mantenía la compostura y ese tonito impostado tan irritante.

—Trabajo en ventas y estrategia —lancé para despistarle y ver su reacción.

—*¿Qué estás, en marketing?*

—No, en *cajing* —me reí, no me pude contener—. Soy cajera de un supermercado.

Tardó dos segundos en reaccionar. Me miró con extrañeza.

—*¿Eres cajera?* —Oh, no, otra vez esa maldita pregunta, que me perseguía como una sombra. Se recompuso, y fingió una muy falsa sonrisa—. Ah, claro, por eso lo de Cajera-Sexy.

—Equilicuá. *¿Pero hay algún problema?* —me puse seria.

—No, nada, fenomenal —volvió a sonreír para calmarme. Se quedó callado tratando de encontrar un tema de conversación—. Eso de cajera tiene que ser

muy divertido.

—Sí, la monda. Yo es que estoy trabajando y me troncho.

—Oye, no sé si estás molesta conmigo o te pasa algo —el pobre marinero se había enfadado.

—No, pero mira, creo que estamos en mundos aparte. Perdona si te he hecho perder el tiempo —agarré mi abrigo y me fui hacia la puerta.

—Espera —le oí decir, me detuve—. De verdad que no me importa que seas cajera, no pasa nada, no es nada malo. —Ahí acababas de cagarla, chavalín.

Di media vuelta y, mirándole a la cara, le dije:

—Mira, niño repollo, tengo más clase y más educación qué tú y todos estos protozoos juntos. Así que voy a irme antes de que me pegueis la tontería esta que tenéis, que por lo que veo es una epidemia de las gordas. Ah, oye, la Coca-Cola está sin pagar. Encárgate tú de la cuenta.

Ay, lo siento, pero es que de verdad, ya no podía más. Entre los del *speeddating* y los cibercupidos, llevaba demasiado tiempo pinchando en hueso. Llamé a Yolanda y nos fuimos de compras. A corazón vacío, armario lleno.

Cuando regresé a casa tenía en el correo electrónico cuarenta y ocho *mails* de promesas de amor y tropecientos flechazos. No me molesté ni en seguir mirando. Borré mi perfil y me despedí de aquel circo ambulante.

Como en uno de esos juegos de rasca y gana, mi premio aún no había salido. Y, a la vista del panorama, tampoco había mucho que rascar.

mon day mon day

Si existen tantas canciones criticando los lunes, por algo será. Eran las nueve y cincuenta de la mañana y el mío estaba a punto de comenzar. Salí del vestuario como cada día, mi uniforme impecable, un poco de pintura para disimular el madrugón, el pelo recogido en una coleta, un último vistazo al espejo del baño, una última cepillada para que estuviera lo más cuidada posible, y salí al trabajo. Hoy estaba sola hasta las doce, pero no me importaba, esperaba una mañana sin demasiados ajetreos en mi caja. Cobros, devoluciones, tal vez algún cliente un poco impertinente, la habitual visita de doña Úrsula...

Solo había una cosa que no podía esperarme. Mi caja había desaparecido.

La hilera de muebles, desde la uno a la cuarenta y ocho, se interrumpía a partir de la seis y continuaba en la once. En el hueco que habían dejado, dos técnicos vestidos con un mono azul y rodeados por una montaña de virutas de metal, cables y un amplio despliegue de herramientas, atornillaban una suerte de básculas digitales. Un grueso y largo cable conectaba, cual cordón umbilical, la caja de registro del suelo al ordenador portátil de un tercer sujeto que configuraba y verificaba el funcionamiento del aparataje.

Miré a izquierda y derecha buscando que alguien me explicase qué estaba ocurriendo. Desolación absoluta.

—Buenos días —saludé a los operarios, más para romper el hielo y pedir explicaciones que como fórmula de cortesía.

El chirriante ruido de las taladradoras y los martillazos les impedia oírme. A lo lejos vi a Justo, que caminaba rápidamente, exánime.

—Oiga, Justo, ¿qué está pasando aquí?

—Disculpe, llevamos todo el fin de semana organizando el tema y hasta ayer no terminamos de decidir la ubicación. Discúlpeme, Purificación —repitió, mientras paraba a tomar aire.

—Ayer estaba cerrado, Justo, no me cuente usted milongas —inmediatamente me arrepentí de mi tono coloquial, pero me estaba empezando a mosquear seriamente.

—Estuvimos aquí hasta las mil. Créame, soy el primero que hubiera preferido estar en casa —se giró a los operarios—. Son las nuevas cajas de autopago. El cliente pasa el código de barras, la tarjeta de crédito y listo. En vez de dos cajas, ahora hay cuatro. Más rápido, más cómodo y mejor para todos —pronunció la última frase de corrido, como si los jefes le hubieran hecho aprendérsela a punta de pistola.

—... Y menos sueldos, menos empleados y menos problemas. Mejor para todos —respondí tratando de que mi sarcasmo enmascarase mi enfado.

—Yo de eso no sé nada, señorita Puri.

—*Eso* se llama despido. Como los de arriba le cojan el gustillo nos llenan esto

de maquinitas y nos vamos todas al paro.

—No dramaticemos. Lo están haciendo todas las tiendas y no es tan grave, de verdad. En otros supermercados está habiendo muy buena respuesta con la «Cajamiga» y no ha habido ningún problema que yo sepa.

«Cajamiga», lo que me faltaba por oír. ¡Eso sí que tenía miga! Lo peor que podía tener un producto era que se vendiese como «Tu amigo». Fuera un peluche o una caja registradora, esa palabra solo significaba una cosa: que nunca te caería bien. Además, ¿qué significaba lo de «amiga»? ¿Que podías irte de cañas con ella? Llegas al bar con un mamotreto de cuarenta kilos de peso y le dices al camarero: «Póngame un White Label y a mi amiga un bote de lubricante, que hoy ha tenido un día muy pesado».

—Mire Justo —suavicé mi queja a riesgo de que me trajese futuros problemas—, yo lo único que sé es que no sé dónde me toca sentarme porque en mi sitio hay tres señores haciendo bricolaje.

—Hoy está usted en la veintinueve, disculpe que no haya podido decírselo antes. Y una cosa, Purificación, luego la van a llamar los jefes, pero yo no le he dicho nada, ¿de acuerdo? No sé nada más, le doy mi palabra —esbozó media sonrisa, entre grave y conciliadora, miró el reloj y se adentró entre el laberinto de pasillos.

Me quedé sin habla. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. ¡Me iban a echar? Calculé mis opciones de supervivencia: llevaba en la empresa nueve años, mi compañera de la caja ocho, Alba, catorce. Conclusión: yo salía más barata de despedir. No había mucho más que pensar. Fin. *Alea iacta est, Sic transit gloria mundi, Quo Vadis y Rosa rosae*. Vamos, que me iba al paro.

Elaboré una agenda mental para las próximas horas. Lo primero que tenía que hacer era decirle a Úrsula que estaba a punto de convertirme en la inquilina chupóptera e incómoda de la que había querido huir. Tendría que dejar el piso en veinticuatro horas e irme a vivir con mis padres. Si Úrsula se lo tomaba bien, me pondría las maletas en la calle ayudada por su sobrino Ramón. Si se lo tomaba mal, se sacaría su dentadura de plástico y me mordería hasta sangrar. En ningún caso era un panorama alentador. Tal vez *Manoli's* siguiera abierta y necesitaran una *champunier*. Tal y como estaban las cosas, me conformaba con ser *barrendier*.

A las doce y cinco, cuando varias compañeras ya ocupaban sus puestos, sonó mi nombre por los altavoces pidiéndome que acudiera a las oficinas. Cerré la caja y me dirigí con el miedo en el cuerpo de quien camina por el corredor de la muerte hacia su final. Dejé a mi derecha la nueva zona de cajas automáticas. Estaba terminada y lista para ser usada. Les dirigí una mirada cargada de puñales afilados y lancé mi despedida:

—Putas.

Me presenté ante la secretaria, pregunté por Recursos Humanos. Me corrigió: me esperaba uno de los jefazos. Aquello prometía ser algo muy gordo, por lo menos un ERE. La puerta estaba entornada. En el extremo opuesto, su mesa, tras la cual se sentaba un hombre de unos cuarenta y tantos, pelo corto y con prominentes entradas, y cara de apenado. A su espalda, una gran ventana, y a su izquierda, un ficus de metro y medio de plástico. El espacio era anodino, carente de lujo o de la posición que ocupaba su morador. Mobiliario funcional de líneas rectas y de laminado color gris claro, un perchero de metal y, como elemento distorsionador de la frialdad del espacio, dos sofás de cuero negro formando una ele alrededor de una mesa baja. No había fotos ni cuadros.

—Buenos días —me saludó muy serio, sin dejar de mirar su ordenador portátil. Ante él, cinco montañas de informes perfectamente apilados. Extendió su mano abierta y, ladeándola, me mostró la silla frente a él. Tomé asiento.

—Hola, buenos días —respondí para llamar su atención y hacerle saber que podía empezar. Quería que el proceso fuese lo más rápido e indoloro posible.

—Ahora mismo estoy con usted —segúia sin levantar la vista del ordenador. Tras un eterno minuto, me miró sin sonreír ni mostrar sentimiento alguno. Tenía cara de esqueleto mortuorio.

—Bien señora García, como habrá comprobado esta mañana el centro está haciendo algunos cambios —se refería al « centro» como si fuese una persona física, *alguien* culpable de mi despido, que servía como chivo expiatorio de sus actos—. Estamos haciendo un profundo proceso de redistribución que afecta a su puesto de trabajo —distribuir, organizar, deslocalizar, prescindir, abaratar, despedir..., sinónimos de que me iban a dar una patada en el culo pero bien dada.

—Ajá —dije yo. Reconozco que no era una afirmación brillante, pero estrangularle hubiera sido un poco radical.

—Hemos analizado su trabajo de estos nueve años, y en base a estos planes de la compañía, queríamos hacerle una propuesta.

Ahora es cuando sonaba la música del padrino. Tariroriroriroriroriiii. Si rechazaba su oferta seguramente amanecería con el ficus este horrible en mi almohada.

—Nos han dado muy buenas referencias de usted —esto ha sido mi madre, que no sabe estarse quieta—. Vemos que es usted puntual, trabajadora, ha acudido a los cursos que hemos ido desarrollando —levantó un folio frente a él—, y con buena valoración según veo —ahora llegaba el *pero*, esa maligna conjunción adversativa que mandaba todo al traste—. En fin, queremos que sea usted la nueva responsable del área de « Atención al cliente» .

Me quedé muda. Esperaba un golpe de gracia y me encontraba un ascenso. Ante mi expresión de desconcierto, intervino:

—Naturalmente conlleva una subida de sueldo y una modificación de su

categoría profesional —como yo seguía sin hablar, se explayó un poco más—. Va a ser un espacio exclusivo de atención al cliente, un área independiente de la zona de cajas, de unos quince metros cuadrados, que esperamos esté finalizada en los próximos tres días. Aún no se lo hemos trasladado a su superior, Justo Sanchís, antes queríamos hablarlo con usted. Evidentemente siempre y cuando esté de acuerdo con las condiciones.

—Bueno, pues, no sé, sí, claro. Dígame usted —dije por toda respuesta. Debo admitir que ese día yo estaba un poco espesa.

Me detalló cuánto suponía el aumento de sueldo, los horarios y mis funciones en el puesto. Antes de finalizar, añadió que disponía de unos días para pensarla. La verdad es que ya tenía tomada la decisión. Todo me parecía bien. De verme barriendo los pelos de *Manoli's* a llevar un departamento mediaba un abismo. Podía pedir un poco más de dinero, claro, pero ¿cuánto más? Me arriesgaba a que otra compañera aceptase antes que yo, o a entrar en un peligroso juego de tira y afloja, donde la única que tenía las de perder era yo.

Acepté.

Me despedí de la secretaria y entré en el ascensor. Cuando se cerraron las puertas, los músculos de mi boca descargaron toda su tensión y se expandieron en una amplia sonrisa. Estiré los brazos como Rocky Balboa después de pegarse su carrerón matutino, y llamé a Yolanda y a Simona para contarles la noticia. Esa noche nos fuimos las tres a cenar y a brindar por mi nuevo trabajo.

No hogáis caso a lo que digan las canciones, los lunes no son tan malos como cuentan.

EL RARO

Se llamaba Juan, pero le conocíamos como «el Raro» porque entraba en la categoría de los clientes raros. Juan era raro y habitual, lo cual hacía que su comportamiento se volviese más marciano e incomprensible. Siempre venía a mi caja, nunca a las otras, saludaba con un acento latino que más tarde descubrí que era mexicano. Compraba objetos de poco valor: un lápiz, una goma de borrar, un cuaderno, una bombilla... Unas veces con tarjeta, otras en metálico. Me miraba tímidamente a los ojos y me dedicaba una sonrisa que, admito, era muy agradable. Supe su nombre la segunda vez, cuando pagó con tarjeta de crédito una grapadora de bolsillo de no más de dos euros.

Fueron mis compañeras quienes repararon en él. O quizás fui yo, pero ellas descubrieron lo que era obvio: aquel chico me provocaba algo más que curiosidad.

—Te vi el otro día atendiendo al «Raro» —los calificativos de los clientes eran *vox populi*—. Niña, se te mojaron las bragas cuando te sonrío —dijo Alba en ese delicado estado natural que tenía de contar las cosas.

—Mujer, qué burra eres.

—Sí, sí, burra. Disimula —era cierto, no podía disimular.

—Mujer, para uno que sonríe... —me justifiqué. Sin éxito, añado.

—Ya, claro.

«El Raro», o sea, Juan, no tenía un horario fijo de visita. Podía aparecer cada dos días o una vez a la semana. En los dos meses que llevaba viéndole habíamos coincidido una decena de veces, más un día que yo libraba y no le pude ver.

—Ayer vino «el Raro» —me comentaría al día siguiente Iris, quien miraba con segundas intenciones a Alba—. Estaba *mu' pesaíto*: que cuándo librabas, que cuándo volvías...

—Estáis las dos muy tontas, ¿eh? —se me escapó una sonrisa por la boca, como si estuviera tratando de engullir el sol y los rayos se colasen por la comisura de mis labios. Alba se dio cuenta enseguida.

—¡Uy, la Puri, que está chocha! —dijo partiéndose de risa.

—Calla, tonta, que no es cierto —yo ya sonreía abiertamente, con la cara roja como un tomate.

—Mírala —dijo Iris en voz alta— si está como un tomate la *jodía*.

Por suerte, un cliente interrumpió la conversación, que no volvimos a retomar, entre otras cosas porque Juan no volvió a aparecer hasta casi un mes después.

Concretamente, hoy.

Eran las seis de la tarde y me encontraba en mi nuevo puesto de «Atención al cliente», en pleno debate con una señora que pretendía devolver una caja de

bragas.

—Hola, guapa —siempre te llamaban « guapa» , aunque luego se estuviesen cagando en tu padre y en la Corte Celestial—. Mi nieta me ha pedido —la culpa siempre era de la nieta o del hijo o de algún familiar por ahí perdido— que venga a devolverte estas braguitas. Es que ella trabaja y no puede venir.

—¿Tienen alguna tara? —pregunté.

—No, en Zara no he mirado. Pero ella las compró aquí. —Dios me estaba castigando, lo sabía.

—No, pregunto que si están rotas, que qué les pasa —repetí mientras las sacaba de su caja.

—No hace falta que las saques, no, déjalo —aquella insistencia me puso en alerta de que me iba a encontrar un marrón importante. Efectivamente, así fue. Por desgracia el marrón era más físico que metafórico. A lo largo de lo que venía siendo la rabadilla, había un lamparón ocre de padre y muy señor mío.

—Señora, estas bragas están usadas.

—¿Cómo, perdona? —la sordera nunca fallaba y les permitía ganar tiempo.

Sujeté la prenda y la enseñé para que viera la zurraspa.

—Venían así —lo dijo con tal convencimiento que podía engañar al polígrafo de la verdad. Me hubiera gustado haberle hecho la prueba del ADN al frenazo aquel que tenía delante de mí, pero si lo llego a hacer, el ADN se me desmaya.

—Lo siento, señora, no admitimos devoluciones de productos que vengan usados. Es política de la empresa —esta frase me la habían enseñado para evitar que los clientes me cargasen a mí el muerto o tratasen de llevarme a su terreno. En este caso, volvió a funcionar.

Cuando la mujer iba a comenzar a ponerme a parir, apareció Juan. Mantenía su timidez de siempre, pero en cuanto pasó por delante, cruzó mi mirada con la suya, atrapándome como en el típico anuncio de perfumes donde los protagonistas se observan felinos tras rociarse del aromático elemento. Medía un metro setenta y algo, cabello castaño, delgado, de facciones agradables y unas pequeñas gafas que le conferían cierto aire intelectual y hacían aún más pequeños y delicados sus achinados ojos. Vestía con vaqueros, camisa azul clara lisa y llevaba una chaqueta de pana color beige. Parecía sacado de un mitin de izquierdas o de algún club literario.

—¿Cómo estás? —preguntó con su dulce acento, arrastrando la ese. La clienta se dio cuenta de que pasaba de ella olímpicamente y se largó.

—Muy bien, cuánto tiempo —le respondí, en mi personaje de « Responsable del Departamento de Atención al Cliente» ; o sea, amable pero procurando mantener una elegante distancia.

—Vine alguna vez, pero han quitado tu caja, creí que te habías ido.

—Pues... ya ves, aquí sigo. Al ladito de la puerta principal —sonréi. Ese « al ladito» era un poco moñas. Puri, concentración, eres una profesional—. Es

imposible no verme —rei y me sentí como el ser más gilipollas del planeta.

—Sí, ya ves, los árboles no me dejaban ver el bosque —me miró con una calidez tal que empecé a fundirme como una niña tonta—. Tenía ganas de verte —confesó de repente.

—Yo también a ti.

¿Cómo? ¿Quién había dicho eso? ¿Yo? Ah no, yo no, ni de coña, vamos. No no no no no. ¿O sí? ¿Lo había dicho en voz alta o solo lo había pensado? Ay, Dios, ahora pensaría que era una fresca, o una depravada, o que estaba desesperada. O las tres cosas.

—Bueno, no te quiero interrumpir. Luego te veo, ¿okey? —respondió ignorando mi atrevimiento. Sonrió y se internó por los pasillos.

Muy bien, Puri, lo has espantado. Qué arte tienes. Espero que no lo hayan visto mis compañeras porque entonces sí que me muero de la vergüenza. Giré la cabeza hacia la caja seis de Iris y las vecinas cajas de autopago, donde habían trasladado a Alba, a quien colocaron en un puesto para controlar y, de paso, explicar su funcionamiento a los clientes. Por suerte, ninguna de las dos se había dado cuenta de mi charla con Juan.

A las diez, cuando tocó la hora de cierre, Juan seguía sin aparecer, por lo que deduje que había huido por siempre jamás para evitar verme.

A las diez cerramos las puertas, pero entre las últimas compras, organizar papeles, cambiarme, etcétera, se me hicieron casi las once. Salimos y a los veinte metros cada una de las compañeras partió para un destino diferente. El marido de Iris vino a recogerla en coche, Alba y Samantha cogieron el autobús, y así fui quedándome sola.

Vi una figura que se acercaba desde el edificio. Caminaba a buen paso, quizás por eso no me asusté. Llevaba una chaqueta con los cuellos subidos para protegerse de las frías noches de primavera. Era Juan.

—¿Pero qué haces tú aquí? —No podía evitar sentirme molesta, vigilada en cierto modo. El cansancio del día había agotado mis ganas de charlar, o de irme de cena, o de socializar. Lo que más necesitaba era coger el metro cuanto antes y llegar a mi casa.

—Bueno, perdona —se excusó. Su timidez, pero sobre todo su acento, contribuyeron a que la justificación sonase aún más compungida y sincera—. No sabía por qué puerta salías ni a qué hora... Llevo cuatro horas yendo de una puerta a otra... —sonrió, burlándose de lo absurdo de la situación.

Me daba una ternura que me moría. Como un cachorrito que encuentras en la calle y te ruega con la mirada que lo lleves a casa. Reconozco que si el único sentimiento que me provocaba Juan hubiera sido pena, habría zanjado aquel encuentro de inmediato, educadamente, claro, pero *de facto*. Sin embargo, su sensibilidad, su tesón y la educación que había mostrado a lo largo de estos meses, me inspiraban confianza y potenciaban la atracción que, entonces, creía

sentir hacia él.

—Mira, te lo agradezco en el alma, pero estoy agotada.

—Ah —se resignó.

—No, no. No quiero darte largas. De verdad, hoy he doblado turno, llevo desde las nueve y media y, en fin, ¿por qué no me das tu móvil y hablamos y tomamos algo?

—¡Claro! —Aquello le devolvió la vida. Buscó entre los bolsillos de su chaqueta, pero me adelanté con un bolígrafo y un papel que saqué del bolso.

—Bueno, Purificación...

—... Puri —corregí—, Purificación solo me lo llaman mi jefe, y mi madre cuando está enfadada.

—Bueno, Puri, ¿me llamas, si eso? Si te apetece, claro.

—Claro —respondí, e inmediatamente me despedí con un par de besos en la mejilla.

En el vagón del metro, vacío y frío a esas horas de la noche, solo estábamos un hombre, sentado frente a mí, y yo. Él, vestido con un traje, se quitó la corbata y desabotonó la camisa con gesto cansado. Durante todo el trayecto fui leyendo el papel con el teléfono de Juan una y otra vez, como si se tratase de un poema o de una novela que me tuviese enganchada.

—Claro que me apetece —pensé en voz alta.

—¿El qué? —preguntó extrañado el trajeado de enfrente. Negué con la cabeza pidiendo disculpas, roja de vergüenza.

—Ves Puri? Otra vez lo has vuelto a hacer. Ay, cántrate anda, cántrate.

MAGNOLIAS DE ACERO

*¡Mirad, yo os enseño el superhombre!
El superhombre es el sentido de la tierra.*

FRIEDRICH NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra*

Vi hace tiempo una película llamada *Magnolia* donde Tom Cruise interpretaba a un mesiánico *coach*, el triunfador de turno que desciende desde su olimpo particular a la tierra de los comunes para compartir la fórmula del éxito y del reconocimiento social ante la aborregada masa. Un charlatán en versión *cool*. La peli se hizo popular porque hacia el final cae una lluvia torrencial de ranas sobre la ciudad. Que lo que más se recuerde sea eso, dice muy poco de la película ¡y de Tom Cruise!

Hoy la empresa había traído a uno de estos expertos en el arte de motivar para insuflar un poco de energía a las cajeras. Justo insistió, con aire aleccionador y paternal, que para mi nuevo puesto era muy importante mantener una actitud de optimismo y esfuerzo, y debía prestar mucha atención e interiorizar (así lo dijo) todas las enseñanzas, con el fin de proyectar una energía positiva hacia el cliente. Me sentía como en un capítulo de *Kung Fu*.

Albergaba la esperanza de que apareciera un Tom Cruise, o en su defecto, un norteamericano guapo y fibroso, camisa blanca impoluta remangada, algunas canas, micrófono inalámbrico sujeto alrededor de la cabeza y una sonrisa blanca perfecta que emitiese un brillo que, cual cañón de luz, fuese iluminando al auditorio a oscuras hasta enfocar mi butaca. Ahí estaría yo, absorta, hipnotizada, entregada, mientras me vendía sus libros y sus recetas de un mundo mejor, brillante y perfecto como sus dientes.

Por desgracia, nuestro auditorio no era el Madison Square Garden, sino una de las salas de reuniones de los jefes. En lugar de una pantalla multimedia había una vulgar pizarra sostenida por un caballete, de la que colgaba una cuerda en cuyo extremo se balanceaba un rotulador. Sentados tras la mesa de oficina, nuestro director general, y a la derecha un señor que, más que a Tom Cruise, se parecía a una de las ranas.

El *coach* dio los buenos días, se quitó la chaqueta, se puso en pie y, para nuestra sorpresa, se acercó hasta nuestras sillas. Con las tablas de un prestidigitador de la palabra, empatizó de inmediato con un discurso buenrollista de utopías y superación. Intercalaba chascarrillos, cual monologuista de un café-teatro, pero sin caer en manidos recursos ni chistes fáciles. Acompañaba sus palabras paseándose por la sala, gesticulando exageradamente con las manos, igual que un predicador, pero ahorrándose los «¡Aleluya!», «¡Amén!» y

« ¡Gracias, Señor! » , propios del género.

Nos insistió que no importaba qué cargo ocupábamos, pues dentro de nosotros dormitaba un ejército de superhombres y supermujeres, con una central nuclear por voluntad esperando estallar con fuerza. Insistía en que teníamos un gran potencial y muchos motivos para sentirnos orgullosas, y un horizonte que, con un poco de voluntad, resultaría fructífero.

—Todo el mundo tiene un gran potencial. Todas vosotras. Tenéis muchos motivos para sentirnos orgullosas. ¿Creéis que eso es solo un privilegio de famosos, superdotados o millonarios? ¿Creéis que el mundo conspira para hundiros a vosotros y no al de al lado? —sin darnos tiempo a responder, siquiera a reflexionar, arrancó con una nueva batería de ejemplos y preguntas retóricas—. Hay una frase de Michael Jackson que a mí me gusta mucho: « Si quieres hacer del mundo un lugar mejor, mírate al espejo y empieza por cambiarte tú ». Pensadlo. ¿Acaso no os sentís mejor cuando os arregláis para una cena? Ese vestido de noche maravilloso, con zapatos y bolso a juego, o un collar bonito, ahí sí que valéis, ¿verdad? Ahí sí que sois triunfadoras y os comeríais el mundo. ¿Y sabéis por qué? ¡Porque la mente está pensando en un futuro positivo! Aplicad esos valores a vuestra vida. Tened una actitud positiva, porque entonces será bueno para vosotras. No tiene por qué tratarse de ropa. Poned música en vuestros iPod antes de entrar a trabajar, comed chicle, caramelos... ¡Si os sentís fuertes y seguras por dentro, así lo proyectaréis en vuestro día a día! ¡Es más, lograréis contagiar ese optimismo a vuestros clientes y a vuestros jefes! ¡Precisamente *ahí* está el cambio que tanto buscabais! ¡Dejad de llorar, de quejaros! ¡El cambio está *dentro* de vosotras! ¡Vosotras sois la respuesta que estabais buscando!

Madre de Dios, este tío era *Braveheart*. Qué chute de energía, qué ganas me estaban dando de levantarme, fundirme la Visa en un vestidazo de Dior y salir corriendo a liberar Escocia.

Había que darle crédito a sus palabras. Si bien las decisiones relativas a mi trabajo, mi salario y mi puesto dependían de terceros, lo que había aprendido esa mañana es que yo podía ejercer una influencia positiva sobre esas decisiones en beneficio propio. ¿Acaso no había logrado un nuevo puesto gracias a mi trabajo y mi constancia? ¡Pues entonces!

Tenía la actitud, tenía la energía, y tenía los zapatos, el bolso y el collar. ¡Toma! que guapa soy, que tipo tengo. Ahora solo faltaba que Juan diese el paso definitivo, y llamase para fijar la cita de nuestra cena. Ya habíamos intercambiado varias conversaciones telefónicas, y la pelota había quedado en su tejado; que una será todo lo moderna que quieras pero hay cosas que le corresponden hacer al hombre. Pero de toda la vida.

¡Toma que toma que toma que toma ta!

*Y tu cuerpo
era el único país donde me derrotaban.*

JUAN GELMAN, *Otras preguntas*

Juan llamó y, como buen caballero, fijó un día, una hora y un lugar. Así me gustaba. Después de recogerme en casa, me llevó a cenar por el Teatro Real, junto a una agradable placita ajardinada en el lateral de la plaza de Oriente. Conocía bien la zona, pero era la primera vez que entraba al restaurante, un local pequeño, de dos plantas y apenas media docena de mesas, situado frente al Alambique, tienda de menaje y escuela de cocina donde me aficioné a los fogones.

Juan era periodista. Teníamos la misma edad, treinta y dos años. Había llegado desde México gracias a una beca de fin de carrera y ahora trabajaba en una agencia de noticias cubriendo actos, redactando artículos... un poco de todo. Compartía un piso alquilado con un español a quien no le unía vínculo ninguno, y de momento no vislumbraba la idea de regresar a su país.

Le hablé de mí, de mi situación personal y de mi trabajo, pero sin entrar en los detalles que la habían originado ni implicarme excesivamente en un discurso emocional o de confesionario. Él lo respetó en todo momento, supo valorar qué terrenos de lo afectivo estaban vedados y aprovechó para conocer mis gustos en lo tocante a lo literario, lo cinematográfico e incluso en lo culinario, pues él también era un pequeño cocinillas.

No tardamos en desprender a nuestro encuentro de su aire protocolario. Los muros que gobernaban nuestro corazón se fueron diluyendo, las palabras perdieron el peso de su gravedad para fluir libremente entre los rincones de lo personal y lo intrascendente, sumiéndonos a Juan y a mí en el terreno de las confidencias y los susurros del corazón.

Tras la cena, mientras cruzábamos sobre el viaducto de Madrid, nos detuvimos para contemplar el poder de la ciudad que se extendía a lo lejos. Pasó su brazo por detrás de mí y me abrazó, en un gesto más espontáneo que reflexivo.

—Ven —me dijo.

Doblamos por un lateral y descendimos unas escaleras empedradas. Las rodeaba un diminuto jardín que confería al espacio y a los portales vecinos una atmósfera romántica, propia de un pequeño pueblo europeo y no de la gran ciudad donde nos encontrábamos. Esa atmósfera se veía potenciada por las luces indirectas que iluminaban los gruesos arcos que sujetaban el viaducto y

resaltaban su robusta estructura.

—Me encanta este lugar. Es como ver el *backstage* de una superproducción —dijo sin apartar la mirada de la estructura. Juan hablaba bajito, con una voz como de baño de espuma y sales.

Dimos una vuelta a la manzana y regresamos de nuevo al viaducto.

—¿Adónde me llevas? —reí—. Menuda vuelta me has dado. Esto te lo tienes tú muy estudiado, ¿eh?

No respondió. Entramos en un bar a escasos metros, con apenas iluminación exterior. Estaba vacío, sus paredes mostraban cierto abandono, a tenor no ya de su escasa clientela sino de las abundantes humedades y los desconchones de pintura, pero el conjunto resultaba favorecido por las paredes de ladrillo visto y un sótano abovedado, como bodega de vino, de atmósfera íntima y acogedora.

Mientras sorbíamos la pajita de nuestros respectivos mojitos, le dije:

—No conocía este lugar. Seguro que traes aquí a tus conquistas.

—¿Cómo crees? ¡No manches!

—¿No qué? —lancé una carcajada al oír esa curiosa y desconocida expresión.

—Que no es cierto —se unió a mi risa.

—Eres un falso... —bromeé.

Su risa dio paso a una media sonrisa, y esta a una profunda mirada.

Nos miramos el uno al otro en silencio tratando de comprender algo que sabíamos que el otro nos ocultaba, como manteniendo una conversación privada, secreta, formada por miradas y silencios en lugar de letras y sonidos. Se acercó a mí y me besó en los labios. Le correspondí alargando el beso unos segundo más.

Cuando nuestras bocas se separaron, abrimos los ojos y nos volvimos a mirar, prolongando la conversación muda que manteníamos, como si aquel primer beso hubiese sido algo transitorio, parte del guion, pero en ningún caso una distorsión o interrupción de nuestro silente diálogo.

Juan pudo haber recurrido a decenas de gestos desgastados, retirarme el pelo del flequillo con la yema de sus dedos, piropearme con un «Qué bonita eres» o revelarme un romántico «Me fijé en ti desde el primer día que entré al supermercado». De haberlo hecho, habría huido de allí como alma que lleva el diablo. En lugar de eso, me miró y me besó de nuevo con ternura. Me tomó de la mano y como una hoja en el viento, me dejé llevar hacia la salida.

La calle, con sus luces anaranjadas, sus ruidos y su noche fría nos devolvió a las conversaciones metálicas y las preguntas magnéticas.

—¿Dónde vamos? —preguntó.

—Decide tú —esquivé, en una metafórica manera de evitar establecer mi casa como punto de encuentro. Mi espacio privado, y con él mi caos personal, permanecerían a salvo de miradas indiscretas, al menos de momento.

En el quicio de la puerta de su apartamento nos enzarzamos en un debate de besos y caricias. No me invitó a beber algo, ni me enseñó su casa, ni justificó su desorden, o su orden, o su estilo de vida. Iniciamos una noche de sexo salvaje, sexo sucio, sexo dulce, sexo carnal. Sexo sin reproches. Sexo sin la coreografía establecida de la rutina. Sexo sin la censura de lo aprendido.

Caímos rendidos de sueño al alba. Cuando desperté a media mañana él seguía dormido. Me sorprendí acurrucada a su lado, mi brazo rodeando su pecho. Juan estaba desnudo. Yo llevaba mi ropa interior y una enorme camiseta suya. Fui al baño y, al regresar, mi primer instinto no fue vestirme sino introducirme de nuevo en la cama y permanecer abrazada a él. Me tapé con las sábanas y Juan despertó, giró su cabeza y me saludó con un «Buen día» acompañado de un beso en los labios.

Como si su boca tuviese el poder de activar algún mecanismo oculto en mi interior, la excitación prendió de nuevo como una llama sobre un reguero de gasolina, subiendo desde la boca de mi estómago a mis hombros y explosionando en mi cabeza. Me coloqué sobre él e hicimos el amor.

Cerca de la una me ofreció un café y propuso salir a comer. Lo hizo por educación, pues ambos sabíamos que no era el momento. Rechacé sus planes con la excusa de unos recados pendientes inexistentes.

Necesitaba reflexionar sobre las últimas horas. Saborearlas a solas. Juan me gustaba más allá del atractivo físico y del arrebato pasional de una noche. Había una canción de *The Cure*, que decía «A solas contigo me siento completo, es como volver a casa. A solas contigo me siento libre, alegre. Limpio». Podía ser una buena definición. Aún era pronto, demasiado pronto, para conocer cuáles eran esos sentimientos, pero había algo en Juan que me daba seguridad, que me proporcionaba paz.

La excitación en la boca de mi estómago permanecía todavía ahí. Latente como una querencia. Eso era buena señal. Lo sabía muy bien.

HACIEN DO LA PASCUA

Aquel había sido uno de los veranos más calurosos que recuerdo. Los pasillos del supermercado estaban vacíos, quizá porque nadie se atrevía a salir a la calle por miedo a fundirse con el pavimento, o bien porque conocían la pasión de Justo de poner el aire acondicionado a la máxima potencia. No había un punto intermedio que ofreciese tregua a aquella guerra de temperaturas. Fuera te asabas, dentro te congelabas. En cualquier momento una esperaba que del hilo musical sonase un vals y una *troupe* de marujas con patines de hielo y tutú apareciesen deslizándose armoniosas, moviendo los brazos arriba y abajo con elegancia, para recoger las bolsas de croquetas y las alcachofas, dando piruetas junto a la pescadería mientras un coro de pingüinos sonrientes las saludaba moviendo sus aletas, como en una película de Disney.

Por suerte, el final del verano llegó, y tomaron su relevo las suaves temperaturas del otoño —y las del supermercado—, con su peculiar luz tamizada, anaranjada y pardusca. Desgraciadamente, a la paz de los meses estivales le relevaba una riada de clientes ansiosos por devolver sus ventiladores, creyendo ver en mí a una incauta que tragaría con sus excusas peregrinas: «Es que no funciona», «Es que fue un regalo y estuve fuera y no lo he podido devolver antes», «Es que hace mucho ruido». Algunos traían el *tique*, otros habían tratado de sellar el embalaje con pegamento y otros directamente te lo traían roto y lleno de polvo. Cualquier cosa valía con tal de que les devolviese su dinero. Así era mi trabajo ahora, una constante caza del zorro, poniendo mil ojos para detectar las trampas y buscando la manera de zafarme de ellas. Cualquier día cogía un bote de espray y cambiaba el rótulo de «Atención al cliente» por «¡¡Atención al cliente!!».

Nuevos aires también soplaban en mi relación con Juan. La turbulenta marea de pasión de los primeros meses estaba dejando un sedimento de ternura, afecto y complicidad, al que contribuyó la semana que pasamos juntos en la playa a mediados de agosto, comiendo, riendo y queriéndonos como dos adolescentes. La cura de cariño que Juan me administraba con paciencia, a pesar de mis recelos al compromiso y las dudas instintivas que alguna vez afloraron, había sanado los viejos hematomas del corazón.

Cuando aquel viernes llegó a las nueve y media y encontré una maceta con una flor de Pascua sobre mi mostrador, mi primer pensamiento fue creer que había sido Juan quien, en un arrebato apasionado, me la había hecho llegar. La realidad, como tantas veces, llegó en forma de golpe, más concretamente a mi tobillo.

—Disculpa Puri, ¿te hice daño? —Edison, el repartidor del almacén, miraba la rueda de su carretilla empotrada contra mi pie. La traía cargada con un centenar de flores de Pascua, en una delicada e imposible torre en la que había

apilado una sobre la otra. Aprovechó la colisión para descansar y limpiarse el sudor de la frente con el antebrazo.

Justo hizo su aparición, libreta en mano y, con el lápiz a modo de batuta, señaló a Edison el interior de mi zona como punto de descarga de aquella improvisada floristería. Me explicó que los jefazos habían tenido una idea para atraer clientes ahora que venía el otoño y así animar las compras en el *impasse* entre el regreso de vacaciones y la llegada de la campaña de Navidad: regalar una flor de Pascua por cada cuarenta euros de compra. El mecanismo de canje era muy sencillo y, como no podía ser menos, pasaba por mis manos. Cada cliente que alcanzaba ese importe en su compra, se dirigía a mi mostrador, donde le sellaba el recibo y le entregaba una plantita junto a mi encantadora sonrisa.

Con cierto mosqueo le pregunté por qué no podían ponerlas en una esquinita, de forma que lucieran más y mejor, y no en mitad de mi espacio laboral y, sobre todo, vital. «Porque las roban, Purificación», soltó con ese tono aleccionador y de superioridad tan suyo que me ponía del hígado.

Así pasé la mañana, rodeada de cientos de plantas que me impedían moverme. Solo me faltaba el machete, el sombrero salacot y el cocodrilo sacamuelas para completar la estampa.

Desconozco si fue una acción con alevosía y premeditación coordinada desde las redes sociales o simplemente fue el maldito azar, pero aquel grito de las 15:17 minutos desató el caos absoluto.

—¡¡AQUÍ NO PONE ESO, SEÑORITA!!

En la caja cuatro, a pocos metros de donde me hallaba, un padre de familia, de prominente barriga y vestido con la camiseta de fútbol de su equipo (no digo cuál porque luego la gente se me echa encima), con su hijo agarrado de la mano y vestido con otra camiseta igual, le estaba montando el pollo del siglo a Desiré. Para aseverar sus argumentos, el señor expuso su razonamiento cargado de preguntas retóricas:

—Vamos a ver —señaló un cartel que colgaba del techo—, ¿ahí no pone que regalan una planta por cuarenta euros de compra? ¡Eh? Pues entonces, si he pagado ochenta y siete, me tocan dos, así de fácil. ¿Verdad que tengo razón? —dijo girándose hacia el resto de los clientes que hacían fila—. ¡Pues yo no me muero de aquí hasta que no venga el *encargao*, hombre ya!

El *encargao*, Justo, tenía la tarde libre, lo cual ensombrecía aún más el negro panorama que se avecinaba. Un murmullo comenzó a recorrer todas las cajas. El asunto se extendió de cliente en cliente, y todos empezaron a mirar sus tiques para comprobar si tenían derecho a reclamar. Teníamos cuatrocientos clientes en pleno estado de ebullición, lo cual, a bote pronto, presentaba tres problemas: el primero, que el tipo tenía toda la razón del mundo; el segundo, que si la cosa se complicaba no había suficientes flores de Pascua para todos y me veía pintando las lechugas iceberg de rojo, eso suponiendo que sobreviviera al linchamiento; y

el tercero y más importante, que la encargada de lidiar con el problema, era, única y exclusivamente, yo.

En menos de cinco minutos tenía delante de mí una turba de ciento veinte personas enfurecidas, gritando y exhibiendo sus recibos. Los insultos fueron solapando las quejas iniciales, y cada vez sonaban con más fuerza los «ladrones», «gentuza», «chorizos» y similares. Yo, mientras, rezaba para que a ningún descerebrado se le ocurriera saltar el mostrador para saquear mi pequeño jardín. Aquello podría suponer el pistoletazo de salida de la debacle total. Me veía saliendo en primera página del periódico o protagonizando un vídeo de YouTube mezclado con gatitos que tocan el piano, señoras que se caen de un tobogán y ardillas que miran a cámara con cara de estupefacción.

De repente, algo en el epicentro de la enfurecida muchedumbre comenzó a moverse y a abrirse paso hacia mi puesto de Atención al cliente. Los gritos bajaron en intensidad y todos dirigieron sus miradas hacia esa minúscula pero arrolladora fuerza que avanzaba inexorable. El gordinflón de la camiseta deportiva se echó a un lado y ante mí se reveló la reencarnación de aquel demonio de Tasmania: Úrsula.

La dulzura se había borrado de su cara y en su lugar traía una cara de sicario que daba miedo verla. Sacó una flor de Pascua de su bolso, la soltó sobre mi mostrador y me clavó su mirada. Ahora sí que salgo en el periódico, pensé, pero en necrológicas. Con todo el aire que le debía quedar en sus ancianos pulmones, gritó:

—¡¡¡GUSANOS!!!!

Se hizo un silencio atronador. La música de Kenny G que salía por los altavoces se detuvo con el «screech» de la aguja del tocadiscos al ser apartada del surco.

—¡¡TIENEN GUSANOS!!! ¡MÉTANSE LA PLANTA DÓNDE LES QUEPA!

Yo sí que no sabía dónde meterme. Ahí no hacía falta un *encargo*. Ahí tenía que venir el padre Karras a hacerle un exorcismo a la abuela, y luego otro a mí a sacarme el susto del cuerpo. Úrsula estaba fuera de sí y en cualquier momento se le giraría la cabeza, se pondría a hacer la araña invertida por las escaleras mecánicas y vomitaría bilis como una loca.

Los clientes se miraron entre ellos, murmuraron en un tono apenas audible, algunos señalaban la planta de Úrsula, otros directamente a ella y, finalmente, se dispersaron en silencio. Muchos dejaron su plantita en el suelo por miedo a contraer una enfermedad tropical o a recibir un mordisco en la yugular.

Cuando el supermercado recobró la normalidad, me fijé que la única persona que aún permanecía de pie frente a mí era doña Úrsula. Esperó dos segundos y su cara malhumorada cambió a una enorme sonrisa.

—¡Sorpresa!

—¿Sorpresa? ¡Joder, Úrsula, que casi me muero de un infarto! ¿Y los gusanos?

—¡Qué gusanos ni que ocho cuartos! Había venido a dar una vuelta porque ayer me dijo el doctor que tengo que caminar y cuando te he visto ahí, con toda esa panda de sinvergüenzas, se me ha ocurrido subir a casa a por mi flor de Pascua. ¿A que es bonita? Me la regaló mi sobrina el domingo que vino a comer.

—No me lo puedo creer...

—Bueno, a ver, déjame pasar, anda, que voy a coger una plantita que así le hace compañía a la otra.

Caminó hacia el lateral del mostrador, forcejeó con la puerta de entrada y cuando la abrió entró a mi pequeño espacio con la misma pachorra y descaro que si estuviese en su jardín particular.

—Déjame, niña —yo lo flipaba—. A ver que te digo cuál me gusta más. A ver... Esta. ¿Tienes una bolsita?

Boquiabierta, incapaz de emitir opinión ni sonido alguno, metí ambas flores y se las entregué. Me volvió a dedicar una sonrisa inocente y la vi alejarse hacia la puerta con sus pasitos cortos pero firmes.

Definitivamente hoy era buen día para coger ese bote de espray y cambiar el cartel de una vez por todas.

LA GUARDIANA EN TRELACEN TENA

Hay dos verdades universales: que la muerte mejora a las personas y que la lotería hermana a los compañeros de trabajo. Todas las rencillas, odios, peleas y pullas acumulados durante un año en la oficina desaparecen cuando llega la Navidad y todos comparten la ilusión y esperanza de hacerse millonarios. La suerte convierte en beatos a los agnósticos y en metódicos a los caóticos: toreros que se santiguan cinco veces para garantizar una tarde de triunfo, futbolistas que calzan la misma bota por el mismo pie para meter muchos goles, gente que juega el mismo número durante toda su vida...

También nosotros en el súper encomendábamos nuestro destino a la Santísima Lotería de Navidad. A pesar de que hasta entonces la fortuna nos había sido esquiva, nuestra fe se mantenía inquebrantable. También nosotros seguíamos nuestra particular liturgia cabalística. Designábamos a la cajera que debía cuidar los décimos en un sorteo que consistía en meter papelitos con nuestros nombres escritos en el gorro de Paco, el carníero, y que posteriormente una mano inocente se encargaba de extraer.

Si no estaba Paco, esperábamos a que volviese. Si estaba de baja por cualquier motivo, como cuando se cortó un dedo en 2001, celebrábamos el sorteo en su casa. No valía otro gorro ni otro carníero. La suerte no entiende de Plan B. Nosotras, tampoco.

Este año jugábamos cinco décimos del número 16789, y la inocente mano de la aún más inocente Samantha extrajo el nombre de la vigilante del boleto.

—A ver, a ver... —dijo revolviendo los papeles—. «Puli» —leyó.

—¿Cómo que «Puli»? Niña, será «Puri» —corrigió Alba, con su habitual tono tosco y fuerte.

—Es que no se entiende la letra.

—Es que será que no sabes leer, so pánfila. ¿A ti te parece que «Puli» es un nombre?

—Pues igual que el del almacén que se llama Edison, que es *inventao*. A ver quién se llama así.

Guardé los décimos en el bolsillo de mi rebecka y nos enzarzamos en un debate sobre la cantidad de dinero que se sorteaba ese año y los sueños que anhelábamos cumplir. La verdad es que no éramos muy originales: chalets, hipotecas, coches deportivos, viajes al Caribe... Algunos, por su sencillez o por la historia que había detrás, daban cierta ternura, como Dolores, de limpieza, que quería viajar a Tenerife, porque nunca había salido de la península, o Alberto, de almacén, que llevaba seis años sin regresar a Perú, donde le esperaban dos de sus cinco hijos. Yo me conformaba con darle a mis padres dinero para su jubilación y hacerme un viaje al Círculo Polar Ártico a ver las auroras boreales.

—¿Eso qué es? —preguntó Samantha. Como nadie le llamó la atención,

deduje que yo era la única que lo sabía, así que lo expliqué.

Yolanda me había contagiado su pasión por estas nubes de formas imposibles y psicodélicos colores: rosas, verdes y azules, que se formaban desde el otoño hasta el inicio de la primavera, por la interacción del viento solar con los polos magnéticos norte y sur de la Tierra. Mis compañeros me miraban como si fuese la empollona de la clase recitando la lección ante la maestra, dejando la ignorancia del resto en evidencia. Ante la amenaza de que me hiciesen callar atizándome con una pata de jamón de bellota, hice caso a mi madre y me callé, que estaba más guapa.

A última hora de la tarde, ya de regreso en casa, Yolanda me llamó. A las siete de la mañana salía de viaje un mes entero a Japón. Me había avisado unos días atrás, pero con el follón del trabajo se me había pasado por completo. Quedamos en vernos una hora después, y aproveché para arreglarme y recoger la casa. Puse una lavadora de ropa blanca, recogí el salón y me fui a arreglar.

No estuvimos hasta muy tarde, yo tenía que trabajar al día siguiente y ella tomar un vuelo. Cada despedida —y habíamos vivido unas cuantas— me provocaba un gran desasosiego. Yoli era una gran amiga, la conocía muy bien, por eso sabía que su sitio estaba muy lejos de Madrid y de España. Era un espíritu libre e inquieto, que no soportaría por mucho tiempo el peso que el cemento y el neón ejercían sobre su ánimo. Tenía el miedo de que cualquier día, junto al arco de seguridad de un aeropuerto o a través de una llamada telefónica de larga distancia, me confesase que su viaje no tenía billete de vuelta.

La mañana siguiente, la lotería seguía siendo el eje central de todas las conversaciones en el trabajo, a pesar del ajetreo que suponían las compras navideñas que no nos dejaban libres ni un momento. Aprovechábamos cada segundo de respiro para volver a soñar con los ojos abiertos, como niñas la noche de Reyes. Quedaba menos de una semana para el sorteo y esa proximidad parecía aumentar la posibilidad de ganar.

—Puri, tú guarda bien esos décimos, que este año toca el 16789, que lo sé yo —dijo Iris.

—Están bien protegidos —respondí, llevando mi mano izquierda al costado de la chaquetilla y tamborileando con mis dedos sobre el bolsillo.

Noté algo extraño. Sin dejar de sonreír, introduje la yema de los dedos dentro del bolsillo y lo recorrió nerviosa, mi corazón acelerándose por segundos. Estaba vacío. Me llevé la otra mano al bolsillo opuesto y hurgué, esta vez de forma más brusca y sin disimular mi ansiedad. No había nada. Metí la mano entera y rebañé desesperada. Saqué unas pelotillas de lana y me quedé mirándolas embobada, como esperando que mágicamente se transformasen ante mis ojos en los cinco décimos de lotería, como si todo fuese una broma de mal gusto que formaba parte de un truco de ilusionismo.

Pero allí no había magia, ni pañuelos, ni conejos de la suerte. Lo único que

allí había era un problema. Y gordo.

Pasé el día completamente ida. Recorrió mentalmente cada uno de mis gestos de las últimas veinticuatro horas, primero hora a hora y luego minuto a minuto. No encontré ese «algo» que me pudiese dar una pista. Registré la taquilla de los vestuarios, vacié mi bolso, saqué mi cartera y analicé con lupa la montaña de recibos y papelitos que guardaba desde tiempos inmemoriales.

«Los billetes están en casa», pensé para convencerme, pero lo cierto era que no tenía ni la más remota idea de dónde podían encontrarse.

Hice el camino del trabajo al metro y del metro a mi casa mirando al suelo, como si fuese a encontrarme los décimos con una nota diciendo: «Hola, soy más gilipollas que usted y he preferido devolvérselos a hacerme millonario». Revolví la casa, estiré las sábanas igual que en un anuncio de suavizante, levanté los cojines del sofá, metí los dedos entre las ranuras y encontré tres monedas de cinco céntimos, un lápiz y un guisante. O tal vez era un moco fosilizado. Si, definitivamente era un moco porque yo no había comido guisantes en un año. Me guardé las monedas y dejé el moco en el sofá. De los nervios me estaba entrando un hambre salvaje.

Abrí todos los armarios, cajones, tarros y cajitas. Fui a la cocina y me zampé media caja de galletas danesas con mantequilla. Rebusqué en la basura, en los bolsos que guardaba en el armario. Abrí la nevera. Me comí dos filetes empanados que guardaba en un *tupper*, una ensaladilla rusa y media tableta de chocolate con avellanas. Todo a la vez. Me bebí medio litro de Coca-Cola a morro de una botella para que no se me hiciera bola. Eructé como una cerda. Si no encontraba los billetes de lotería me acabaría comiendo a mí misma o volviéndome una vieja loca con síndrome de Diógenes rebuscando entre la basura de todo el vecindario.

Fui al baño a revolver en el botiquín y luego la estantería. Me dio un retortijón. Me senté en el váter pero solo pude hacer pis. Necesitaba pensar. Al lado del retrete estaba la lavadora, petada de ropa. No había sacado la colada de ropa blanca que había puesto ayer, y si no la tendía no tendría ropa para el fin de semana. Despejé la ropa seca del tendedero y abrí la puerta de la lavadora. Para colmo de males, todas mis bragas y sujetadores se habían destenido de un azul claro. Rebusqué en el tambor y encontré la culpable: la rebeccá azul de mi uniforme, un acrílico de mala calidad que destenía cosa mala.

Hostia, la rebeccá.

Como en el típico *flashback* de una serie detectivesca, donde una ancianita resuelve todos los crímenes mientras bebe el té de las cinco, la madeja de los hechos se desenredó ante mí con perfecta nitidez: al salir del super, había llevado la chaqueta en mi bolso con la intención de lavarla, recibido la llamada de Yolanda, metido la ropa blanca en la lavadora y ordenado la casa. Cuando llamó al telefonillo y me disponía a bajar, abrí el bolso para echar las llaves y el móvil.

Al ver la chaqueta hecha un trapo, todavía dentro del bolso, la metí en la lavadora más con ánimo de quitarla de en medio que de lavarla. Pulsé el botón de encendido y me fui. El resto, era historia.

Ahora, arrodillada en el suelo del cuarto de baño, en una especie de Piedad de « Todo a 100 », sujetaba la rebeeca chorreante en mis brazos. Llevé mi trémula mano al bolsillo y allí los encontré, justo donde los había dejado: los cinco décimos juntos.

De hecho, no podían estar más juntos. Tenían la consistencia de un ladrillo. El agua y el detergente habían actuado como un potente pegamento y ahora eran una masa compacta de papel empapado. Milagrosamente, el bolsillo había protegido la tinta y, aunque ligeramente desgastada, todavía se podían leer los números 16789. Si tan solo lograra separarlos...

Me levanté y agarré el secador de la estantería. Lo puse en nivel uno y lo dirigí al mazacote de papel, mientras con la uña del dedo índice trataba frenéticamente de separarlos. A la vista de que se resistían, subí el nivel de calor a tope y pegué la boquilla a los billetes. Una ráfaga de aire caliente salió con fuerza. A los quince segundos noté un pinchazo agudo en la mano. Me estaba quemando viva. Pegué un grito de dolor y en un acto reflejo lancé el fajo al aire. Mientras me agarraba la mano, roja como un pimiento, y me cagaba en todo, vi por el rabillo del ojo, a cámara lenta, cómo los décimos dibujaban en su vuelo una parábola perfecta.

Iban directos al váter.

Abrí los ojos como platos y clavé la mirada en la taza.

La tapa estaba levantada. El agujero, expectante como una boca hambrienta.

Los billetes cayeron a través de la taza.

Al menos esperaba haber tirado de la cadena.

¡Splotch!

Recordé que no.

Los billetes nadaban completamente deshechos en el fondo del retrete, convertidos en una masa amorfa de detergente, suavizante, agua y pis. Yo los miraba hipnotizada y lo único que deseaba era lanzarme a ese agujerillo y fundirme con ellos y desaparecer para siempre, como Ewan McGregor en *Trainspotting*.

Eso era lo primero: hacer desaparecer el cuerpo del delito. No podía tirar de la cadena porque se atascaría el desagüe, el agua crecería hasta inundarme la casa, el vecino de abajo me denunciaría, el casero me echaría y tendría que vivir bajo un puente. Luego vendrían los del súper y dinamitarían el puente.

Porque esa era la segunda parte, mis compañeros, los que habían confiado en mí su suerte. Tenía que engañarlos. Conseguir los décimos del mismo número sin levantar sospechas. Tenía cinco días para conseguirlos. ¿Y si no tenía suerte? Entonces tendría que sobornar a los niños de San Ildefonso para que no dijesen el

16789. O secuestrarlos. O robar uno de los bombos. O todo a la vez.

Tenía que huir del país.

Entré en una web de viajes. Busqué ofertas. Lo siento, no tenía dinero para fugarme a lo grande, además estábamos en crisis. Bueno, yo siempre estaba en crisis. Huiría a México y me refugiaría en casa de la familia de Juan. Así me ahorraría el dinero del hotel, y tendría para pagarme la cirugía estética. «Hola señores suegros, me llamo Puri. No soy fea, es que me he operado, pero antes era guapa, bueno, guapa no, pero resultona. Ahora soy una peligrosa fugitiva». Joder menuda carta de presentación. Así no me iban a durar los novios. La verdad es que si les ponía en peligro, Juan nunca me lo perdonaría y se pasaría toda nuestra relación echándome en cara. Además de tener a la Interpol pisándome los talones, tendría a Juan dándome la brasa con que sus padres le habían retirado el saludo. Ni un año juntos y ya con broncas de pareja, vaya plan. Tenía que buscar otro destino.

Madrid-Río de Janeiro. Perfecto. ¿No dicen que «de perdidos al río»? Pues yo al de Janeiro. Si todos los chorizos se fugaban a Brasil, por algo sería. A ver: «Hotel de tres estrellas, una semana, desayuno incluido». El desayuno es muy importante porque es la principal comida del día, lo decía siempre mi madre, así que miel sobre hojuelas porque cuando la llamase desde el exilio y me preguntase si estaba comiendo bien, yo le podría decir que sí, que la había hecho caso por una vez en mi vida y que estaba desayunando muy bien, y entonces ella se pondría muy contenta porque la había hecho caso y se le irían las penas a pesar de que yo estuviese muy lejos y en busca y captura.

A ver el precio. Tasas, más tasas, otra vez tasas. Joder, cuántas tasas... Mil trescientos euros. ¿Qué?? La madre del cordero, qué pastizal. Los delincuentes se habían ido a Brasil y habían montado hoteles para seguir desplumando a los turistas. Bueno, oye, una no se fuga todos los días, así que *pa'lante*.

Ahora el tema gordo: la pasma. Tendría que esconderme de los detectives que mandarían los del súper. Seguro que me reconocían en cinco minutos por mi culo gordo y caído. En Brasil todas son modelos o jugadoras de voley play o bailarinas de samba, y yo, en cambio, una cajera con cuerpo de saldo. La policía lo tendría tan fácil como encontrar a un sueco en el Bronx. Tenía que haber algo más radical que meterme en un hotel en el quinto infierno.

Ya está.

Me dejaría bigote. Eso es, y luego diría que me llamo João. Un mostachito poblado y las patillas de un bandolero de Sierra Morena. Sí, esa era buena idea. Lo único malo es que la oferta de la agencia solo era para una semana. En ese tiempo solo me saldría una pelusilla y en vez de un hombre parecería portuguesa. Entonces, cuando me hablasen en brasileño descubrirían que no entendía ni papa y se darían cuenta de que era una farsante y me mirarían el culo y sumarian dos y dos y confirmarían que esa, o sea yo, era la española que estaban buscando, la

culogordo, la que arruinó la vida a sus compañeros de trabajo, la que inundó las tuberías de un edificio entero con unos billetes de loterías meados y llenos de suavizante concentrado, y me pondrían frente a una pared en el Copacabana y me dispararían con una metralleta y luego me subirían al Cristo del Corcovado y me lanzarían al mar.

No, tenía que haber soluciones más sencillas.

Céntrate, Puri, céntrate, por Dios.

Nada, que no me centraba.

A la espera de que brillase la bombilla, me fui a la cocina, agarré el cubo de la basura y me puse los guantes de goma de fregar. Volví al baño y, con todo el dolor y el asco de mi corazón, saqué el amasijo de papeles del inodoro. Cuando los sicarios me matasen, si no podía dejar un bonito cadáver, al menos que mi necrológica destacase: «Era una buena mujer, un poco desastre, pero muy limpia».

... Ya se sabe que la muerte hace a todos buenas personas.

ADMIRA QUIÉN VIENEA CENAR ESTA NOCHE

Como las desgracias nunca vienen solas, Simona nos invitó a Juan y a mí a cenar. Lo organizó de un día para otro, así que mi plan perfecto de romperme una pierna no pudo ser. Con el agobio de la lotería no tenía ninguna gana y, cuando pensaba en la comida que preparaba Simona, directamente me ponía a morir.

Pero fuimos, claro. Juan y yo llevábamos juntos casi ocho meses y las pocas veces que habíamos coincidido los tres había sido tomando una copa. Estaba claro que la intención de Simona con aquella cena era estrechar el vínculo con Juan, introducirle en nuestro círculo y finiquitar la condición de amigo-conderecho-a-roce para establecer la de novio oficial. Juan dormía en casa todos los fines de semana y ya había colocado su cepillo de dientes junto al mío, igual alpinista que planta su bandera al coronar una cima de difícil acceso.

Avisado de los desastres culinarios que nos aguardaban, me propuso parar en un Burger King antes de llegar a casa de Simona. Admito que mi gula estuvo a punto de hacerme sucumbir, pero me contuve.

Había decorado la mesa con un gusto fuera de lo normal para lo que me tenía acostumbrada. Y cuando digo fuera de lo normal quiero decir que lo había hecho *dentro de lo normal*, o sea, con buen gusto. Centros de mesa navideños con hojas de acebo, coronas de flores y piñas, velas rojas que destacaban sobre el mantel blanco con una fina cenefa roja, bajoplatos de latón y cubertería de plata. Parecía un reportaje de la revista *Hola!*

Simona trajo una botella de vino y nos dijo que nos fuéramos sirviendo mientras ella traía la cena. Al entrar en la cocina, la puerta entreabierta dejó escapar un olor delicioso de salsa con vino tinto, cebolla frita, verduritas en aceite de oliva... Se me estaba haciendo la boca agua.

Simona apareció cargando un sopero humeante.

—*Vichyssoise* de yogur a la menta —dijo con absoluta tranquilidad, como si estuviese hablando de poner unas aceitunitas y unas patatas en el aperitivo.

Simona no es que no supiese cocinar, es que no sabía ni escribir *vichyssoise* para encontrar la receta en un libro. Bueno, a decir verdad, ni yo lo sabía. Pero, en fin, cosas más raras se han visto. Resultó estar deliciosa y, para el frío que hacía fuera, entonaba el cuerpo de maravilla.

Al primero le siguió un pescado, emplatado con unas patatas panaderas cubiertas de pequeñas tiras de cebolla y una ramita de perejil.

—Es una merluza al horno con vino blanco, salsa de mantequilla y champiñones —explicó orgullosa.

—¿Nena, qué te ha pasado? —exclamé yo mientras saboreaba el pescado, fundido con la salsa de mantequilla y el toque de vino blanco—. Esto está de locura. ¿Te ha poseído el espíritu de Arguiñano o qué?

—Ay, reina, que la ocasión lo merece.

—Hija, pues te lo has currado. Me tienes que pasar la receta.

—¿Te gusta Juan? —dijo Simona ignorando mi pregunta—. A ver si esta niña te da bien de comer, que te veo yo muy flaco. Dile a Puri que te haga su tarta de manzana con *krusty*.

—*Crumble* —corregí, y miré a Juan— es con una capa por encima de migas de galleta con mantequilla, azúcar, harina... todo muy *light* —estallamos los tres en una carcajada.

—Bueno, pues eso —zanjó Simona—, que te la haga con el *kruger* ese que le sale que te cagas.

Cuando llegó el postre, Juan me cogió de la mano por debajo del mantel, esperando que Simona apareciese con un plátano o con un *brik* de zumo de piña con una pajita para beber. Simona volvió a romperlos los esquemas con un volcán de chocolate acompañado de una bola de helado de vainilla que nos volvió completamente locos.

Poco después de las once y media nos despedimos. Mientras esperábamos al ascensor, Simona, en la puerta, nos preguntaba si nos había gustado la cena.

—Eres una artista —piropeó Juan.

—Sí, te ha quedado todo delicioso. El volcán ha sido la locura.

De pronto, de un costado de la puerta, asomó la pequeña figura de Candela con cara de sueño, vestida con un pijama. Sujetaba una gran bolsa de papel.

—No lo ha hecho ella —interrumpió—. Lo han traído unos señores esta tarde, mirad —dijo agitando la bolsa.

—¡¡Candela, vete a dormir!! —grito Simona—. Ay, esta niña, de verdad...

Llegó el ascensor y Juan y yo nos despedimos, tratando de aguantar la risa, mientras del otro lado de la puerta de Simona se oían los gritos reprobatorios a Candela.

Juan se quedó a dormir en casa. No hicimos el amor. Él estaba muy cansado y yo era incapaz de pegar ojo, en parte por la copiosa cena y sobre todo porque aún no había logrado resolver el problema de la lotería.

Me mantuve despierta mirando el techo de mi cuarto y dando vueltas a todas las posibles soluciones. Por fin, a las cuatro de la madrugada hallé la forma de salir de aquel atolladero. Un minuto después, me desmayé de sueño.

BOMBO Y PLATILLO

*Cuando un hombre deja de creer en Dios,
cree en cualquier cosa.*

GILBERT KEITH CHESTERTON

Sorteo Extraordinario de la Lotería de Navidad, el día que un grupo de niños vestidos de esmoquin decidirían el destino de unos pocos afortunados. Para bien o para mal, yo era una de ellos.

Cada vez que veía las caras de felicidad de mis compañeros, esperanzados e ilusionados, solo pensaba que al mediodía yo estaría muerta. Todos soñando con convertirse en millonarios para tapar agujeros, y al final el único agujero que taparían sería el de mi tumba.

Ya me estaba imaginando la escena: ellos saltando de alegría por haber ganado dinero con la lotería y bebiendo champán a morro, y yo confesando a lágrima viva mi crimen. Entonces Manuel, de menaje, me ataría con el cable de una lámpara, Antonio el pescadero me daría de leches con un atún de doscientos kilos, con todas las cajeras mirando felices cómo me daban mi merecido, y, cuando terminase, Paco el carnicero me trocearía a base de rápidos y efectivos movimientos de cuchillo, chas, chas, chas, como uno de esos chefs de los programas de cocina cuando cortan cebolla. Luego Edison me recogería con la carretilla y me tiraría al contenedor de basura.

Estaba condenada.

La idea para despistarles me había hecho ganar tres días de respiro. Primero compré al lotero del barrio un décimo de lotería con unos números completamente diferentes, y aproveché para pedir que me encontrara el 16789 en alguna administración. En casa, escaneé el décimo, y con la ayuda de Photoshop borré los números y redibujé el 16789. Logré una falsificación perfecta. Lo imprimí y lo levé al supermercado, donde convoqué a mis compañeros en el pasillo que unía las taquillas de hombres y de mujeres, junto a un corcho cubierto de circulares de los sindicatos y un calendario de puentes y festivos.

Inicié mi farsa con un *speech* sobre la honestidad y el compromiso, que no me lo creía ni yo.

—Como ya sabéis, tengo los décimos a mi cuidado, pero he preferido guardarlos para evitar robos —pero qué poca vergüenza, madre—. Después de lo que pasó con Deisy Freedom, el súper no es un lugar seguro. Y con todo el personal nuevo que contratan en Navidad, ni os cuento —murmullos de aprobación—. He hecho una fotocopia y la voy a poner en el corcho, así lo

tenemos todos a la mano y evitamos problemas —en un concurso de hipócritas me daban diez Óscars.

Acto seguido pinché el folio con una chincheta, con la solemnidad de quien descubre la placa de un colegio recién inaugurado.

Así logré ganar tres días en los que mis compañeros dejaron de darme la tabarra para que enseñase el décimo y yo pude dormir tranquila. Por desgracia, mi lotero no dio señales de vida. Muy pronto, yo tampoco las daría.

Quedaban cinco minutos para el comienzo del sorteo. Antonio y ocho cajeras estábamos reunidos en una sala anexa a los almacenes, donde alguien había traído un pequeño televisor. Era un cuarto pequeño con sillas de diferentes modelos, rescatadas de aquí y de allá, y una mesita central. Sobre la mesa, una botella de sidra El Gaitero.

Lo primero que hice fue agarrar la botella. Si algo salía mal, la usaría como arma de defensa.

A medida que los niños de San Ildefonso cantaban los números, los bombos iban ejerciendo en mí la terrorífica visión del tambor de un enorme revólver. Las bolas numeradas, su munición. Cada número cantado contenía el peculiar clic de un dedo apretando el gatillo. Como en una perversa ruleta rusa, cada segundo podía suponer un segundo más de vida, o la muerte súbita. Clic. Clic. Clic.

Los niños seguían cantando los números a toda leche y yo en medio de aquella balacera, sudando a chorros.

Seseintaydosmilseiscientooooossesentaytreeees,

cuarentaydosmilcientooveintiooochooo, docemiiiiiiilllcatoorceeeee. Tenía agarrada la botella de sidra con tanta fuerza que podía romperla con la sola presión de mis manos. Cincuentaycuatromilochocieentooosdieciséisssss. Arranqué el precinto, quité el bozal de alambre, mordí el corcho, doblé la chapita, quité la etiqueta... No sabía qué más tocar. El corazón se me salía del pecho.

—Niña, para con la botella —dijo Alba—, que como eso salga disparado te vas a sacar un diente. Pues sí que estás tú necesitada de dinero.

Iban saliendo premios pero la angustia seguía intacta. Quedaban las aproximaciones de veinte mil, las de doce mil y pico, nueve mil, mil, los reintegros. Aquello no se acababa nunca.

Brasil, tenía que haberme ido a Brasil. O a México. Con desayuno o sin desayuno. O a Badajoz, con mi prima Carmen. Inflarme a hormonas y dejarme un mostachito como el de los Village People, o barba, mejor barba. Unirme a la *troupe* de un circo de gitanos y recorrer el mundo. Lo que fuera, pero ya.

Los niños de San Ildefonso daban los últimos premios mientras mis compañeros asistían al derrumbe de su dorado futuro y a una *dolce vita* que se les escapaba como agua entre los dedos. Los míos permanecían aferrados al cuello de la botella, con mis manos temblando nerviosas.

Antonio se puso en pie y apagó el televisor.

—¡¡¡Pero qué haces!!?? —gritó.

—Chiquilla, que ya ha terminado, tranquilízate —resopló y miró al resto de compañeras—. Como se suele decir: ya está todo el pescado vendido —se rió de su ocurrencia—. Es que ni un reintegro, hay que joderse.

Salté de mi silla como impulsada por el asiento eyector de un reactor. El corcho de la botella salió disparado y, presa de la emoción, bañé a todos en espuma, como un campeón de Fórmula 1.

—¡¡A brindar!! ¡¡A brindar!! ¡¡Americanooooos, os recibimos con alegríaaaaa!!! —Corría por el cuarto presa de la emoción ante la estupefacción de todos. Cuando se acabó la espuma me metí un lingotazo largo de sidra *pal* cuerpo.

—Ay, que la Puri *s'a* vuelto loca... —dijo Samantha, llevándose las dos manos a la cara y negando con la cabeza.

En ese instante llegó Justo mirando el reloj con cara de malas pulgas.

—¿Qué hacen aquí todavía? Ustedes —se dirigió a mis compañeras—, hace seis minutos que tenían que haber entrado —dirigió la vista al televisor—. ¡La lotería, verdad? No sé ni para qué juegan, si nunca toca.

Todas salieron siguiendo a Justo y me quedé rezagada del grupo, a solas en la pequeña habitación. Agarré la botella, la extendí hacia el televisor apagado, y tras dedicarle un « ¡Salud! », bebí el último y más refrescante de los tragos.

EL PESO

En la vida de cada pareja hay momentos cruciales que trazan una raya entre el antes-de y el después-de: ir a comer con los suegros, soportar a la suegra que se queda en casa una tarde (¡o unos días!), ir a comprar cositas para la casa y descubrir que el otro tiene el gusto en el culo, el primer viaje, comprar una mascota, una pedida de mano o irse a vivir juntos, que hoy es más una necesidad que otra cosa, por eso de repartir el coste del alquiler.

El mío no fue ninguno de esos. Fue mucho peor. Aquella vez la raya la tracé yo. Y con un rotulador de los gordos.

Tras una cenita romántica con Juan y un par de copas, dudamos si ir a su piso, pero la idea de encontrarnos a su compañero nos cortaba el rollo de forma radical. Subimos a mi casa, y del umbral de la puerta pasamos directamente a la cama. Ahí amanecí a mediodía. Estaba boca abajo, con unos pelos como Tina Turner en una tormenta eléctrica, esparrizada, con los ojos cerrados, recreándome en la paz y el silencio de aquella mañana de domingo. Mientras mi cerebro se recomponía y asumía que el sueño se había terminado, noté un hormigueo recorriendo mi glúteo, una reivindicación de independencia. Con absoluta tranquilidad dejé salir un pedo mañanero como la copa de un ciprés. Aliviada, me enfrenté a la rutina de levantarme y lavarme. Abrí el ojo y vi mis bragas hechas una pelota en el suelo. Me vino un *flashazo* de recuerdos de la tarde anterior que terminaban con Juan en mi cama. Me quedé helada. Sin poder moverme, aún boca abajo, estiré una pizca el pie izquierdo y rocé la pierna peluda de Juan. Estaba a mi lado, arrinconado en una esquina de la cama. Y lo que era peor: se había desayunado mi pedo entero. Carraspeé y fingí una tos. Ahí ya la cagué del todo. Claro, porque una cosa es toser simultáneamente para taparlo y otra a destiempo: que es como subrayar el cuesco con rotulador amarillo fosforito. Me fui a duchar mientras de refilón miraba a Juan, que fingía dormir profundamente y mantenía un elegante silencio.

Pocos días después alquiló una película para ver en casa. En mitad de la proyección noté que empezó a restregarse el culo contra el sofá. Le miré de reojo haciéndome la longuis, pero no dije nada porque me oía algo. Le dejé hacer y, efectivamente, dejó escapar una simbólica y minúscula flatulencia, que ahí fue cuando yo me oí algo, pero esta vez de verdad. Por supuesto, Juan seguía pegado a la pantalla como quien ve crecer la hierba. Agité mi mano y le solté molesta: «Jopé, ya te vale». Ni se inmutó. Sin apartar la mirada de la pantalla esbozó una leve sonrisita pícara. Dos segundos después yo entrelazaba mis dedos con los suyos, mientras mi boca dibujaba una sonrisa cómplice.

Pocos días más tarde, Juan se mudó a vivir conmigo. Entonces no lo sabíamos, pero aquella decisión supuso el momento más importante en nuestra vida de pareja. Más que cualquier otro y más de lo que jamás pudimos imaginar.



Parte III

GRACIAS A LA VIDA

Confieso que he vivido.

Recorrió Europa a los veinte en autostop con mi inseparable amiga del alma. Coches, camiones, motos, bicicletas, autobuses. De Madrid a París, a Berlín, a Roma y a Ámsterdam, donde me puse ciega de porros, *skunk, super skunk, white diesel, purple haze*. Me lié con un holandés, nos mandamos cartas durante meses y soñé con recorrer juntos campos de tulipanes en una bicicleta de ruedas enormes con una cesta de mimbre junto al manillar. En España conocí a un chico y luego a otro y se me olvidó el holandés errante. Perdí la virginidad a los diecinueve, hice el amor o lo que en aquel momento me pareció amor, y solo fue un desastre absoluto que con los años logré mejorar notablemente.

Mi amiga del alma inseparable y yo nos sepáramos sin saber cómo, ni en qué momento, ni por qué. Sencillamente, un día volvimos la vista atrás y estábamos muy lejos la una de la otra. Fui a la universidad, me pinté las manos de blanco, grité «Basta ya», compartí tienda de campaña con el 0,7%, me bañé en la Cibeles porque se podía, salí a favor de los derechos de los homosexuales, me manifesté en contra de la guerra, una, dos, tres y cinco veces. Helicópteros en el cielo, censura en los medios, calor en las calles. Caminé en silencio la noche del once de marzo por el Madrid más triste que jamás vi, aporreé con fuerza una cacerola en la Puerta del Sol la noche del trece de marzo junto a cientos de miles de personas. Volví a amar, me amaron. Me casé, me divorcié, lloré. Viví, me enamoré. Reí. Fui feliz de nuevo.

Mi vida en un minuto. Aún quedaban tres. Los que hoy, ahora, dos años después, esperaba para saber si debía sonreír o debía llorar. Tal vez ambos.

Hoy, ahora, mi vida y el mundo estaban detenidos en mi cuarto de baño de teselas blancas. Afuera, Juan veía la televisión. Sentada sobre la taza del inodoro, aguardaba el veredicto del test de embarazo. Un minuto.

Juan y yo deseábamos ser padres por encima de todas las cosas. Sabíamos que se llamaría Julia, o Pablo. Porque sí, porque nos gustaban esos nombres. No necesitábamos mayor justificación. No necesitábamos nada, no sabíamos nada. Sabíamos que no nos importaba aprender. Treinta segundos.

Juan.

Juan tumbado en el sofá.

Juan mirando la televisión sin verla.

Juan mordiéndose las uñas.

Juan mirando el reloj.

Juan observando la puerta del baño.

Juan expectante.

Juan silenciando el sonido de la televisión.

Juan queriendo descifrar el silencio tras la puerta.

Juan escuchando la cerradura del baño girar hacia la derecha, la puerta abriéndose.

Juan.

Juan girándose.

Juan observándose.

Juan poniéndose de pie.

Juan viiniendo hacia mí.

Afuera, Juan veía la televisión.

qué guay

Hay frases que marcan la historia, como « Un pequeño paso para el hombre, un gran paso para la humanidad», « En un lugar de La Mancha», « Tierra a la vista», « Houston, tenemos un problema», « *E pur si muove*», « Puedo prometer y prometo» ... La frase que yo nunca olvidaré fue la que dijo Juan.

Juan me observó al salir del baño. Muda, los ojos enrojecidos por las lágrimas y una mueca de felicidad que contenía alegría, temor e inseguridad. Juan trataba de descifrar ese conjunto de señales contradictorias. Mostré el Predictor con sus dos rayitas ejerciendo de peculiar *smiley*, y ambos rompimos a llorar como dos viejas plañideras decimonónicas. Nos abrazamos, me acarició, me observó la tripa con ojos de sol, como quien contempla el escaparate de una joyería y entonces fue cuando lo dijo:

—Qué guay.

Podía haber dicho « Mi amor, vamos a ser padres» o « Qué felices seremos los dos, y qué dulces los besos serán» o « El cielo está enladrillado, quién lo desenladrillará» o « El gazpacho lleva un poco de vinagre para darle más sabor». Cualquiera cosa hubiera sido más romántica que « Qué guay». ¿Qué coño de expresión macarra era esa? ¿Qué venía después, cantarme un rap? ¿Llamararme churri? ¿Darme un azote en el culo y pedirme que le hiciera un filetitito?

Eso lo digo ahora con la cabeza fría, claro, porque si me vuelve a pasar le digo « Cari, siéntate en el sofá, que yo me meto en el baño y repetimos la escena desde el principio, que estás un poco *alterao*». Pero entonces no lo hice. El guion de la vida tiene tramas más complejas que el de la ficción y diálogos mucho más pobres.

Mandé a Juan a la farmacia a comprar otro test de embarazo, a ver si este tenía las pilas mal, o la placa solar o lo que coño fuera que lo hiciera funcionar. Dos minutos después subió con uno digital ultramoderno y *megafashion* que calculaba de cuánto estaba. Volví a mis aposentos de cerámica y miccioné (que bonita palabra) en el *chirifú* aquel. Tras la pertinente espera, su pantallita mostró un signo positivo junto al número tres. ¿Tres horas embarazada? Al despertarnos habíamos hecho el amor, pero ¿se podía saber tan rápido? Igual eran tres días o tres semanas. Pero había un signo de más. Sí, pero ¿más qué? Leí el prospecto donde venía la leyenda para salir de dudas. Se me cortó la respiración. Estaba de cinco semanas.

Desde hacía más de un mes, un futuro bebé vivía dentro de mí, de mi cuerpo.

Mi hijo.

Qué guay.

TAMBORES DE GUERRA

*My heart is beating like a jungle drum...
Ruku tuku tun tun tun.*

EMILIANA TORRINI, «Jungle Drum»

Ir al ginecólogo no era el plan más divertido del planeta, pero con un churumbel en mis entrañas no me quedaba más remedio que someterme al ritual de espattarrarme en la camilla y dejar que un desconocido me metiera mano con la frialdad que un mecánico cambia el aceite del coche.

Acudí hecha un manojo de nervios. Mi chico me agarró de la mano para calmarme pero temblaba más que yo, lo cual no ayudaba nada. Me tumbé y el ginecólogo introdujo el transductor vaginal (así se llama el chisme, que lo he mirado en Google) y comenzó la exploración. En la pantalla apareció una imagen gris, ligeramente rugosa, indefinida, parecida a la foto de un volcán tomada desde un satélite. El ginecólogo señaló un espacio en el centro, de un color gris claro, liso, como si al volcán de la foto le hubiesen añadido una laguna. Ahí crecería mi hijo, que ahora tenía cinco semanas y un tamaño de un centímetro.

—¿Queréis escuchar el corazón? —preguntó el doctor.

La pregunta me llegó como un gancho de izquierda a la mandíbula. Un alud de responsabilidad, de respeto, conciencia y madurez, me sepultó por completo. Tardé menos de un segundo en lanzar la pregunta: «¿Tiene corazón?». La respuesta vino igual de rápida: «Claro, lo necesita para vivir». Mi novio asistía al intercambio de preguntas como contemplando una carrera de coches de Fórmula 1, incapaz de asimilar una noticia cuando otra ya se había impuesto a la primera.

Apretó un botón y el atronador sonido del corazón de mi pequeño me engulló. Estaba paralizada. Un ejército de tambores de guerra me heló la sangre. Aquella pequeña mancha de diez milímetros, aquel guisante, moneda, migaja de pan, tenía vida. Una vida que dependía de mí.

El corazón sonaba con la cadencia impaciente y monótona de la vida, como el hálico de un millón de almas, como una furibunda tormenta eléctrica que me agarró el corazón y se enredó en él con una fuerza sobrehumana.

Desde aquel instante, supe que mi único compromiso sería defenderle, protegerle, mimarle, cuidarle y amarle toda mi vida.

BÁLSAMO DE VERA BRAS

Un embarazo es un concierto en la oscuridad, una travesía en el océano donde las brújulas y los más modernos instrumentales de navegación no son nada contra la arbitrariedad del mar y del clima. Las madres primerizas, como era mi caso, libramos día a día una batalla contra el desconocimiento hacia qué está sucediendo, no ya en nuestro cuerpo, sino *dentro* del cuerpo de nuestro hijo.

En esas tinieblas aparecen como faro y guía las revistas para padres. Páginas brillantes de colores aún más brillantes, con madres *top models* sin estrías, ni culos gordos, sin cara de cansancio, ni ojeras, ni tetas caídas, ni grietas en los pezones. Ahí una debería darse cuenta de que le están vendiendo una moto bien gorda, pero no, te agarras a cualquier cosa y lees cada punto y cada coma y lo memorizas e interiorizas como un actor de método. Pasas las páginas y solo ves niños rubios, de ojos azules, en habitaciones inmensas con juguetes maravillosos donde crecen felices y ríen, ¡puedes oír la risa saliendo de esas páginas! Jiji, jaja, ma-má, pa-pá, agú, tata. « ¡Oh, qué bonito mundo de color! », piensas. De pronto, pasas una página y te hablan de enfermedades, malformaciones, complicaciones imposibles de solucionar. ¿Pero qué coño...? Sigues leyendo y aquello se adentra en una especie de Apocalipsis, página a página, intercalando la truculenta narración con dibujos enviados por los hijos de los lectores y críticas de algún producto nuevo que ha salido al mercado, como para atenuar ese atracón *gore*. Pero tú ya estás con una paranoia de la caraba ahí incrustada en el cerebro. ¿Tendría mi hijo esto? ¿Y esto también? ¿Y lo de más allá? ¿Y esto que solo ocurre en un caso de ciento cuarenta millones? Igual por eso me dio una patada ayer, o igual por eso no me la dio. ¡Ay, misera de mí, ay, infelice!

Bajas al kiosco de nuevo y compras tres revistas diferentes. No esperas a llegar casa, las lees por el camino y contemplas con horror que todas son un calco las unas de las otras: felices familias arias por un lado, y enfermedades terribles por otro. Eclampisia, toxoplasmosis, placenta previa, listeriosis congénita y neonatal, amiotrofia espinal, diabetes, acondroplasia, pliegues nucales, amniocentesis, triple *screenings*, rubeola, toxemia, vómitos compulsivos, ¡infección congénita por citomegalovirus! ¡Madre del amor hermoso! ¡Esto no es un embarazo! ¡Esto es el manual de estilo de Josef Mengel!

Pregunté a mi ginecólogo, que era el único con sentido común en toda esta barbarie, y me prohibió seguir leyendo atrocidades y centrarme en disfrutar de mi embarazo, pues todo iba como la seda. Necesitaba una segunda opinión, y recurrió al método más efectivo e infalible que sabía que existía: el oráculo, mi abuela Juani.

Mi abuela estudió comercio cuando en España no estudiaba ni Dios —o sea, como ahora pero con posguerra—. Había criado a siete hijos prácticamente sola, sin ayuda de nadie, y logrado que todos estudiasen una carrera y, como ella

siempre presumía, que, a pesar de las estrecheces económicas, fuesen por la calle « guapos y con pinta de limpios» .

Mientras tomábamos un café y ese bizcocho suyo tan rico —que me comí entero porque soy una gorda—, me habló de cómo habían sido sus embarazos, sin ecografías, sin información, sin teléfonos móviles a los que recurrir en caso de emergencia, ni foros de Internet que te pudieran resolver una pregunta, sin vitaminas, ni pastillas de ácido fólico... « Y no pasaba nada» , añadió. « Todo seguía su curso natural, todo iba bien» , decía y sonreía.

Cinco de mis tíos habían nacido en casa y los dos más pequeños en un hospital. Recordó el parto del penúltimo, levantándose al alba para dirigirse al hospital, cruzando a pie las calles empapadas y heladas acompañada de su madre, mi bisabuela Gertrudis. Dio a luz y a las pocas horas regresó a casa a seguir cuidando del resto de niños. « ¿Qué iba a hacer?, tenía que preparar la comida» . Mis tíos, como les correspondía por la edad —pues entre ellos no se llevaban más de dos años—, jugaban y gritaban ajenos a todo. Mi abuela me habló de cómo hacía las papillas sin batidora, machacando la fruta con paciencia, cómo lavaba a mano los pañales de gasa, que había que tender al sol para evitar que amarilleasen, y de que nunca pidió a sus hijos que la ayudasen en las tareas del hogar o en el cuidado de los hermanos más pequeños. « No, ellos eran niños y yo la madre» , justificó, perdiendo su sonrisa por unos segundos, acaso en el mismo gesto que debió de poner entonces para imponer autoridad en casa. Hablaba sin expresar nostalgia ni con ánimo victimista, ni mucho menos revanchista hacia nada ni hacia nadie. « Y no pasaba nada. Todo salía bien» , volvió a repetir con una sonrisa.

Las palabras de mi abuela actuaron sobre mis preocupaciones como bálsamo de Fierabrás. Cuando regresé a casa, Juan aún no había llegado. Abrí el grifo de la bañera, encendí unas velitas redondas que coloqué alrededor, volqué medio bote de gel de ducha en el agua y al momento se formó una espuma compacta y abundante. Me sumergí en la bañera. Cerré los ojos, y a tientas, mi mano recorrió las profundidades de la bañera buscando la esponja. La agarré y la llevé a mi tripa. A cada caricia, las preocupaciones se fueron diluyendo en el agua espumada y mi cuerpo se iba haciendo más ligero. Noté cómo Pablo se movió levemente, acomodándose, contagiado por la tranquilidad que mis movimientos le transmitían.

Aquella noche, por primera vez desde hacía muchos días, dormí profundamente.

NYUNG-ÑE

España está mal diseñada. Desayunar a las ocho y no comer hasta las dos no puede ser bueno. Da igual que te metas una caja de sobaos pasiegos El Macho o litro y medio de café del Starbucks: a las once estás que te subes por las paredes. No es que quieras matar al gusanillo, es que te transmutas en la teniente Ripley y quieras masacrar al alien que llevas dentro. En nuestro súper, Justo nos tenía prohibido comer durante las horas de trabajo y se jactaba de tener el olfato de un perro policía para detectar cualquier desliz y el ojo de un águila para adivinar los «paluegos» cómplices de la pitanza.

Si a esa agonía le sumas el hambre voraz que te da cuando estás embarazada, ya te puedes dar por jodida. Todo se sale de madre cuando estás embarazada. Te mueres de sueño, te mueres de hambre y te mueres de ganas de hacer pis. Todo te pasa a la vez y ya no sabes si comer en la cama o hacer pis en la nevera. Estás durmiendo profundamente y tu sueño de unicornios saltando un arcoíris se transforma en las cataratas del Niágara, solo que en vez de agua caen bocatas de chorizo de Pamplona en pan payés untados con tomate. Te levantas de mala gana, miras el reloj, tres de la mañana, haces un chorrito de pis diminuto, vas a la cocina, comes algo y te duermes de nuevo. Y así cincuenta veces al día. Ojo, y eso que yo estaba teniendo un buen embarazo, pero hay quien le da por vomitar y entonces aquello ya es un sín vivir. Yo, de momento, tocaba madera.

Tenía un largo camino de veinte semanas hasta dar a luz y debía hallar un modo de vencer la frugalidad matutina. No tardé en encontrarla: una práctica de purificación muy extendida entre monjes y laicos del Tibet, que consistía en mantener estómago y mente vacíos durante dos días a base de oraciones. La llamaban *Nyung-nye* o *ñung-ñe*. Yo no necesitaba llegar a tanto, con aguantar un par de horas hasta que llegase la hora de la comida, me era suficiente.

Como nunca he sido muy de rezar, me concentraba en el correcto desempeño de mis labores profesionales, mantenía la mente alejada de las estanterías de compra por impulso situadas junto a las cajas, rebosantes de golosinas, caramelos y chicles, y focalizaba mi espíritu en asuntos alejados del vicio de la gula.

Aquel día, a la una, todo se vino abajo. El reloj biológico había tomado carrerilla para empezar la cuenta atrás de los sesenta minutos que restaban para almorzar. Tacto, gusto, olfato, oído y vista habían desconectado de la mente y se lanzaban al acecho de aquello que pudiera acortar la falta de espera y satisfacer a la bestia que rugía en mis entrañas.

«Siempre consciente, inspira; siempre consciente, espira», repetía para mis adentros recitando mi *ñung-ñe* particular cuando vi aproximarse por el pasillo una diminuta y conocida figura: Úrsula. Con su eterna bonhomía y su sonrisa Corega Ultra, repartía saludos, buenos días y piropos como un político en

precampaña. Solo le faltaba besar a un bebé. Enfiló directa hacia mí. Cuando se encontraba a unos pocos metros, me fijé que en sus brazos llevaba un plato cubierto de papel de aluminio. Úrsula estaba pletórica, igual que una niña pequeña que vuelve de la escuela portando para su madre un collar hecho con macarrones. Ay, qué ricos unos macarrones con chorizo y tomate... No podía dejar de pensar en comida...

Dejó el plato sobre mi mostrador y retiró el papel. Era una tortilla de patatas con cebolla, perfecta en su redondez, su grosor, su punto de cuajado (ni muy seca ni muy líquida), dorada pero sin llegar a quemarse. Era *la tortilla de patata*. Un monumento al plato español, una obra de arte. Cual caja de Pandora, los vientos del aroma a cebolla frita, huevo y patatas, desataron en mi cerebro y estómago un delicioso huracán gástrico. Empecé a salivar como el perro de Pavlov en un campanario. Úrsula leyó mi expresión y me observó con gesto de satisfacción total. Ignorando mi tormento, dio su campanada mortal extrayendo un tenedor de plástico del bolso y pinchando un trozo de aquel jugoso fruto prohibido.

—Toma, a ver si te gusta. Que tienes que comer, para que Pablo nazca sano que te veo yo muy flaca, hija —ya nos habían dicho a Juan y a mí que era un niño y Úrsula, fiel a su cita diaria en el súper, estaba puesta al día en todo lo relativo a la evolución de mi gestación.

Mis cinco sentidos tenían la presa en su punto de mira, pero yo los ataba corto tratando de evitar la ansiada dentellada. Úrsula, tenedor en ristre, aguardaba mi decisión con la sonrisa congelada y la fingida mirada inocente de uno de esos perros enanos que parecen tiernos e inofensivos, pero que cuando te acercas a acariciarlos te arrancan el brazo entero con reloj y bolso. Tenía que ser fuerte y decirle que tenía prohibido terminantemente comer, que Justo podía aparecer y abrirme un expediente de tomo y lomo. Lomo, me moría por un poco de lomo. O tortilla. Madre, qué hambre más grande. Debería hacerle a entender a Úrsula que no era un desprecio, pues corría serio peligro de matarla del disgusto, que se cogiese un rebote del quince y me sacase el globo ocular con el tenedor, ya había visto cómo las gastó la ancianita el día de la flor de Pascua. Mejor tenerla como amiga.

Recurré al *ñung-ñe*.

Siempre consciente, inspira; siempre consciente, espira. Cerré los ojos y en silencio me repetí la tabla del nueve, pero como soy de letras me atasqué en el nueve por siete, que nunca he sabido si son sesenta y dos o sesenta y tres. Probé con la alineación del Real Madrid, pero no tenía claro si Donato y DiStefano eran uno o dos. Pasé a canciones infantiles: «Este encontró un huevo, este lo frió...». Joder, esa no, ¡ESA NO!, ¡otra! «Tortas, tortitas, higos y castañitas...». Tortas, las que me iban a dar a mí como me pillasen. Venga, otra, piensa Puri, por Dios. «El corro de la patata, comeremos ensal...». Imposible. Los ácidos de mi

estómago gobernaban mi razón.

Abri los ojos y vi a Úrsula volando hacia mí como un torero a punto de clavar el estoque al toro. Su espada, un tenedor cargado de tortilla hasta los topes. Tatararáaa, sonaban los clarines del pasodoble de mi muerte. Úrsula me enchufó el tenedor hasta la campanilla y yo aproveché para abrir la boca lo más ampliamente que pude. El huevo, fundido con la patata, la cebolla y los granitos de sal, se derritió entre mis dientes, paladar, lengua y encías, aplacando de inmediato mi hambre.

—Ale, ¿ves qué rica? Quédatela, te la he hecho para ti —sonrió.

—Frafias, Úffula —farfullé.

—Te iba a hacer unos patucos —interrumpió—, pero yo es que ya no hago punto, hija, ¿sabes? Me duelen mucho las manos, sí, estoy mayor. Bueno, guapa, te dejo que voy a comprar gallina para el cocido y se me hace tarde.

Soltó la frase de corrido y se fue como si tal cosa, con su pasito pequeño y su parsimonia de siempre. La tortilla estaba maravillosa, con la temperatura exacta: templada, ni ardiendo ni fría de nevera. Ay, si hubiera tenido un refresco y un poquito de pan... Pinché otro trozo y, mientras masticaba, escuché una voz a mi espalda.

—¿Es con cebolla?

Abri los ojos horrorizada sin poderme mover. Justo estaba pegado a mi coronilla, con su libretita en una mano y en la otra el lápiz aquel, que un día se lo acabaría metiendo por el culo. Cerré la boca con fuerza tratando de disimular, pero tenía los cachetes como un trompetista de jazz, igual que una ardilla con los mofletes cargados de cacahuetes para soportar el invierno. No podía hablar ni tampoco tragar. Traté de respirar por la nariz, pero parecía un jabalí en celo.

—Fffff.

—¿Cómo?

—Que ffffffi —hice un esfuerzo por tragar algo—. Fiene febolla.

—Pero trague usted, mujer, que se le va a hacer bola y se me va a asfixiar. ¿Le traigo un poco de agua? —Asentí con la cabeza, los ojos inyectados en sangre y la cara azul Pitufa.

Tragué como pude aquella bola, mientras mi cabeza digería un oscuro futuro de preguntas sin respuesta: ¿Iba justo a recoger mi finiquito? ¿Sería despido improcedente? ¿Podría defenderme alegando enajenación mental transitoria? ¿Preditación y alevosía por parte de la vieja? ¿Podría recurrir ante el Tribunal de Estrasburgo? ¿Dónde coño estaba Estrasburgo?

Justo volvió a los dos minutos con una bolsa de plástico y un vaso de agua que bebí de un trago. Me apartó ligeramente y miró la tortilla igual que un criminólogo inspecciona el arma homicida. «Definitivo —pensé—, ahora la mete en una bolsita transparente, la lleva a dirección y me voy al paro de cabeza».

Pero no fue una bolsita lo que sacó.

Fueron una barra de pan y un tenedor. Partió un trozo con la mano, me lo dio, y luego cortó otro trozo para él. Pinchó mi tortilla y se comió un señor bocado.

—Ummmm —saboreó extático—, eftá fojonuda —su cara de placer rozaba el orgasmo. Comió pan—. Es que a estas horas entra un hambre que es horrible, ¿verdad?...

Yo asentía en silencio, mientras le miraba entre el pánico y la incredulidad. En este súper estaban todos como una puta cabra.

—Pero coma, mujer —insistió—, que me la voy a comer yo toda.

Tardé dos segundos en reaccionar, pero pensé: ¿por qué no? Agarré mi tenedor y, ayudada por un currusco de pan, Justo y yo nos hermanamos con la complicidad de un par de alumnos fumando a escondidas en el baño del colegio. Las invisibles e hipócritas barreras de la jerarquía, tantos años levantadas, se derrumbaron silenciosamente como una nube de vapor.

—¿Sabes qué, Justo?

—Dígame, Purificación.

—Puri, Puri. Y de tú.

—Está bien, Puri, dime.

—Creo que España no está tan mal diseñada como pensaba.

—¿Cómo dices?

—Nada, déjalo, cosas mías... Venga, toma este último trozo para ti.

—¿El de la vergüenza?

—El de la vergüenza.

BABY SHOWER

Los norteamericanos es que son la monda lironda. Han inventado esta fiesta llamada *baby shower*, donde celebran la futura llegada de un bebé. Hasta ahí, nada del otro jueves. Lo brillante es que la tradición —y cuando ellos hablan de tradición se refieren a que llevan haciéndolo dos semanas—, es que los invitados *deben* traer montañas de regalos. ¿No es genial? O sea, tú montas una fiesta donde la obligación es que te regalen, *pero* para que no parezca un abuso, lo disfrazas de algo muy cursi y muy *happy*, y así todo el mundo traga y da palmas con las orejas. Me encanta. En España esto no ha triunfado porque cuando montamos una fiesta, lo que pedimos a los invitados es que la mitad traiga alcohol y la otra mitad bolsas de hielo. ¡¡Esos son los regalos que nos interesan!! Los americanos no, ellos van a lo práctico: comer no sé si vas a comer, pero por mi padre que traes un regalo o tú aquí no entras.

Mientras que la única decoración que hacemos los españoles es poner los cuencos de ganchitos, patatas y aceitunas que repartimos por la casa, los norteamericanos han montado una industria de objetos decorativos y regalos para *tematizar* el ágape: guirnaldas, globos, piñatas, dulces, figuras decorativas de cigüeñas, bebés, chupetes, carritos, patucos... Todos disponibles en azul o rosa y, por un poco más de dinero, personalizables con el nombre del retón. Naturalmente todo puede incrementarse *ad infinitum* con los personajes del universo Disney, Warner Bros. y de cualquier otra película o serie de televisión.

En México, por extensión cultural, también es tradición organizar *baby showers*. Por eso, cuando los padres de Juan vinieron aquel verano a Madrid a visitarnos y nos animaron a montar nuestra particular fiesta, la idea me sedujo al instante: por lo novedosa —al menos para mí—, por los regalos —*pa* qué nos vamos a engañar— y por reunir a mi gente en algo tan especial como celebrar mi futura maternidad.

Mis suegros trajeron un verdadero arsenal de decoraciones y transformaron nuestra casa en una especie de Ñoñolandia —dicho con todo el cariño del mundo—, con tal profusión de chupetes, carritos y cigüeñas de corchopán, banderolas, guirnaldas, lámparas de papel y, especialmente, objetos de la factoría Disney, que en cualquier momento esperaba abrir la nevera y encontrarme al tío Walt ahí metido.

Acudieron cerca de una docena de invitados, entre ellos mis padres, Simona, Candela, Yolanda, mis compañeras Alba e Iris y varios compañeros de trabajo y amigos de Juan. Invité a Úrsula, pero me llamó para disculparse porque tenía un fortísimo dolor de cabeza, llamada que aprovechó para darme un completo informe de sus achaques. Toda la gente estaba entusiasmada con la idea de participar en una fiesta tan curiosa en su concepto y sobre todo de probar la

exótica comida que prepararon mis suegros, toda una exhibición de cocina mexicana deliciosa y completamente alejada de los estándares de los restaurantes de cocina típica.

Cuando pasadas las nueve de la noche la gente se fue yendo, yo había ido al baño catorce veces —las conté—, y me había comido todo el bol de guacamole, nueve tacos llenos de pollo, queso y champiñón, y cinco quesadillas. Podía haber comido más, os lo aseguro. Mis suegros y Juan comenzaron a recoger el salón y la montaña de regalos, donde abundaban los body's, pijamas, baberos y peluches. Había que reconocerle el mérito a los americanos inventando esta historia de las *baby showers*.

Simona y Yolanda me ayudaron a llevar cosas a la cocina, mientras Candela permanecía ojiplática sentada en el sofá, jugando con su maquinita de videojuegos a dar de comer a un Perrito virtual.

—Chicas, gracias por venir y por los regalos, os habéis pasado tres pueblos —les dije, lo cual era una verdad como un templo.

—Ay, reina, no seas boba, anda, que somos las tías de Pablín —respondió Simona, lo cual también era otra verdad como un templo, porque para mí eran como mis hermanas.

Yolanda terminó de meter los platos y vasos en el lavavajillas mientras Simona y yo salíamos de la cocina a por más.

—Chicas —nos llamó Yolanda. Simona y yo nos giramos—. ¿Podéis venir un segundito, por favor?

—Claro, niña, ¿qué ocurre? —preguntó Simona, cerrando la puerta.

—Bueno, es que quería comentaros una cosa...

—¿Qué te pasa, Yoli? —pregunté.

—No, nada... —siguió Yolanda—. A ver...

Yolanda me miró durante una décima de segundo, y entonces lo supe. Supe que había llegado el día. Yolanda se iba de Madrid.

—... Que en septiembre dejó Madrid —se encogió de hombros y sonrió como pillada en falta—. Me he comprado una casita en Cabo de Gata, cerquita de la playa, muy bonita, de dos plantas y... bueno, eso, que... —se emocionó— que os echaré de menos... Pero, bueno, es que yo no sirvo para estar en una gran ciudad...

—Ay, reina, menos mal, qué susto me has dado, creí que me ibas a decir que te casabas y ya estaba yo por darte un par de leches —dijo Simona para desdramatizar, provocando nuestras risas.

—Pero que sepáis que voy a poner un cuartito de invitados con dos camas, así que tenéis que venir, no hay excusa —continuó mientras se secaba las lágrimas.

—Sí, mona, para que nos tortures con esas películas tuyas. Yo como vaya allí te las tiro todas al mar, te lo aviso.

—No te esfuerces —dije a Simona—, seguro que el mar las devuelve a los

cinco minutos —soltamos una carcajada.

Nos fundimos en un intenso abrazo, emocionadas. Saqué la cámara y Yolanda y Simona se agacharon y pusieron sus cabezas a cada lado de mi tripa. La foto salió medio borrosa, con un trozo de mi cabeza cortada, y de fondo se veía más la cocina que nuestras caras sonrientes. Daba igual, era la foto perfecta. El fin de fiesta de una larga e inolvidable etapa de nuestras vidas. Aunque no quisiéramos reconocerlo, lo cierto es que lo era.

Sabíamos que nada sería igual a partir de esa noche. Que los compromisos y los hijos complicarían todo sobremanera. A los viajes de Yolanda se uniría la distancia de su nueva residencia. A mis cambiantes horarios en el súper, la maternidad y la obligación de ir a México al menos una vez cada año o año y medio para que Pablo pudiese estar con sus abuelos. Al castillo de naipes de nuestras vidas se sumarían en breve más cartas que debíamos mantener en equilibrio. Todo resultaría mucho más complicado, sí, pero estábamos dispuestas a luchar por no perder el contacto. Nada ni nadie había logrado separarnos desde que nos conocimos siendo adolescentes.

Así éramos nosotras: siempre juntas, siempre fuertes y unidas como una sola.

Así seríamos siempre.

PREPARACIÓN A LOS CURSOS DE PREPARACIÓN

Con treinta y tres semanas de embarazo me apunté a unos cursos de preparación al parto. Estaba a poco menos de un mes y medio de dar a luz y tenía las tetas como la estanquera de *Amarcord* y una panza tan grande que si me tatuaba «Balay» en una teta me confundirían con el bombo de una lavadora.

Llegué al lugar donde impartían el curso, un antiguo piso en una zona noble de Madrid, decorado con esa vetusta y característica estética de los años cincuenta (puertas acolchadas de plástico verde rematadas con tachuelas, lámparas de latón con pantalla de papiro, baños diminutos y pasillos interminables). Una señora me entregó una carpetita verde y me dijo que era mes y medio de charlas, dos veces por semana, tres horas cada charla. Me veía envejeciendo aquí. Di media vuelta para volverme pitando a casa, pero una marea humana de embarazadas me arrastró a la sala. Sesenta mujeres con cara de no haber dormido en dos meses se apiñaban en un salón donde al fondo ejercía de maestra de ceremonias una chica con bata blanca. Ya sabéis la primera regla del marketing: si no tienes ni la más remota idea de algo, ponte una bata blanca. Automáticamente podrás disertar sobre el bacilo de Koch, el genoma humano, la poliomielitis o la recogida de la fresa.

La de la bata se lió a despoticar contra las farmacéuticas durante tres horas eternas, las cuales aprovechaba para ofrecer, por el exclusivo precio de 10,95 €, un bote con pastillas de magnesio, según ella el mejor remedio para el estreñimiento y sus consecuentes hemorroides. Frasco que, por cierto, le había traído un amigo de Andorra «porque, chicas, en Madrid vale el doble y a mí me sale tirado de precio». Cerraba el discurso con la coletilla «Pero si no queréis no me lo compréis, que yo no me llevo comisión por venderlo». Todo esto lo repitió como doce veces.

Al acabar la clase no sabía si me dolía más el estómago o el trasero, después de tres horas infernales sin probar bocado ni levantarme de allí, así que opté por calmar ambos dolores con el magnesio de marras (que lo compré en una herboristería de mi barrio por 7,50 €). De las quince pastillas recomendadas tomé cuatro. Hasta ahí llegaba mi voto de confianza.

Ahorráré los detalles escatológicos que sucedieron a la ingesta, pero sí diré que el apretón fue de tal envergadura que me leí la última de Ken Follett de una sentada, nunca mejor dicho. Con las piernas temblando como si acabara de coronar el Annapurna, abandoné mi trono y llegué hasta la cocina, donde agarré el botecito color amarillo lleno de pildoritas, lo sujeté con firmeza entre las pinzas del cascanueces y acto seguido lo reventé a golpes con el martillo de madera de estirar filetes de pollo.

La segunda clase fue un minucioso análisis de los dolores y padecimientos que podía sufrir una embarazada, incluyendo una descriptiva escena de mujeres

en decúbito supino revolcadas en la suciedad de un baño público, a la espera de la llegada de una ambulancia, que me hicieron rememorar las angustias vividas con las revistas para padres y llegar a casa cargada de miedos, angustias, temores... y un pesado sentimiento: para mi desgracia, las pastillas, como el imperio, contraatacaban cuarenta y ocho horas después. Si yo estaba así con cuatro pastillas, no quería pensar cómo se encontraría la que hubiera tomado las quince.

A pesar de que mi paciencia rebosaba más allá de los límites de la realidad, concedí al curso una última oportunidad. Hoy iban a enseñar a respirar con la ayuda de un balón gigante. Aquello parecía importante y no presagiaba daño a mi integridad física y oronda. Falso. La de la bata nos colocó a cada una sobre un enorme balón hinchable, donde nos indicaba movimientos para ejercitar la pelvis, a la vez que ensayábamos respiraciones de varios tipos y ritmos. Sentía unas ganas enormes de pinchar aquel balón que me estaba doblando el espíñulo, pero el único pinchazo que hubo aquella tarde fue el de mi espalda. Un agudo dolor en las lumbares que me hizo levantarme como un resorte y salir pitando, esta vez sí y para siempre, de aquel antró de perdición.

Necesité tres sesiones de fisioterapeuta para recuperarme, un profesional que no llevaba bata blanca, ni falta que le hacía, porque cuando uno sabe de verdad puede ir vestido de lagarterana o de Geyperman buzo si le da la gana. Recostada decúbito supino en la camilla, trataba inútilmente de relajarme con la música *chill out* que sonaba por los altavoces, pero al dolor de las lumbares se añadía la molestia de una tripa de dieciocho kilos y la falta de sueño. Pablo ya estaba a punto de llegar.

Dos semanas después, pedí la baja en el supermercado.

EL CONEJO DE ORO

Comenzaba la cuenta atrás y tocaba monitorización. Me tumbaban en una camilla durante una hora, cubierta de cables enganchados a una máquina que media mis pulsaciones y no se cuántas cosas más que determinaban si estaba a punto de parir o no, así como el estado de salud de mi bebé. Parecía un futbolista de élite, solo que, por la prominencia de mi barriga, yo era el balón.

Mientras me quitaba los cables, el ginecólogo dio su dictamen.

—Todo va perfecto. Pablo no parece que quiera salir antes de tiempo. En un principio la fecha prevista sigue siendo dentro de un par de semanas, entre el quince y el veinte de diciembre.

—¿Pablo está bien? Me refiero a salud, al peso... en fin...

—Pablo está perfecto. Es todo un hombrecito. Ya pesa cuatro kilos y medio. Bueno, medio arriba, medio abajo.

¿Cómo?? ¿Qué voy a parir una criatura de cinco kilos?? ¡Eso no es un hombrecito, eso es un cochinito! Joder, que en vez del ginecólogo va a tener que venir Cándido a asistir en el parto. Que me lo veo yo cortando el cordón umbilical con un plato, ¡zasca, zasca! Y el niño en vez de venir con un pan debajo del brazo, me sale con una manzana en la boca y la espalda glaseada.

Ay, Dios, menuda la que me esperaba. Para que de ahí saliese semejante criatura tenía que dilatar como mínimo cuarenta centímetros. Más que dilatar yo necesitaba dar de sí. Se me iba a quedar la vagina como la entrada del metro o como la boca de la ballena que se tragó a Pinocho.

Salí a la calle toda agobiada, me cerré el abrigo hasta la barbilla para protegerme del viento helado del invierno madrileño y evitar que con la sudada me diese una pulmonía. A los dos pasos me detuve en una frutería. Entré y pregunté al frutero:

—Buenas tardes, ¿tiene melones?

—Claro que sí, señora —se acercó a una montaña de melones y les dio dos fuertes palmadas con la mano, igual que un criador de perros orgulloso de sus campeones—. ¿Quería alguno en especial?

—Uno de cuatro kilos y medio. Medio arriba, medio abajo.

El hombre agarró un melón enorme como un balón de playa de Nivea. Lo pesó: cuatro kilos setecientos. Sonrió, satisfecho de su buen ojo calculador. Me fijé en la pegatina colocada sobre la verdosa piel: «El conejo de oro». Pues si yo tenía que sacar una cosa así por la vagina, en vez de un conejo de oro lo iba a necesitar de caucho.

—No sé si estará pelín verde, yo le soy sincero —dijo el frutero—, porque hasta que no se abra... Pero suelen salir bastante bien.

Eso era lo que yo quería: que el chiquillo saliera bien. Pero ¿y si el problema era yo? ¿Y si yo era la que estaba «un pelín verde»? Verde de inmadura, de

novata, metepatas, caótica, nerviosa... ¿Sabría hacerlo bien? ¿Por qué no enseñaban estas cosas en las escuelas en vez de aprenderse los ríos de España, que no sirve para nada? ¿Dónde nace el río Miño? ¿Qué río pasa por Calatayud? ¿Tendría que preguntárselo a la Dolores? ¡Ay, dolores los que iba a sufrir yo en quince días! Un gigantesco melón me oprimía el corazón.

HUMEDADES

Había llegado el día. Por fin, tras una larga espera, llegaba el ansiado momento. El fin de las molestias y de las preocupaciones. El día de ver la luz y abrazar la paz. Hoy solucionaban mi gotera.

Después de tres años de peleas, cartas e innumerables broncas, lo había conseguido. La semana anterior había irrumpido en mitad de una de las habituales peleas cainitas de los vecinos para imponer seriedad y pedir que firmasen, de una vez por todas, la derrama necesaria para acabar con la humedad de mi casa y despedir a mi Wilson del alma. Mi tripón de treinta y ocho semanas y mi discurso lacrimógeno a lo Oliver Twist, de un invierno helador donde las gotas caían sobre la cuna de mi indefenso bebé, lograron ablandar los corazones de granito de mis rencorosos compañeros de bloque.

Los peritos del seguro acordaron venir a las diez. A las nueve, mientras tomaba mi analgésico y obligatorio café —descafeinado, por prescripción médica—, vestida con mi camisón y mis habituales pelos de loca, llamaron a la puerta. En otra situación les habría reclamado su falta de puntualidad, pero solo con pensar que me iban a arreglar la cocina, les perdonaba todo.

Uno llevaba un puntero láser y el otro una cámara de fotos y un cuaderno en el que anotaba absolutamente todo lo que le iba indicando el primero. Antes de conducirles a la cocina a conocer el estado de mi mohoso y humedecido Wilson, nos sentamos en el salón donde respondí a una lista de preguntas sobre el estado de la finca, problemas que habían aparecido y detalle de obras recientes en mi casa y en casa de los vecinos. Yo aproveché para desahogarme y hablarles de que aquella casa era un manicomio y mis vecinos una panda de pirados con instintos asesinos. Les narré mis desvelos de todos estos años y la prisa que me corría solucionarlo, pues tenía el parto previsto para dentro de cuatro días. Me tranquilizaron asegurando que en cuanto vieran la humedad avisarían al pintor y todo quedaría resuelto en un par de semanas. Nos pusimos de pie y fuimos a la cocina. Avanzados dos pasos, el del puntero láser paró en seco.

—Espérate, López, apunta primero esta gotera en el salón que es bien gorda —dijo mientras señalaba con la luz roja un charco sobre la tarima.

Su compañero la fotografió y dio parte de la misma en su cuaderno. Lentamente, el perito fue dirigiendo el haz de luz hacia arriba, empezando por el charco, pasando por mis piernas, mi abultada tripa, mis enormes pechos, mi cara y deteniéndola en el techo. Hizo un barrido tratando de localizar el foco de origen.

—Yo no veo nada, Segis —dijo López.

Los tres mirábamos el techo, pero sin éxito.

—Ya lo que me faltaba —intervine sin apartar la vista del techo—. Aquí nunca ha habido una gotera, siempre estuvo en la cocina. Si quieren vamos y se

la enseño —apremié.

Segis bajó el puntero poco a poco, repitiendo el trayecto a la inversa. Su compañero López y yo fuimos siguiendo la luz en un estado de hipnosis. Del techo a mi cara, a mis pechos, tripa, piernas y al charco en el suelo. Se detuvo dos segundos e inmediatamente subió de nuevo hacia mis piernas y mi bombo. Ahí detuvo el puntito color carmesí. Les observé sin entender nada. Los dos peritos se miraron el uno al otro.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

—Señora —dijo Segis, manteniendo una pausa dramática—, creo que ha roto aguas.

Todas mis alarmas se activaron como en un submarino: luces amarillas, naranjas y rojas parpadeaban frenéticas mientras sonaba un fuerte pitido de aviso. Mi ginecólogo me había advertido de que si esto sucedía debía mantener la calma, pero eso era muy fácil de decir siendo hombre y estando sentado en tu despacho, pero aquí lo quería ver yo, con un cargamento de veinte kilos encima, sin duchar, sola y con dos extraños delante. La cosa cambiaba radicalmente.

Les pedí que se marcharan, que ya solucionaríamos otro día la humedad de la cocina. Me duché a toda prisa, llamé a un taxi y cuarenta minutos después estaba en la habitación del hospital. Juan entró corriendo por la puerta dos minutos más tarde; el corazón se le salía por la boca. Cuando me vio retorcerme por el dolor de las contracciones, se lanzó hacia mí y me cogió de la mano con cara de angustia.

—Respira, mi vida. Respira. Uff-uff-uff, eso es. Inspira... Uff-uff-uff...

Yo trataba de respirar al ritmo que me pedía mi cuerpo, pero mi novio parecía que estuviera inflando la colchoneta de la playa. Estaba tan atacado que era como si la parturienta fuera él. Me rompía la concentración cada dos segundos. Y los nervios.

—Venga, inspira profundo otra vez: uuuuuuuufff. Y ahora respira lento, poco a poco: uff-uff-uff-uff-ufff...

—Juan, déjame...

—Shhhh, tú sigue el ritmo, yo lo hago contigo, a la vez.

—Juan...

—... Uff-uff-uff-uff-ufff-uff-ufff-ufff...

—¡¡JUAN!! —estallé—. ¡¡CÁLLATE YA, POR DIOS TE LO PIDO!!

Juan enmudeció, se echó hacia atrás, y se sentó. Así permaneció el resto de la mañana, recto e inmóvil contra el respaldo de la silla, como el vigilante de la sala de un museo, hasta que a las dos de la tarde, en una de las regulares visitas de la enfermera, una lectura de los gráficos le indicó que era el momento de bajarle al *box*, donde el ginecólogo que me había atendido durante el embarazo tomó las riendas de la situación. A través de una amiga, enfermera en el hospital, Juan y yo lo habíamos coordinado todo desde el principio para que también él se

encargarse de mi parto. A pesar de lo inesperado de la situación, me tranquilizó comprobar que mi ginecólogo estaba en el hospital, controlando cada detalle. Media hora después, dio la orden de que me trasladaran al paritorio. Juan nos siguió por detrás.

Tumbada boca arriba, atisbaba el trasiego de personal médico yendo y viniendo, como un ejército en perfecta y robótica ejecución al dictado de órdenes vertiginosas y precisas, que mi cerebro era incapaz de asimilar, abrumado por una montaña rusa de sucesos y por unos nervios que me habían anulado por completo la capacidad de ponerme nerviosa, un bloqueo ayudado en gran parte por los calmantes que me habían ido suministrando a lo largo de la mañana.

Tratando de hallar un punto de apoyo emocional, o acaso meramente visual, giré la cabeza en busca de Juan. Permanecía a cuatro metros al pie de la camilla, en un ángulo que enfocaba directo a mis piernas, donde se concentraban ahora media docena de cabezas cubiertas por un gorro verde, y abundante material médico que no pude distinguir por la postura en que me encontraba. Una enfermera le preguntó si deseaba asistir al parto y él asintió. Inmediatamente le ofreció un taburete donde sentarse, que él rechazó negando con la cabeza. La enfermera insistió:

—Mejor siéntate. Puedes llegar a marearte.

Juan obedeció de inmediato.

—Puri —la voz firme y rotunda de mi ginecólogo rompió mi abstracción. Volví la cabeza, la descansé sobre la camilla y me dispuse a escuchar sus indicaciones—, toma todo el aire que puedas. Cuando yo te diga, empuja muy fuerte, ¿de acuerdo? Vamos allá.

Apenas había comenzado a llenar mis pulmones cuando llegó la orden de expulsar el aire. Como me habían enseñado en aquellos terribles cursos de preparación al parto, lo retuve una décima de segundo, suficiente para que ejerciese de émbolo que inyectara una fuerte presión al empujar. Narcotizada, incapaz de valorar el resultado de mis esfuerzos, me guiaba por el ritmo marcado por el equipo médico.

—¡MUY BIEN, OTRA VEZ! —gritaron.

Repetí la operación, esta vez reteniendo el oxígeno durante un par de segundos. Cuando lo liberé, mis músculos tensionados temblaban por el esfuerzo invertido. Jadeaba, exhausta.

—¡VENGA, OTRA MÁS! —insistieron sin tregua.

Abrí la boca e inhalé la máxima cantidad de aire de que fui capaz, y provoqué una presión mucho mayor que las anteriores, en un esfuerzo extenuante, que acompañé con un gemido ronco, primitivo, animal, que brotó del fondo de mi garganta, seco y brutal como un chorro de arena y grava. Extrañamente, lejos de derrumbarme, me sentía plena de energía, como un

guerrero batiéndose al límite de sus fuerzas en plena batalla, descargando la adrenalina que, a su vez, le insufla la fuerza para combatir. Sin esperar a recibir nuevas órdenes, aspiré una gran bocanada de aire.

—Para, para —me detuvo mi médico—. Ya está.

Aturdida, tardé un eterno segundo en asimilar sus palabras. ¿Qué significaba « Ya está »? ¿Qué sucedía? Pasé de la euforia a la angustia. Con los últimos efectos de la anestesia aún palpitando, traté de recomponer mi cuerpo y mi cabeza, como si hubiese sobrevivido a una avalancha de sensaciones y ahora necesitase establecer dónde estaba el suelo y dónde el cielo. Quise articular una frase coherente, pero me contuve por miedo a interrumpir una instrucción vital o la conversación de alguno de los médicos, así que elevé parte de mi espalda en un vano intento de ver qué sucedía, pero mis piernas dobladas y cubiertas por una sábana verde actuaban de parapeto. Volví la cabeza hacia Juan.

Paralizado en su taburete, mantenía la mirada clavada en el grupo de médicos. Estaba atónito, como si hubiera asistido a una visión mucho más inmensa y poderosa que el origen de la vida. Como si acabara de admirar el origen mismo del universo. Lloraba con la intensidad de una presa cuyos muros hubieran reventado por la presión del agua. Advirtió mi mirada y se volvió hacia mí. Sin dejar de llorar, me sonrió liberador, pleno, solar, y en su mirada leí la fuerza que lo tenía atrapado.

Fue entonces cuando supe que Pablo había llegado.

Pablo.

Pablo se deslizó hacia el mundo como resbalando por un tobogán de aire, intangible de puro elegante. No lloró. O quizás sí, pero ni Juan ni yo lo recordamos.

Una enfermera me acercó a Pablo un breve segundo y de inmediato se lo llevó para lavarlo. En una habitación contigua se oían llantos, pero eran de otra recién nacida. Pablo permanecía callado, asumiendo su estado actual como el curso natural del río de la vida.

Pocos minutos después, la enfermera regresó y posó sobre mi pecho el pequeño cuerpo de mi hijo. Su redonda cabeza había sido cubierta por un gorro de algodón y sus manos protegidas por manoplas. Los efectos de mi anestesia se habían diluido y por fin fui consciente del momento que vivía (¿se es realmente consciente alguna vez del milagro que se está viviendo?). Pablo me miró fijamente y entonces la línea de tiempo de mis treinta y cinco años se borró de anécdotas, viajes y recuerdos. Su nacimiento pasó a ocupar la única fecha de aquel calendario en blanco. Experimenté una sensación mucho más poderosa que el sentirme la madre de aquel ser humano. Pablo era mi hijo.

Mi hijo.

Mio.

Pablo tenía los ojos achinados, grandes y abiertos como cáscara de almendra. Una boca tan exacta en su forma que se diría dibujada, con el labio superior ligeramente elevado y el inferior un poco más grueso, acaso ocultando un ronroneo. La nariz respingona, tan diminuta que más parecía un adorno, y su piel, clara y suave, emanaba el aroma avainillado de las natillas recién hechas.

Era lunes, trece de diciembre de dos mil diez, catorce horas y cincuenta y cinco minutos. Pablo tenía cinco minutos de vida.

En cierta forma, yo también sentía que acababa de nacer.

LAS DÍAS ONA PRACTICAR

La reflexoterapia se fundamenta en la teoría de que todas las partes del cuerpo están conectadas y la estimulación de, por ejemplo, una parte concreta del pie, produce una respuesta refleja en el hígado. Cuando estás embarazada compruebas no solo que es cierto, sino que el eje central de esa red de conexiones nerviosas es tu barriga, la cual, por cierto, está a punto de reventar.

El bebé me apretaba la vejiga y a cada paso que daba se disparaban mis ganas de hacer pis. Me tiraban los músculos, la espalda se resentía de todo el peso, los calambres escalaban hasta quedar alojados en mi cabeza en forma de constante e incómoda jaqueca. Cada centímetro de piel se había vuelto hipersensible, lo cual contribuía a multiplicar todas las molestias y a dispersar el dolor por rincones inimaginables de mi cuerpo.

Una tarde de agosto, con el calor sumándose al martirio que padecía, opté por tumbarme sobre mi cama, a sabiendas de que mis riñones se resentirían de aquel gesto. Me daba igual. Fueron cinco minutos inolvidables de placer, mirando al blanco techo con la mente más en blanco todavía.

Hasta que lo vi todo negro.

No podía levantarme. Tampoco moverme. La presión de la tripa empujaba hacia abajo mientras mi cuerpo luchaba por vencer la ley de aquella gravedad opresora. Estaba como una tortuga gigante boca arriba, y como tal me puse a mover los brazos y las piernas, primero lentamente y segundos después con desesperación. Levanté el cuello, pero solo contribuyó a que me diera una torticilis aguda y a reforzar la caricatura de tortuga en plena cópula en que me había convertido: la mandíbula hacia fuera igual que Marlon Brando en *El Padrino*, los ojos a punto de salirse y las venas del cuello hinchadas como macarrones. Notaba la vena de la cabeza bombeando litros de sangre, y en cualquier momento esperaba que me diera un ictus. Finalmente, entre sudores y estertores, logré girar hacia un lado y salir rodando de mi agónica miseria.

Con este panorama, no era de extrañar que el último mes y medio de embarazo lo pasara en la sequía sexual. Tampoco era de extrañar que mi chico viera el cielo abierto cuando el ginecólogo nos dijo que después de dar a luz podríamos retomar nuestra vida sexual en solo cuarenta días. Aquel guarismo quedó grabado a fuego en su cabeza: era el cartel que marca la línea de meta de una maratón de abstinencia, la hora H del día D en que mi soldado del amor descargaría su artillería pesada al completo.

Por desgracia, después del parto la única cuenta atrás que tienes en mente son las tres horas que restan hasta el siguiente biberón del niño. Entre medias, la casa se convierte en una carrera contrarreloj de tareas del hogar e innumerables recados. El niño caga tanto que podrías abonar Francia entera. Pones una lavadora tras otra, de blanco, de color, de color muy oscuro, de ropa delicada, de

ropa no delicada, de ropa que tiene una etiqueta con un triangulito y una raya dibujados y de la que tiene un barreño con olas, que necesitas a Indiana Jones para traducir qué coño significan todos esos simbolitos. Vas a la carrera de un lado a otro con la boca llena de pinzas de tender. De pronto, te acuerdas del niño, ¡ay, mi hijo! Entras en el cuarto a comprobar si duerme, y como no se mueve ni un milímetro acaricias sus mejillas para confirmar si está respirando, que es algo que a las madres nos preocupa siempre mucho. Sales escopetada a tender la colada en la cuerda. Se te acaba el hueco, la cuelgas en la bañera, en los grifos, en la alcachofa de la ducha, sobre la mampara, vas al salón y la pones encima de la tele, sacas perchas y las vas enganchando por todos los muebles e improvisando tendederos en las esquinas de las puertas. La ropa chorreante ha convertido tu suelo en Venecia y la casa apesta tanto a suavizante que Mimosín podría morir asfixiado. Abres las ventanas para ventilar, pero resulta que entra una ráfaga huracanada y se te congela el lacrimal. Cierras. Limpias la casa, vuelves a mirar si el niño duerme, le pones un espejito bajo la nariz y compruebas que respira, bajas al super y a la farmacia por sexta vez en lo que va de día, subes, preguntas a tu madre si el niño sigue dormido, que sí, hija, vas tú a comprobarlo porque no te fias ni de tu madre, planchas hasta que se te hiperdesarrolla el brazo como a Popeye, te ruge el estómago, pones una taza con agua a calentar en el microondas para hacerte una sopa de sobre, respondes a llamadas de gente que te felicita y te pregunta si el niño está bien, cuánto pesó, cuánto midió, si tú estás bien, si come bien, si duerme bien y, sobre todo, la pregunta de rigor: si le estás dando el pecho. Esto último no falla. Es la pregunta que cae siempre en el examen de madre primeriza.

Conocidos y desconocidos te adoctrinan sobre las propiedades de la leche materna, sus vitaminas, minerales y oligoelementos. Te dicen que es una fuente de salud rebosante de ácidos grasos esenciales y vehículo de las vitaminas liposolubles. ¡Liposolubles! Trae que me voy a tomar yo once litros a ver si me absorbe estas cartucheras que tengo, que la lipo cuesta una pasta. Tú, por supuesto, les dices que sí a todo, sí, sí, sí, sí, y ellos a machamartillo con que tienes que dar el pecho, y tú que sí, que tranquilos, que te pasas el día con la tetra fuera, como la Cicciolina. Si se te ocurre confesar que a tu bebé le das biberón, te echan una bronca monumental y entonces tú te conviertes en un oligoelemento, madre despreciable y horrible que no quiere ejercer el acto natural de amamantar a su pobre infante.

Esto te acaba de recordar que queda menos para el biberón. Aceleras, recoges la ropa seca, compruebas si hay pañales, gasas, cremitas, toallitas, no, mierda se me olvidaron, que baje mi madre a la farmacia, suena la puerta, recibes a gente que se planta en tu casa sin avisar porque creen que te aburres, les dices que abran la nevera y cojan lo que quieran, como si se quieren llevar la nevera a cuestas. Pero que se vayan. ¿Respirará el niño?, oye mejor quedamos

con más calma otro día, adiós disculpa pero ya sabes en fin, suena un ¡clín! y recuerdas la taza que dejaste hace media hora en el microondas. El agua borboteara salvaje, descontrolada, el microondas chorrea por las cuatro esquinas. Agarras la taza ardiendo y te dejas la mitad de las huellas dactilares en el asa. La envuelves en un paño, viertes una sopa de sobre de la que sale un polvo verde con rectangulitos naranjas. Una foto estupenda asegura que es crema de doce verduras con pollo. Das un sorbo a la taza, te escaldas el labio y la lengua, y te cagas en el señor Knorr, en la señora Maggi, en San Campbell y en la madre que parió a todos juntos. Dejas la taza, y cuando llevas la mano a la boca para ver el volumen de la hinchazón observas tus uñas llenas de roña. Te quedan tres minutos para ducharte, ir al baño, comer y, cuando te acuerdes, si es que te acuerdas, lavarte el pelo. De depilarse, mejor ni hablamos.

Finalmente el niño acabó por dormirse, y cuando tenía dos meses aguantaba casi toda la noche. A pesar de mis desvelos, no había dejado de respirar. Si lograba no desmayarme del cansancio, tal vez tuviera tiempo de contemplar mi lamentable estado físico y, por supuesto, estético.

A solas en el baño, delante del espejo, revisaba mi maquinaria, que presentaba pelos, espinillas, una sobaca peluda que daba miedo verla, canas y restos resecos de leche pegados por toda la piel. Palpé mis pechos, que por la fuerza de succión habían tomado la forma de una gigantesca pera, cayéndose y alargándose igual que los de una indígena de *National Geographic*. Acaricié mi vientre, había perdido bastante peso, pero necesitaba reafirmarlo con urgencia. Tenía las uñas con padrastras y mi pelo exudaba más aceite que el pollo de un asador. Las raíces, las canas y los restos orgánicos de dudosa procedencia pegados a él, tampoco ayudaban.

La voz de mi novio llamando desde nuestro dormitorio rompió mi concentración y me hizo recordar la cuarentena aquella famosa, que ya iba camino de los dos meses y medio, además del mes largo que habíamos pasado de sequía antes de que naciera Pablo. Imaginé a mi chico contando los días y las noches, como un preso marcando su condena sobre la pared de la celda. Yo también necesitaba un revulsivo en mi situación afectiva. Si un gitano me hubiera hecho la prueba del pañuelo, habría sacado una telaraña de mi entrepierna. Así de mal estaba la cosa. Lo más erótico que me habían dicho en los últimos meses había sido «Déjame que te coja la tetina», y «Luego te toco abajo». La primera, mi novio ayudándome a preparar un biberón, y la segunda, mi madre avisando de que iba a llamar al telefonillo.

Apagué la luz del baño y me metí en la cama con más rutina que decisión. Tanteé su cara en la oscuridad y le di un beso de buenas noches en los labios. Me

giré hacia un lado, dándole la espalda, golpeé la almohada para colocar el relleno, y posé mi cabeza, exhausta. Juan no tardó en hacer el primer movimiento de aproximación. De costado, se acopló a mi cuerpo y comenzó a besarme la nuca. Pasó la yema de sus dedos por mi hombro, se aproximó a mi oreja y apartó el cabello que la cubría. Podía notar su aliento aumentando su ritmo a cada segundo. Besó mi cuello dulcemente para inmediatamente seguir su recorrido por el lóbulo de mi oreja. Comencé a sentir unos deliciosos escalofríos. «Te he echado de menos», susurró. Dejé escapar un leve, casi inaudible, gemido, mostrando mi aprobación. Encajó su pelvis contra mis glúteos y noté su excitación. Deslizó su mano por mi brazo, cintura y muslo en una larga caricia. Antes de que tomara el camino de mi ingle le pedí que continuara con las caricias. «Me gustas», me dijo. Noté su mano levantando el cabello de mi nuca. El escalofrío se hizo mayor y mi piel se erizó, despertando sensaciones que llevaban meses arrumbadas entre montañas de pañales, papillas y cremas. «Dime algo sucio», le incité mimosa y juguetona, mientras entrelazaba sus dedos entre mi cabello.

Y él, con voz cálida, sugerente, paladeando cada sílaba, me respondió:

—Tu pelo.

*Mi madre me ajusta el cuello del abrigo,
no porque empieza a nevar, sino para que empiece a nevar.*

CÉSAR VALLEJO, «*El buen sentido*».

Yo soy la madre de César Vallejo. En realidad, todas las madres lo somos. Cuando estás embarazada te alertan de que tu cuerpo crecerá y se deformará, el riñón se pondrá a la altura de la glotis y el estómago en la rabadilla; pero lo que no dicen es que algo en tu cerebro también está creciendo. Y ese algo es una especie de glándula, o bolita, o chip, o neurona o como quieras llamarlo que activa un sensor hipersensible. Una especie de clítoris del peligro que te mantiene en permanente excitación.

Todo es susceptible de ser peligroso. El mundo en que se mueve tu bebé se transforma en un quirófano que debe permanecer aséptico e impermeable, y del que la única responsable eres tú.

Quitas las plantas del dormitorio por si absorben todo el oxígeno y dejan al niño chupado y reseco como una pasa, miras la etiqueta de la ropa con una lupa de veinte aumentos para asegurarte de que es algodón 100%, y luego la lavas aunque venga metida en una bolsa al vacío. Desinfectas en el microondas los chupetes, los sonajeros, las cucharas y todo lo que quepa. Y si fuera más grande, hasta tú te meterías dentro. Si el niño llora le ponemos una manta, si sigue llorando, otra; sino para de llorar le quitas todas las mantas y le tomas la fiebre con el termómetro en el sobaco, luego en el culo por si estaba mal la otra medida, y finalmente uno en el sobaco y otro en el culo, uno de mercurio de los de toda la vida y el otro digital.

Las madres limpiamos a nuestros hijos como si en vez de querer quitarles legañas le quisiéramos quitar el ojo entero. Tú pones a una madre haciendo *peelings* en un salón de belleza y te convierte a la abuela de la fabada en Miss Mundo. Cuando sacamos a nuestro churumbel a pasear, lo peinamos con escuadra y cartabón, le limpiamos los mocos como si buscásemos petróleo y hurgamos en sus diminutos orificios nasales con el afán de un deshollinador. En verano, untamos su delicado rostro de protección solar total, protegemos la cabeza con un gorrito, luego encima la capota del cochecito, luego la sombrilla, para que el sol no le pegue de lado, y si pudiéramos, lo pasearíamos bajo palio. Si hace frío, tocan manoplas, forro polar, body, camiseta, camisa, jersey, chaqueta, abrigo, bufanda, calcetines, leotardos, un buzo, y encima un gorro, y encima la capucha de la chaqueta. ¡Ay, que pena que no tenga dos cabezas para ponerle más gorros! El niño lleva más capas que una cebolla y se mueve menos que un

teleñeco en una cama de velcro. Parece uno de esos policías vestidos para entrenar a perros asesinos.

Todo vale para que el niño tenga la piel bien y esté limpio, y sin mocos, y guapo, y no se queme, y no se resfríe, y no se arañe, y no se golpee, y no sufra, y no nada de nada.

No se trata de que no podamos verle sufrir, no. Es mucho peor: ¡no podemos soportar la idea de pensar que podemos llegar a verle sufrir!

Eso por no hablar de los llantos de la noche. Dramón. Por un lado hay un *best seller* que insiste en que dejes llorar al bebé hasta que se ponga de color violeta, y por otro, un manual que también ha vendido un huevo de ejemplares que insiste en que lo abrases. Al niño, no al libro. El niño grita tanto que va soltar el pulmón por la boca. Y tú, en el umbral de la puerta, atacada, no sabes si entrar o no. ¿A qué libro hago caso? Te mueres de la indecisión: ¿corto el cable rojo o corto el azul? Sobre tus hombros, cual ángel y demonio, aparece el primer autor gritándote: « ¡Que llore! ¡Te está haciendo chantaje emocional, te va a coger la medida! ¡Sé dura! », y en el otro hombro el segundo experto: « ¡Mala madre! ¡Que se te va a desgañitar! ¡Abrázalo un poquito, coño, que es gratis! ».

Tú no sabes si tirar para un lado, para el otro, colgar al niño de un gancho en el techo y balancearlo o colgarte *tú* del gancho. Sus gritos aumentan en paralelo a tu angustia. Imaginas la ciudad a oscuras y en silencio, durmiendo plácidamente, y el llanto de tu criatura irrumpiendo con fuerza, haciendo que se vayan encendiendo las lucecitas de los edificios. Miras el reloj y ves que solo han pasado tres minutos, ¡tres!, pero a ti se te ha llenado el pelo de canas y la vida de arrugas.

Al final, el instinto maternal se impone: vas a la cuna, donde tu bebé te mira con carita de cordero degollado, como preguntándote: « ¡MADRE! ¡Por qué usted y padre me han dejado aquí! ¡Madre, hace frío! ¡Respóndame, madre! ». Lo coges en brazos, lo besas, lo besas mucho, y al momento el bebé se duerme, cae inconsciente sobre tu hombro. Su paz, cual espíritu o alma, parece abandonar su cuerpo, una neblina casi transparente que te rodea y te contagia a ti también y te hace ser aún más feliz.

Luego el niño crece, lo agarra todo con la mano, se apoya en todos lados, gatea por la calle, por los suelos de los centros comerciales, se mancha tanto que ya no tienes ropa limpia y coges la camiseta esa que tiene un lamparón pero que bueno, ni se nota, y se la pones y ya ni te acuerdas de lavarla ni de mirar la etiqueta. Apartas clips, tapones, pilas, esquinas, escalones, ceniceros, vasos... Cuando te lanzas a evitar que se coma un puñado de arena del parque él ya está a cinco metros subiendo al tobogán por la rampa mientras otro niño baja. Tu hijo es más rápido que tus reflejos y tus angustias. Corres a quitarle una taza de café hirviendo que está a punto de agarrar y en medio segundo ha cambiado de rumbo y ya tiene agarrado tu plato de galletas. Abre un cajón y saca el cuchillo

de cortar el pan, luego agarra la olla exprés con tapa y silbato, luego todo junto: el cuchillo, la olla, el café, las galletas y la picadora Moulinex encendida. Todo lo toca y todo lo echa a la boca, y a ti se te olvidan los temores iniciales y dejas que se manche, que llore, que se caiga, que aprenda, que mire, que eche mano de lo que quiera, pero a ti que te echen un chute de Red Bull, ¡a ti!, pero no a la boca sino en vena, que actúa más rápido. Haces más ejercicio en una tarde que en todos los días de tu vida juntos, que te ríes de las clases espíidas aquellas de batuka, kabuki y zumbaka, a las que —por cierto— no volví a ir más después de aquel día.

Pero de pronto tu criatura se detiene. Despues de cuatro horas saltando, corriendo gateando, tratando de levantarse, cayéndose de culo, de lado, agarrando, tragando, parloteando, se para.

Paz, por fin.

Respiras hondo, tus pulsaciones bajan, el corazón recupera el compás de su latido habitual. Miras fijamente a tu hijo, tranquilo como un bendito. Pasa un segundo, dos, tres... Qué tranquilito está... cuatro, cinco... demasiado tranquilo... seis, siete, ocho... ay, a ver si está así porque le duele algo... nueve, diez, once... ay, ¿no tendrá fiebre?... doce, trece, catorce... voy a por el termómetro... quince, dieciséis...

RAZONES DE PESO

Los famosos mienten. Comer cinco veces al día no adelgaza. Yo durante el embarazo comía diez o doce o las que pillase y subí veinte kilos. Comía con un ansia como si me fuera la vida. Parecía una concursante de la chorrada esa que hacen todos los años en Nueva York de comer perritos calientes contrarreloj y que siempre gana el mismo chino. Yo creo que el chino es en realidad una señora embarazada.

Antes de dar a luz todo el mundo era condescendiente con mi saque justificándolo con que comía por dos —por dos docenas debía de ser—, y que, en cualquier caso, al parir bajaría de peso. Si ya es difícil bajar los típicos killos que siempre le sobran a una, veinte no te quiero ni contar.

Cuando aquel trece de diciembre nació Pablo, los presagios se cumplieron en parte. La buena noticia era que había perdido nueve kilos la primera semana; la mala, que todavía me sobraban once. Y estos no estaban dispuestos a marcharse tan fácilmente.

No era tarea fácil. Toda forma de bajar peso, sea mediante dieta o mediante ejercicio, tiene siempre una parte incómoda que lo jode todo. Un *algo* que destruye por completo todo incentivo y se convierte en la excusa perfecta para abandonar cualquier pretensión de bajar peso. Si te apuntas a un gimnasio, los vestuarios serán pequeños y olerán a pies; si juegas al tenis en un lugar maravilloso, idílico, con los amigos más divertidos, estará lejos. Si puedes ir andando, te dará un calambre en el tobillo. Si te lo curan, se te romperá la raqueta. Si te apuntas a una piscina, te dejarás el gorro. Si te lo venden en unas máquinas, no tendrás monedas, y si las tienes, comprarás el gorro y te lo comerás. La mente encontrará mil y un mecanismos de frenar cualquier intento de reconducir tu vida, lanzándote al abismo de la gula, el vicio y el descontrol.

En mi caso, me venció la vida sedentaria de los cerca de cinco meses que pasé de baja maternal —diecisésis semanas, más el tiempo de lactancia y unos días que me debían de vacaciones—. Poco a poco aprendí a organizar mi tiempo, a domar la colada y la plancha. Pablo manchaba menos y dormía como un bendito, y mis horas muertas aumentaron exponencialmente. Sin darme cuenta, me puse a tragarme como una foca, y a los once kilos de más le añadí otros cuatro. Tenía la esperanza de que al regresar al súper dejaría de comer. Craso error. Conciliar vida laboral y familiar a base de pegarme carreras yendo y viniendo del metro, de organizarle la vida a mi madre en función de mis turnos para que viniese a cuidar a Pablo a una u otra hora, y de tener que dar el biberón mirando el reloj, provocaban en mí un terrible estrés que solo podía calmar zampando. Almorzaba el doble de lo normal, sacaba a pasear a Pablo y aprovechaba para tomar un café solo para justificar el poder comerme un bollo. Me miraba al espejo y me entraba tal ansiedad que seguía comiendo. Tanto engordé, que en el

ascensor de mi casa estuvieron a punto de poner un cartel que decía: « Capacidad máxima: 4 personas o Puri». Me propuse seguir una dieta a rajatabla, la que fuese. Y lo cumplí con creces.

Hice la dieta disociada, la de proteínas, la de carbohidratos, la Atkins y la Jenkins (que no era el baile de izquierda-izquierda, derecha-derecha), y la de inflarme a batidos saciantes que cumplieron fielmente su función: acabé saciada de batidos. Probé una dieta estricta depurativa de alcachofas. Desayunaba, comía y cenaba alcachofas. Me convertí en una máquina de cortar alcachofas. Un *marine* de la huerta. Durante siete días y siete noches devoré alcachofas gratinadas, crudas, fritas, menestra de alcachofas, alcachofas con jamón, con bechamel, buñuelos de alcachofas, alcachofas rellenas, cocido madrileño de alcachofas, bocadillos de alcachofas, brochetas de alcachofa, ¡infusiones de alcachofa! Parecía el negro amigo de Forrest Gump, pero en vez de pasarme el día pensando en gambas, pensaba en alcachofas. Al séptimo día, la depuración hizo su efecto en forma de rugido de auxilio, de grito primitivo, ancestral, desde lo más profundo de mi intestino. A través de mis ojos, especialmente del tercero, vi pasar ante mí mi vida entera. Ahí estaba el famoso pasillo del túnel de la muerte, pero lo peor era que al final no había una luz, ¡¡había una alcachofa!!

Entonces me hablaron del libro de la dieta Dukan, y lo compré. En la portada estaba el doctor homónimo mirándome con media sonrisa propia de un cura de colegio jurándose protección porque es amigo tuyo y unos ojos que eran la pena absoluta. Parecía el hermano triste de Manolete. Era como si se hubiera pasado mes y medio pelando cebollas. Por el contrario, el libro estaba escrito con un optimismo contagioso, regado con mensajes alentadores como « ¡Podrás comer lo que quieras!» o « ¡Puedes inflarte a refrescos *light*!», y « ¡¡Come pollo, carne y verduras a toneladas!!!». ¡Coño, esto no era una dieta, era jauja!

Nada más iniciarla, el sueño comenzó resquebrajarse. « Sugiero que comes bistec de caballo». ¿Cómo, perdón? ¿Dónde encuentro yo un caballo a estas horas? ¿Vale con un pony? En ese caso, ¿tengo que comer el doble de lo que pone en el libro? Pasé página. « El salvado es muy bueno». Primero que comiera caballo, luego salvado... Si seguía leyendo seguro que la dieta terminaba yendo a un herrero a que me hiciera zapatos y luego un enano se me subiese a la chepa y me sacase de paseo mientras me fustigaba viva. No la había empezado, y ya me estaba cayendo mal el doctor Dukan. « El azúcar no es necesario». Si eres Gandhi, desde luego, pero yo sin azúcar es que no puedo vivir. El libro animaba a sustituirlo por palitos de cangrejo, un sucedáneo de mierda que en realidad es aglomerado de restos de pescado, pintados de rojo y blanco. O sea, como si te dicen que un mueble contrachapado de Ikea es una cómoda Luis XVI. Si comes palitos de cangrejo en una ensalada con lechuga, tomatitos y tal, pues están pasables, pero si tienes que comer setenta palitos al día, así a palo seco, no entran ni inflándote a refrescos *light*.

Pero me había propuesto cumplir la dieta, y estaba decidida a hacerlo.

Aguanté tres días como una jabata, pero al llegar el fin de semana la cosa se empezó a torcer. Simona me invitó al noveno cumpleaños de Candela. Obviamente, no iba a aparecer yo con la bolsa de salvado atada a las orejas o con un *tupper* de filetes de percherón. Así que por quedar bien me comí dos bandejas de croquetas, diez mediasnoches (lo que vienen siendo cinco noches completas) y dos sándwiches de Nocilla. Dos días después mi abuela volvió a hacer bizcocho y como soy tan buena nieta me lo volví a comer entero. A cada bocado, la cara del señor Dukan se iba haciendo cada vez más triste; la mía, más sonriente.

Cerré el libro y lo abandoné en mi estantería y regresé a mi vida tragona y sobrealimentada.

Cada vez que pienso en los millones de hombres y mujeres que hay como yo en el mundo, entiendo por qué el pobre doctor tiene esos ojillos de pena, y esa sonrisa de desengaño.

BALADA DE LA CASA EN CENAS

Esta mañana, amor, tenemos veinte años.

RAFAEL ALBERTI, «*Retornos del amor en las arenas*».

La llegada de Pablo trajo una rutina de horarios que se fue solapando a nuestra vida en pareja, levantada sobre los cimientos de unos hábitos compuestos por horarios y gestos que, de tan repetidos, se habían vuelto inconscientes e irreflexivos. Los antiguos besos, horarios, paseos, sexo, comidas y cenas se fueron diluyendo con el paso de los días. Los dedos de uno y de otro dejaron de entrelazarse y ahora sujetaban un carrito o un bebé o un vacío. El cansancio venció al deseo, las voces disonantes a los murmullos. En la mesa del comedor ya no había flores, solo las sobras del almuerzo desnudo de lo cotidiano y el recuerdo hambriento de una primavera.

Aquella noche dejamos a Pablo al cuidado de mi madre y salimos a la calle con el ímpetu de una primera cita y la promesa silenciosa de retomar aquellas remotas sensaciones que una vez despertaron nuestros instintos: atraparnos en la mirada del otro, perdernos en un beso perdido, enredarnos en los dulces sonidos de las palabras vacías y susurrarnos «*Esta noche, mi amor, tenemos veinte años*».

Quisimos ilustrar aquella fábula con una cena, velitas, una película tonta y unas palomitas saladas con refresco gigante. Quincalla que no servía para enmascarar el teatro tras la cortina de nuestros actos.

Estábamos siendo víctimas de nuestra propia ilusión.

Paseábamos por la ciudad y nos sentíamos extranjeros en nuestra propia rutina. Nómadas de una realidad ajena que alguna vez nos perteneció, observando el mundo desde un cristal situado a millones de kilómetros de distancia. En los bares, la gente bebia, reía, y nosotros seguíamos nuestro camino, con Pablo en la cabeza. Tratábamos de abstraernos en conversaciones fútiles, pero siempre llegábamos a un punto de silencio que era él.

Tenía esa sensación, previa a hacer un viaje, en que haces un repaso mental de lo que llevas contigo a sabiendas de que has olvidado algo importante: cepillo de dientes, pasaporte, billete, jersey... Repites la lista como un mantra hasta que logras caer en la cuenta de qué has olvidado incluir, y entonces, solo entonces, tu mente queda liberada de esa carga. Algo así sentimos, incapaces de desprendernos del peso que nuestra cabeza ejercía sobre nuestros pasos, sobre la totalidad de nuestro cuerpo. No era preocupación, sabíamos que Pablo estaba en buenas manos. Era, pura y simplemente, que echábamos de menos a nuestro hijo, la cómoda rutina de pañales, papillas y horarios establecidos.

Comprendimos entonces que los viejos hábitos eran irrecuperables, que era nuestro deber amalgamar las viejas y las nuevas costumbres, en lugar de dirigir nuestros pasos hacia el espejismo de un desdibujado pasado.

Regresamos poco antes de la medianoche. Despedí a mi madre con un beso. Pablo dormía profundamente, boca arriba, sus brazos y piernas separados en un gesto de entrega de quien se sabe puro, transparente y en paz. Un mar en calma en mitad de la tempestad de nuestra cotidaneidad.

Agarré de la mano a Juan y lo conduje hasta nuestra cama. Enredados, resbalamos bajo las sábanas y nos sumergimos el uno en el otro. Suavemente, casi inocentemente, fuimos rescatando los besos perdidos y las sensaciones abisales que dormitaban en la paz del caos infinito y en el arrullo de un mar dormido.

DOROTEA

Odio los villancicos. Odio las grabaciones del año del pedal de niños cantando con ese tonito odioso. Odio los villancicos de Frank Sinatra con un toque de *jazz* que ponen en las tiendas *cool* como alternativa *cool* a los primeros, y odio los villancicos que canta Raphael año tras año en sus especiales de televisión, que me tiene de su ro-po-pom-pom hasta el mismísimo porrompompero. Raphael, cállate ya, pesao.

Los toleraba, mejor o peor, antes de entrar a trabajar al súper, pero cuando estás oyendo el «Campana sobre campana» todos los días desde el quince de noviembre hasta el quince de enero, la cosa toma un cariz mucho más dramático. Si algún día veis en las noticias a una cajera esposada por la policía mientras dice: «No lo quería hacer, lo siento, oí unas vocecitas en mi cabeza y me ofusqué», seré yo. Y las vocecitas que retumbaban en mi cabeza, los villancicos.

Las Navidades son las fechas de las compras a mansalva, una masa humana que inunda, y posteriormente arrasa, el supermercado en busca de comida, bebida, juguetes y regalos como si les fuese la vida en ello, como esos americanos que cuando oyen hablar de una tormenta tropical se compran cuarenta y cinco linternas, cien paquetes de pilas y doce garrafas de agua. Yo siempre me pregunto: ¿pero no les sobrarán linternas del último huracán? Joder, deben tener como mil linternas en casa. ¿Qué hacen con ellas? Yo sé la respuesta: se las comen. Por eso están tan gordos, porque de comer hamburguesas no te pones en trescientos kilos. Tú le echas *ketchup* a una rata muerta y solo te sabe a *ketchup*. Con las linternas debe ser igual. Las ponen en un plato bañadas en salsa de tomate y con las pilas alrededor como patatitas fritas, y se pegan un festín de aquí te espero. Me juego el cuello.

En nuestro súper, en cambio, el huracán de las fiestas navideñas hacía volar las cajas de turrón, los langostinos frescos, los congelados, los bizcochos y los pasteles; los juguetes educativos que el niño acababa tirando a la basura y los juguetes de construir cosas que acababa terminando el padre o el abuelo; videojuegos para la equisbos, la pleisteishon, la güi, la nintendo, la aguachifó y la guachimen, juegos de mesa, más langostinos, más turrón, y por encima de todos, eterna y perenne: la muñeca Dorotea.

Cada Navidad, desde hacia cuatro años, Dorotea aparecía por boca de algún cliente. Siempre las mismas preguntas, y siempre las mismas respuestas:

—Señorita, busco la muñeca Dorotea, que brinca, caga y mea —había que reconocer que como eslogan era impagable.

—Lo siento, no tenemos constancia de que haya unidades disponibles, ya nos lo han preguntado —respondía yo mecánicamente—. Son treinta y seis con ochenta y cuatro. ¿Va a pagar en efectivo o con tarjeta?

Nunca eran más de dos o tres los que preguntaban por ella, y siempre me prometía indagar sobre aquel curioso fenómeno, pero al final me olvidaba, señal de lo poco que me interesaba el asunto.

Sin embargo, el destino es caprichoso y quiso que mi primera Navidad en «Atención al cliente», tras mi parón maternal, un *blog* recuperase la vieja historia de Dorotea. De la bitácora saltó a Facebook, de ahí a Tuenti, Menéame, a Twitter, y por fin a un diario de tirada nacional, que catapultó a la incontinente muñeca al estrellato. De todo esto me enteré mucho después, claro.

Hasta entonces solo sospechaba que algo anormal había ocurrido cuando, aquella mañana de viernes, a solo tres semanas de Nochebuena, nada más abrirse las puertas cinco madres me preguntaron por ella. A medida que avanzaba el día, la cifra de curiosos incrementaba exponencialmente. Cerca de las doce, medio centenar de personas habían pasado por mi mostrador. Con la número cincuenta y uno estuve a punto de perder los nervios.

—¿Sabe en qué pasillo puedo encontrar a Dorotea? —preguntó un hombre de unos cuarenta años que empujaba un carrito con un bebé. Se refería a la muñeca como si fuera una de la plantilla.

—No la tenemos.

—Sí, mujer —interrumpió. Lo de «mujer» me tocaba un poco los ovarios—, la muñeca que brinca, caga y patalea.

—Caga y mea —corregí.

—¿Ve como la conoce? O sea que existe.

—No, caballero, es que me lo preguntan cada cinco segundos. Cómprese un puzzle, que ejercita la mente.

—Eh, eh, oiga, sin faltar —volvió a interrumpir, visiblemente molesto—, ya la busco yo, porque anda que...

El chorreo de gente subía y subía como la espuma a la misma velocidad que caía en picado mi paciencia. Terror en el hipermercado, Dorotea había desaparecido y nadie sabía cómo había sido. Pregunté al responsable de juguetes si me había perdido algo, porque no entendía nada de lo que estaba pasando. «No, que yo sepa», respondió, y para asegurarse preguntó al de almacén, que tampoco tenía ni idea —para variar—. Pedí permiso a Justo para colocar un cartel en mi mostrador advirtiendo de que no teníamos muñecas, pero se negó en redondo.

—Tiene que ser autorizado por dirección, Puri, ya lo sabes.

Normal, como no tenía que estar escuchando a una horda de padres desatados cantando las propiedades mingotorias de la Dorotea un minuto tras otro, le daba igual que a mí me pusieran la cabeza como un bombo. Agarré el teléfono móvil a sabiendas de que estaba prohibido hacer llamadas.

—Simona, soy yo. Oye, ¿tú no sabrás algo de una muñeca Dorotea que se va por la pata mientras salta y hace nosecuantos cosas más?

—Uy, si mona, pero no hay manera. Está agotadísima. Está Candela como loca.

—¡Pero si es una muñeca pelá y mondá!

—¿La has visto? ¡Ay, consígueme una!

—No, pero tengo aquí a medio Madrid preguntando y nadie sabe nada.

—Ay, yo estoy igual, reina. He llamado al director de planta de El Corte Inglés de Goya, que es muy amigo mío, y al sobrino de una compañera de trabajo que está en Imaginarium, pero nada. Es como si no existiera.

Al día siguiente lo primero que hice fue preguntar a Justo si tenía noticias de los distribuidores. Negativo. Tampoco había habido suerte en conseguir un cartel que anunciasse «Existencias agotadas», «No tenemos a Dorotea» o un críptico pero directo: «Dejen de dar por saco con la muñeca». Era sábado y, si nadie lo remediaba, hoy amenazaba con liarse una gorda.

Y se avecinó.

Desde las diez que abrimos hasta que salí, una marabunta de padres, madres y niñas inquirieron con insistencia por su polifacética amiguita. Dorotea no es que fuera una pesadilla mayor que Chucky, el muñeco diabólico, ¡era la que lo había entrenado para ser tan cabrón! La gente insistía en cantarme las funcionalidades de la inocente marioneta, como si la tortura de oír el *jingle* me hiciese confesar: «¡¡¡Sí, la tengo, lo admito, está en el pasillo veintinueve, pero parad de cantar!!!».

Llegué a casa a las dos y, a pesar de que tenía un agujero en el estómago del tamaño de la noria de Londres, me propuse encontrarla en foros de Internet, sitios de subasta, *blogs* y donde hiciera falta. Tanto si había quinientas, doscientas, diez o una sola muñeca, me haría con todas. Me dejaría los ahorros de mi padre, de mi madre y hasta los míos si hacía falta. ¡Dorotea sería por fin mía y solo mía! —risa maléfica—. Luego llegaría al súper, las subastaría por un trillón, me las quitarían de las manos, sería multimillonaria, me compraría la fábrica de la muñeca y le prendería fuego.

Navegando por el ciberespacio descubrí que la fama arrancaba porque la hija de no sé qué princesa de la realeza europea había aparecido en una revista del corazón sujetando un juguete idéntico que, eso sí, no defecaba ni saltaba ni hacía absolutamente nada —como la realeza europea—. Lo había fabricado a mano un conocido artesano, y regalado a la joven heredera. Inmediatamente, una diminuta fábrica clandestina polaca había copiado el modelo original y, para hacerla más comercial, le había añadido sus prosaicas cualidades. A fin de evitar posibles denuncias por plagio —aseguraban los foros de Internet—, la habían puesto en circulación con varios nombres: Dorotea, Maryla y Annette. Este último era sin duda mi nombre favorito, perfecto para dar una vuelta de tuerca a los mensajes publicitarios: «Annette, aprieta fuerte el ojete», «Annette manchará tu tapete», «Annette, haz tus cositas y vete», «Annette, yo que tú le

pondría un taponcete» . Aquello no tenía fin.

Logré encontrar la supuesta foto de la niña con la muñeca, pero la calidad era tan ínfima que perfectamente podría haber llevado en la mano un hacha o un cazamariposas. Lo que no encontré fue una sola fotografía de Dorotea, ni un solo vídeo o un enlace a la fábrica polaca. Me vinieron a la mente las palabras de Simona: « Es como si no existiera» . Tuve una coronada: tecleé en Google decenas de combinaciones con el nombre Dorotea: bulo, mentira, *hoax*, *fake*, trola... Tras media hora probando enlaces que engrandecían la leyenda o maldecían a los grandes almacenes por su falta de stock encontré un foro que me condujo hasta la respuesta que buscaba. La sospecha se confirmaba: Dorotea era un chiste banal que se había ido de madre. Una pequeña bola de nieve que había rodado de boca en boca, hasta tomar carrerilla en las redes sociales donde se había convertido en la inmensa noticia que todos conocíamos y que, cual gigantesca hemorroide, yo sufría en silencio desde mi mostrador de aglomerado.

Averiguado el paradero de mi querida amiga de plástico, ahora quedaba convencer a los padres de que les habían tomado el pelo. Tenía que pensar en algo antes de que llegase el domingo. Mi novio y mi hijo Pablo interrumpieron mi concentración. Llevaba dos horas pegada al ordenador y el padre de la criatura estaba reventado de correr detrás de él, protegiendo las esquinas, los enchufes, las ventanas y demás objetos que el terremoto de mi chiquillo encontraba a su paso.

El domingo amaneció soleado, pero en el interior del súper se avecinaba una tormenta de aquí te espero. Respiré hondo. Con las celebraciones a la vuelta de la esquina, doblábamos turnos y trabajábamos a destajo para atender la demanda. A las diez en punto abrimos puertas. Los clientes iban pasando y de momento nadie se acercaba a mi mostrador. A las once solo había atendido la devolución de una batidora y señalado la ubicación de los cuartos de baño. Tanta calma me empezaba a mosquear. Finalmente, a las doce llegó una madre con su hija pequeña de la mano. « Agárrate, Maripili, que empieza el jolgorio» , me dije.

—Buenos días señorita, estamos buscando la muñeca...

—No existe —interrumpí—. Lo siento, buenos días, de nada —sonréi falsísima.

—Pues en el folleto que viene hoy con el periódico está la foto con precio y todo —insistió la progenitora mostrando un catálogo lleno de fotografías de juguetes. Como estuviese ahí la Dorotea, se iba a cagar el del almacén. Brincar y mear no sé, pero cagarse, fijo.

—¿Me permite, señora? —agarré el papel e inspeccioné de arriba abajo—. No está la muñeca Dorotea, señora, es lo que le estoy diciendo, no existe.

—¿Qué Dorotea? ¡Yo estoy buscando las *Monster High*! —¿Cómo? ¿Las *monster jarl*? ¡De qué leches me estaba hablando?—. No me diga que no las tiene porque llevo ya tres tiendas, y yo ya no puedo más, que está Madrid lleno de

coches y esto es una locura.

Me volvió a mostrar el folleto y entonces lo vi: una tropa de muñecas anoréxicas con un cabezón inmenso, vestidas de estilo gótico. En algún lugar del mundo, una mente inquieta había cazado al vuelo la moda de los vampiros adolescentes, y parido unos muñecos —con abrumador *merchandising* y serie de televisión incluida— donde las hijas de Drácula, la Momia, Frankenstein y el Hombre Lobo pasaban los días en el instituto, más preocupadas por hacerse las ingles brasileñas y colocarse el DIU correctamente que por las ristras de ajos y las balas de plata.

—Yo quiero Draculaura —exigió la pequeña.

Qué mal rollo de niña. Si yo fuera su madre dormiría con un ojo abierto y la escopeta cargada.

Cuando yo era pequeña, Drácula daba miedo, pero ahora era lo más divertido del mundo. ¿Cómo iba el rollo este de los juguetes vampíricos? ¿Podías sacarlos de la caja? ¿O si les daba el sol se derretían? ¿En vez de vestirlos con complementos superdiversión tenías que clavarles un destornillador de estrella en el pecho? ¿Cuáles serían esos complementos? ¿Una ouija? ¿Una guadaña? A todo esto, ¿dónde celebraría esta niña los cumpleaños? ¿En la hamburguesería de toda la vida o en el cementerio de la Almudena? Demasiadas preguntas. Me estaba haciendo mayor.

Agarré el teléfono y llamé a Justo, quien entre resoplidos de esfuerzo me respondió que no daban abasto reponiendo las muñecas y que acababan de colocar un montón en cabecera de góndola, en el cruce entre el pasillo cuatro y el cinco. Le indiqué el camino a la señora, que sonrió como si hubiera encontrado el arca perdida y el Santo Grial juntos.

—Tienes que elegir cuál te gusta para que se lo pidamos a los Reyes Magos, ¿de acuerdo? Pero tienes que portarte muy bien, muy bien, ¿sí? —La niña asintió obediente.

Tras madre e hija, aquel día siguieron la estela de los pasillos cuatro y cinco cientos de familias, que a lo largo de las Navidades se convirtieron en millares de fans de las siniestras muñecas. De un plumazo, Dorotea había sido borrada del mapa. Las niñas ya no querían ser princesas, aventuró Joaquín Sabina. Lo que no se podía imaginar ni en sus peores pesadillas era que ahora querían ser vampiras, criaturas de la noche, lúgubres y radicales, pero sin renunciar a su barra de labios, su colorete, su sujetador con relleno y su noche de pasión con el guapo del instituto.

Me encontraba exhausta de tantas emociones. Necesitaba llegar a casa cuanto antes.

TIEMPO DE VIVIR

Ha llegado aquel famoso tiempo de vivir.

MARTÍN MICARVEGAS, «*Tiempo de vivir*».

Son las ocho de la tarde. Hace dos horas que ha anochecido y la falta de luz incrementa el cansancio que he ido acumulando a lo largo del día. Nada más abrir la puerta, Pablo acude a recibirme. Gatea veloz, con cara de felicidad absoluta. Concentrado y dando firmes palmadas sobre el suelo. Adoro este breve instante del día. Pablo se endereza, agarra mi falda como punto de apoyo y se pone en pie. Ya ha empezado a dar sus primeros pasitos. Se suelta, trastabilla como un borrachín con mareo de barco, y comienza su paseo. Al comprobar que se mantiene en pie, le entra un ataque de risa que le hace perder el equilibrio y caer de culo. En breve cogerá más confianza y vendrá la fase de correr detrás de él, las caídas, los golpes... Lo levanto por las axilas y lo abrazo mientras le colmo de miles de besos y respiro su suave aroma a natillas calientes. Pablo se enrosca contra mi pecho como un koala mimoso, encajando su pequeña cabecita entre mi cuello y mi hombro, mientras se chupa el dedo con fruición. Juan me saluda con un beso y los tres vamos hasta el salón, convertido en una enorme y caótica juguetería, con decenas de muñecos, peluches y objetos de todo tipo desperdigados por el suelo.

Nos sentamos los tres sobre la gruesa alfombra de lana, rodeados por unos cubos de plástico de colores. Dos de ellos son huecos y contienen en su interior unas sonajas, que Pablo aprovecha para agitar con vehemencia a modo de maraca. Juan levanta torres que Pablo analiza con gesto de concentración, como si cada movimiento desentrañase un teorema que explicase el origen del universo. Acto seguido, derrumba la torre de un manotazo y busca entre los escombros uno de los dos sonajeros, lo agita con ímpetu, nos mira, orgulloso de haber sacado el sonido a aquel extraordinario objeto, y un segundo después lo lanza al aire con desprecio, regresando a su búsqueda de nuevos juguetes y a su profunda abstracción.

«Te sientas enfrente y es como el cine, todo lo controla, es un alucine», decía la sintonía de un programa para niños en los años ochenta. Esa es la sensación que me produce ver a mi hijo: un poderoso ensimismamiento, que me traslada a esos documentales que muestran el crecimiento de una planta a lo largo de los meses, solo que en el caso de Pablo esa veloz sucesión de cambios no se produce por acelerar las imágenes; Pablo es real, impredecible, inmediato. Las transformaciones se suceden sin pausa delante de nuestros ojos sin una explicación coherente, sin una relación causa-efecto. Todo se nos revela, a

nosotros, sus padres, y a él, como algo mágico, iniciático. Me siento bendecida por el poderoso y a la vez cruel don de ser consciente de lo valioso de cada segundo de este tiempo de azúcar y sal que se escurre entre mis dedos.

Voy hasta la cocina a prepararme un café. Juan juega incansable, le lee cuentos, hace teatro con marionetas, se inventa canciones que entona con ese dulce acento que aún hoy, cuatro años y medio después, me sigue sabiendo a miel sobre gotas de lluvia. Juan es un gran padre. El mejor. Es un buen hombre, generoso, justo, afectuoso, y un buen amigo. Mi amor definitivo.

¿Cómo cambia la vida, verdad? Hace cuatro años, mi mundo se había venido abajo en una décima de segundo con un golpe de mano, igual que una de esas torres de cubitos de plástico con que ahora jugaba Pablo. Hoy volvía a tener el corazón contento, lleno de alegría, gracias a un hombre que me quería, me cuidaba, me respetaba y, sobre todo, y ante todo, gracias a Pablo, el sol de la mañana que entraba por la ventana de mi vida y me llenaba la vida de luz y de color. En la tómbola del mundo, yo tenía mucha suerte.

Agarro la taza de café y me dirijo hacia la mesa del ordenador situada en una esquina del salón. Abro el portátil y retomo la escritura de este libro, como llevo haciendo desde hace meses. Pablo gatea hacia mí, se sujetó en el borde de la mesa y se impulsa hacia arriba. Exige mi atención: Ççç+P^Ñ"Ç, golpea el teclado. Le acaricio el pelo y deslizo el dorso de mi mano por sus suaves mejillas. Juan, al quite, lo aparta para que pueda seguir trabajando.

Pronto Pablo se zafa, tira las tres torres de cubitos. Agita una marioneta y la lanza por detrás de su espalda. Se agarra a la mesa del comedor, coge el mando a distancia, lo golpea contra la mesa, y grita: « ¡Ah! ». Me mira y de nuevo grita: « ¡Mamm-má! ¡Ah! » y emprende de nuevo su carrera hacia mi mesa.

Pablo tira de mi falda energicamente. Le cojo en brazos, le beso y lo vuelvo a posar en el suelo. Ya se ha cansado de haber sido desplazado por un ordenador, pero yo tengo que seguir escribiendo. Mi cabeza está llena de historias que aún os tengo que contar, como la de aquel día que vino un famoso a firmar discos y tuvimos una avalancha de adolescentes al borde del aneurisma; de cómo a Pablo le chifla sonreír a todo el mundo y saludar moviendo la muñeca como un príncipe; o cuando Raúl, el panadero, se declaró a Inma, de la caja dieciocho, y cambió todos los carteles que cuelgan del techo por poemas y le hizo un corazón de pan de pueblo y de anillo le puso un dónut en el dedo; o cuando Juan lleva a Pablo a clases de natación y yo, desde el bordillo, me enzarzo en un duelo dialéctico con el resto de padres y abuelos por ver qué niño es el más listo, y el más guapo, y el más despierto de todos... Y Pablo gana, por supuesto.

Parece que se ha dado cuenta de que estoy escribiendo sobre él. Me observa. Hace un mohín de principio de llanto y, a la vista de que sus quejas no surten

efecto, contraataca y suelta un triunfal «¡Tah!». Es su grito de guerra, su «tachán», su «¡alehop!». Viene hasta el ordenador, acerca su manita y, recluido en su ensimismamiento, hurga con sus deditos hasta lograr arrancar una tecla del ordenador. Salen volando el punto, la equis y la i griega («¡Tah!»). Le retiro la mano, pero él es más rápido y vuelve a posarla sobre mi teclado con más determinación. Inmediatamente nos adentramos en una frenética carrera: él, por desnudar el teclado, y yo por terminar este libro antes de quedarme sin botones que apretar.

Tengo pendiente hablaros, también, del día que Juan y yo nos enfadamos, y me fui a Almería a la casa de Llolanda, superbonita, por cierto, y de que Pablo conoció el mar, y cómo al volver se nos había pasado el enfado, y dejamos al niño con mi madre, y nos fuimos Juan y yo solos a una casita rural a celebrar la reconciliación. También de cuando empotraron un coche en la puerta principal del super a las seis de la tarde, que nos dimos un susto de muerte, y nos atracaron cuatro tipos con pasamontañas y se lió la marimorena «¡Tah! ¡Tah! ¡Tah!». Vuelan por los aires el número cuatro, las flechitas, las comillas, el asterisco y la enie.

—Pablo, hijo, no, para, mi amor.

Pablo sonríe pícaro y niega con la cabeza: no, no, no, no.

Nada, que si quieres arroz Catalina.

Aún me falta por contaros lo de la casa que visitamos Juan y yo, y a la que nos gustaría poder mudarnos pronto, o de cuando rodaron un anuncio en el super y me pidieron que hiciera un papel de esas ¡y salí en televisión!, o de cuando abandonaron un perrito en el aparcamiento en verano y nos dio una pena horrible y decidimos adoptarlo y llamarlo Saldo ¡Tah! ¡Tah! Adiós a la ceta y la ube doble.

Pablo introduce su pulgar en la boca, tuerce la cabeza y la frota contra mi regaço, como un gato mimoso. Me desarma con sus grandes ojos de almendra, sonríe y en sus mejillas se forman sendos hollitos que acentúan su dulcura y su rostro travieso.

Y yo le sonrío, y me doi cuenta de que soy feliç, feliç, feliç, escrito tres, cuatro, cinco veces... Infinito... ¿qué importa?

Ojalá, Pablo, algún día tú también tengas hijos, para que puedas saber todo el amor que te tengo y cuánto te quiero.

Me agacho y le vuelvo a besar, cierro el ordenador, ¡ella habrá tiempo de contarlo todo en otra ocasión! Dejo el libro y el café para irme a jugar con Pablo, y abraçarle, y amarle, y protegerle, y construir torres de cubitos, y de sueños, y de castillos en el aire...

—Ven, vamos, mi amor, vamos a decir adiós —le digo.

Pablo pronuncia una especie de despedida: Abús, sonríe y gira la muñeca de

içquierda a derecha igual que un príncipe.

I llo le acompañan i giro mi muneca, sonrio i os digo:

¡Adiós!

¡Adiós!

¡Os q iero!

¡Adiós!

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, y de manera muy destacada, dedico este libro a todos los que desde 2007 han visitado el *blog* y los perfiles de Facebook y Twitter, y han compartido su opinión, sus risas, su cariño y su enorme generosidad. Si estoy aquí es gracias a vosotros. Este libro es vuestro. Os quiero.

A Marta, por leer, y aguantarme, que no es poco.

A Roberto, por su apoyo incansable y su amor.

Y a los dos, juntos, por toda una vida de cosas.

A mi editora, Olga Adeva, y su magnífico equipo de Espasa, por haber tenido el grado de locura de apostar por mí. Gracias.

A mis padres, siempre.

Y a Perla, por todo. Por tanto.